JUAN MISERIA

Luis Coloma

ANT
XIX
1786

R. 42.150

1 P 351

JUAN MISERIA

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

POR

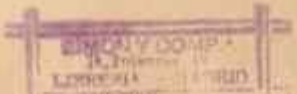
EL P. LUIS COLOMA

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

Yo me asomo á la muralla
Y á voces llamo á mi madre...
Viendo que no me responde,
Llamo á la Virgen del Cármen.
(Cópla popular andaluza.)

SEGUNDA EDICION

BILBAO
ADMINISTRACION DEL «MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»
CALLE DE AYALA (ENSANCHE)
1888



ES PROPIEDAD

BILBAO: Imp. del Corazon de Jesus: Montija de Marzana, 1.

I

ÉLEBRE como en otro tiempo en Madrid, la casa de *Tócame Roque*, era y sigue siendo en el populoso X.** el *Corral de los Chicharos*. Formaba éste, como aquella, una especie de Arca de Noé, en que sin más lazos de union, que la recíproca vecindad y la general pobreza, anidaban, no siempre en paz ni en gracia de Dios, individuos, parejas, familias y áun tribus, de todos estados, condiciones y oficios. Sólo en una cosa se diferenciaban: la abundancia de poblacion, la estrechez del terreno y la codicia de los propietarios, hace de las casas de vecindad que áun llaman hoy en Madrid *Domingueras*, miserables tugurios en que falta á los míseros veci-

nos, cielo, luz, aire... Las de Andalucía, por el contrario, llamadas allí *corrales*, tienen un extenso patio que forma su centro, y en ellos brota el agua en abundancia, nacen las flores lozanas, ensancha el corazon un alegre cielo, y tienen franca entrada el ambiente puro del campo, y el bendito sol de Dios... El bendito sol de Dios, que no encuentra en casa del pobre cortinas que le detengan, y se entra por ellas alegre y confiado, como un amigo cariñoso que le abraza, le besa, le anima, le calienta, y le envuelve en sus rayos de salud y de alegría, como para dictarle al oido aquella sencilla jaculatoria.

¡Bendita la luz del dia,
Y el Señor que nos la envia!

Un estrecho callejon terrizo, cortado diametralmente por un caño de agua sucia que iba á desembocar en la calle, daba entrada al Corral de los Chicharos: á la izquierda habia una pocilga, á la derecha una cuadra sin inquilinos, y al final de aquel oscuro túnel, variaba la decoracion de repente, presentándose una frondosa parra dispuesta en forma de arco, y un patio alegre y espacioso, profusamente cubierto de esas flores, mitad silvestres, mitad cultivadas, que brotan espontáneas y abundantes donde quiera que encuentran sol, tierra y agua,

como si la amorosa providencia de Dios, le hubiese confiado la mision de embellecer de balde, la tierra que el hombre pisa.

En aquel anchuroso patio se abrian alegres y ventiladas las innumerables viviendas de los vecinos, unas en el piso bajo, otras en el alto, sobre un corredor descubierto, que un viejo barandal de madera rodeaba: en él colgaban las vecinas ropa blanca y no blanca, lavada y por lavar, y cuantos enseres pueden ser suspendidos en la vida doméstica de cabo de barrio. Dos fachadas tenia el Corral de los Chicharos, formando escuadra; una á la calle del Cerro-Fuerte, otra á la de Anton Martin, prolongada por la tapia de un corral en que habia una estancia de bueyes. Abrianse en ambas, sin órden ni simetría, gran número de ventanas, grandes unas, chicas otras, á veces altas, á veces bajas, sin cristales todas, sin rejas y maderas ninguna.

Eran ya las doce de la noche, y el silencio más profundo reinaba en el Corral de los Chícharos: ninguna luz dejaban escapar las innumerables rendijas de sus ventanas, ningun ruido se oia que pudiese revelar la existencia de ciento veinte y tres personas, encerradas en aquellos muros. Si no disfrutaban todos del sueño del justo, debian disfrutar á lo ménos del sueño del

cansancio. Solo un gato ó gata, Dido abandonada ó Eneas fugitivo, paseaba el alero del tejado, ensayando el tema musical de Semíramis.

¡Qual mesto gemito!...

En la época á que nos referimos, (marzo de 1867), el gas, *aliento de la civilizacion*, como cierto escritor lo llama,—sin tener en cuenta que si como luz brilla, como aliento hiede,—llevaba ya sus resplandores al humilde Corral de los Chicharos. Un farol empotrado en la misma esquina, esparcía su pálida claridad por ambas calles, esforzándose en vano por alcanzar con su luz, la que sus vecinos de uno y otro lado con igual esfuerzo derramaban. El Municipio, oscurantista entónces, no prodigaba mucho las luces, y hacia apagarlas todas á la campanada de las doce: desde esta hora, quedaba el cuidado del alumbrado público, á cargo de la casta Diana.

Unos pasos firmes, pero pesados, como de hombre que no trae prisa, resonaron allá en la oscuridad, por la calle del Cerro-Fuerte: poco á poco fuéronse aproximando aquellos pasos, y pudo al fin distinguirse á los últimos resplandores del farol, como sombra disolvente que se aclara, el bulto de un hombre que caminaba pausadamente por la acera opuesta al Corral de los Chicharos. Al llegar á la esquina atravesó

la calle con la misma pausa, y se detuvo debajo del farol, apoyando la espalda contra un viejísimo cañon, que clavado en tierra, recámara arriba, servia allí de marmolillo. No era un gallardo trovador con laud, ferreruelo y toca con blanca pluma; era un rústico patan, con zapatos de vaca, calzones remendados, faja medio caida, marsellés pardo con recortes de paño negro y sombrero calañés inclinado sobre la ceja. No sabemos si tendria frio; pero á la vista estaba que no tenia capa, ni empleaba otro preservativo contra el sútil airecillo de la noche, que el de traer las manos en los bolsillos. Quitóse el sombrero para sacar de él una petaca y echar sin duda un cigarro, y la luz del farol iluminó de lleno su rostro. Era un real mozo.

Otros pasos ligeros y precipitados, como de hombre que trae prisa, resonaron entónces por el lado opuesto, á la entrada casi de la calle de Anton Martin. El hombre miró hácia allá vivamente, y echó á andar de nuevo con la misma pausa; á poco se cruzaba en mitad de la calle con un empleado del gas, que venia apagando los faroles.

—Buenas noches,—le dijo.

—Vaya V. con Dios,—replicó el otro; y apagando el farol de la esquina con el largo palo que para ello llevaba, siguió con la misma prisa

dejando las calles á oscuras, sin que la casta Diana tuviese á bien encargarse por aquella noche de disipar las tinieblas. Estas parecieron transformar entónces al hombre de las manos en los bolsillos; dió rápidamente la vuelta y comenzó á desandar lo andado, á largos pero silenciosos pasos; detúvose un momento en la esquina para buscar á tientas el cañon empotrado en ella; dió la vuelta á la calle del Cerro-Fuerte, y corriendo la mano por la pared, fué contando las ventanas hasta llegar á la cuarta. Era esta de una vara en cuadro, abierta á la altura de una persona, y tenia al lado otra más pequeña y mucho más baja, que parecia traga-luz de algun sótano. El hombre se detuvo de nuevo junto á la cuarta ventana, y pareció escuchar atentamente, si algun rumor resonaba dentro. Nada se oia, y convencido de ello el nocturno espía, dió un silbido prolongado; pero no era aquel un silbido cualquiera; era un silbido ténue, dulce, cariñoso, que parecia tener como tintes de suspiro y asomos de queja. Nadie respondió, sin embargo: el hombre repitió por dos veces el silbido, acentuando más aquellas dulces cadencias que parecian pedir algo. Tampoco contestó nadie, y comenzando á impacientarse el que lo daba, determinóse al cabo á arañar suavemente la puerta misma de la ventana. Por tres veces

repitió su maniobra, aplicando otras tantas el oído, hasta que impaciente ya del todo, dió una patada en el suelo murmurando palabras malsonantes y descargó tres golpes fuertes y secos en las maderas mismas.

Entónces se entreabrió la ventana sigilosamente, sin que apareciese nadie, y una voz comprimida y angustiada, murmuró desde dentro:

—¡Vete, Juan, vete por María Santísima!... ¡que se va á despertar padre!

—¿Que me vaya!... ¿que me vaya y hace quince dias que no sales á la reja?...

—Ni saldré nunca... Me ha dicho el Cura, que á una mocita sin madre, no le sientan bien peladeros de pava.

El hombre dejó escapar una barbaridad, contra la gente que viste sotana.

—¡No hables así por Dios, Juan!—replicó la voz entre afligida y colérica... Mira que no tengo más amparo en el mundo que el Cura: él me ha dicho que si eres hombres de bien, hablará á mi padre, y arreglará la boda.

—¿Pero saldrás á la reja?

—¡No! ¡no!... Hoy he salido porque estaba con el alma en un hilo, no se despertara padre con la bulla que metías, y me armara una jarana.

El hombre dió un puñetazo en la pared, y exclamó furioso:

—¿Pero se ha pensao su mercé que tengo yo sarna, ó que vengo de mulatos?...

—¡No, hombre, no!... pero dice que tan pobre eres tú como yo, y que el dia en que nos casemos, se junta el hambre con las ganas de comer.

—¡Bocas de la Isla... que buenos brazos tengo yo para trabajar y mantenerte!... Dime más bien que la fachenda de Pepe Lopez, le ha puesto á su mercé una venda en los ojos... La tonta eres tú, que por mí le llevas la contra, y no te casas con ese Lopijillo, que tiene más dobleces que una manta vieja.

—¡Juan, Juan; que me matas con esa cansera!... ¿No te basta que por tu queré me exponga á que un dia me esnunque mi padre?...

Un ronquido prolongado, uno de esos ronquidos asmáticos y vinosos que suelen arrullar la borrachera de un viejo, resonó en aquel momento dentro del cuarto. La voz dejó escapar un—¡ay!—de terror, comprimido y angustioso.

—¡Por María Santisima!—dijo: vete, Juan, vete, que se despierta padre!

—¿Pero saldrás á la reja?...

—¡No, no saldré!... pero toma, toma con tal que te vayas...

Y una mano asomó entónces por la ventana, dejando caer en las de Juan un objeto largo,

estrecho y flexible, que exhalaba el suave perfume del suspiro y la albahaca. Mas ántes que este pudiera asirlo, otra mano seca y descarnada, que lo mismo podia ser la garra de una arpía, que la zarpa de una bruja, salió repentinamente por el ventanillo de abajo, y arrebató el objeto de sus manos, cerrando despues el postigo de un solo golpe.

Juan soltó una blasfemia: la voz exhaló un gemido, y la ventana se cerró al punto; pero poco á poco, sin que crugieran las maderas, ni rechinaran los goznes.

II

El dia siguiente, cuando la primera luz del alba comenzaba á dorar la pelada cumbre del Cerro del Fruto, ya la vida se sentia bullir en el Corral de los Chicharos: á poco se abrian sus innumerables viviendas, para vomitar á docenas hombres que desperezándose todavía marchaban al trabajo; mujeres desgreñadas que hacian su *toilette* al aire libre, como las princesas de la Odysea, pero sin mirarse como ellas en las claras aguas de algun arroyo: chiquillos sin más traje que el de nuestro padre Adan en el paraiso, que saludaban el nuevo dia dando zapatetas al aire, entre el coro general de regaños maternos, que como el canto de los pájaros,

comenzaba con la aurora. El Arca de Noé abria sus puertas, ofreciendo al mundo, no ya un par de animales de cada casta, sino multitud de ejemplares de la única y curiosa especie del vecino de cabo de barrio.

A las seis sólo quedaba por abrir la puerta marcada con el número cuatro: abrióse esta al cabo, y apareció una muchacha de más de veinte años, morena, de nariz chata y respingona, y rasgados ojos de un negro de terciopelo: venia en chancletas y zagalejo, acabándose de arreglar las trenzas de su abundante pelo castaño, en forma de sencillo rodete. Acercóse á una de las muchas matas de albahaca que en el patio habia, y cortó una ramita larga, que peló muy bien, dejando sólo las hojas de la punta: púsose luégo á ensartar en ella esas suaves flores, especie de campanillas, que en unas partes llaman *trinitarias*, y en Andalucía llaman *suspiros*: rodeóse despues la guirnalda en torno del rodete, y se entró de nuevo en su vivienda, cerrando la puerta por dentro.

Una vieja habia aparecido entre tanto en la de junto, y con los brazos puestos en jarra la miraba atentamente, sonriendo de modo extraño: era aquel personaje la casera del Corral de los Chícharos, curandera famosa en el barrio, conocida por su mucho saber, con el nombre

de *la Salamanca*. Cuando la muchacha desapareció en la puerta hizo un mohin de bruja, y entróse tambien en su vivienda, la más ancha y espaciosa del Corral de los Chicharos: constaba de sala, alcoba y una especie de cuchitril ó sótano, que recibia la luz de un ventanillo, colocado justamente bajo la cuarta ventana de la fachada.

De allí á poco apareció de nuevo en el patio la docta discípula de Hipócrates, con la saya remangada hasta la cintura sobre su zagalejo de bayeta colorada, y los enjutos brazos desnudos hasta el codo: traia arrastrando una canasta de colar llena de ropa, y con dos lebrillos de Triana y un tarugo, improvisó instantáneamente un lavadero, en la puerta misma de su sala. Llegóse luégo á la del número 4, con el aire preocupado de quien maquina algun enredo, y acercando la boca al agujero de la llave, gritó con fuerza:

—¡Marianilla!... ¿Me quieres echá una manita pa volcá la canasta de la cernáa?...

La muchacha, ya vestida del todo, apareció al punto en la puerta, diciendo:

—¡Jesú, señá Salamanca, que paece que está V. hueca!... Echese V. una mano al gañote pa que no retumbe, que se va á despertar padre...

—¿Todavia está durmiendo el tio Martin?—

dijo la Salamanca con la risueña cara del que pide un favor, bajando el acento á los más profundos tonos de un andante. ¡El demonio del hombre, que va á criá cama como los melones!... Si lo que entra con el capillo sale con la mortaja... Cuando tu padre era mozuelo, tu agüela, que esté en gloria, le decía todas las mañanas de Dios al despertarle para el trabajo:

—Hijo, levántate y serás bueno.

—Madre, más quiero ser malo y estarme quieto;—respondía tu padre.

—Hijo, que uno por madrugá se encontró un costá.

—Madre, más madrugó el que lo perdió... Y se estaba tendido á la larga, hasta que le daba al indino el sol en las narices.

—Y que no hay más remedio que tené paciencia, porque con náa que se le ice, se pone su mercé hecho un toro;—contestó Mariana sonriéndose y ayudando á la Salamanca á volcar la canasta en uno de los lebrillos.

La muchacha quiso entónces retirarse: pero la vieja, revolviendo ya en el agua aquellos sucios guiñapos, la detuvo diciendo con naturalidad perfectamente fingida:

—¡Mujé?... ¿Sabes lo que me han dicho?...

Mariana se encogió de hombros sin contestar, con marcada indiferencia.

—Pues hate cuenta, que me dijo anoche mi comadre, señá Juanita Perdigon, de que se casa Rosita, la hija de la zapatera.

—¡Noticia fresca pa los callos!—replicó Mariana. Como que ya le están haciendo las donas y su madre le ha mercao un catre camero y dos docenas de sillas sevillanas.

La Salamanca hizo un gesto como si indicase su completa ignorancia del suceso, y comenzando á enjabonar la ropa, añadió con la misma naturalidad afectada.

—Pues hija mia, entónces tenemos ya en el barrio tres bodas á la piquera.

—¿Tres bodas?

—¡Cabalito que sí!... la de Rosita, la de la Pilonga...

La Salamanca interrumpió su trabajo para mirar picarescamente á la muchacha, y concluyó guiñando sus lagañosos ojos.

—¡Y la tuya!...

—¿La mia?—exclamó Mariana poniéndose colorada.

—Sí, la tuya... ¿Cuándo nos dás ese buen dia?

—¡Vaya, vaya, señá Salamanca!... En la semana que no traiga viérnes.

—¿Y á qué esperas entónces, muchacha?

—¡Pues me gusta la pregunta!... ¿Que á qué espero?... Espero al novio.

—Vaya mujé, que entre el cielo y la tierra no hay náa ocurto;—replicó la vieja con sonrisa misteriosa.

—¿Por qué me dice V. eso, señá Salamanca?—preguntó Mariana poniéndose inmutada y clavando sus ojos con ansia en los de la vieja. Pero los de ésta estaban hechos á prueba de miradas de águila, y contestó tranquilamente restregando su ropa.

—Por náa, hija, por náa... Sino que la gente ha dao en dicir que andas encalabrináa con Juan Miseria, y que...

—¡Ay, señá Salamanca!... ¡Si á tóo el que habla más de lo regulá se le cayera la lengua, no andaria er mundo tan perdío como anda!—la interrumpió violentamente Mariana. El que diga que yo estoy encalabrináa con Juan, miente con toita la boca; la verdá es,—y lo digo porque no es pecao mortá—que él me quiere y yo lo quiero, y aquí paz y despues gloria.

—Pero ven acá, criatura... Si tu padre no da el sí,—que no lo dará—¿qué vas tú á jacer?...

—Esperá, que quien bien quiere, bien aguarda.

—No, hija mia, que quien espera, desespera,—repuso la vieja; y menesté es que hayas perdío la chaveta, pa esperá á ese Juan Miseria, más esaborío que las coles, que no es más que pa el arache y el cavache.

—Pobre y honrao, como es, lo quiero, y no rico y sin honra, que es el caudá del pobre,— contestó Mariana con acritud, al ver colocado á su malhadado Juan en la categoría de los vegetales. Pero no se meta V. en camison de once varas, señá Salamanca; y el pan que no ha de comé, déjelo cocé.

—¡Contigo pan y cebolla!—exclamó ésta riendo irónicamente; eso es mu bueno pa habladuría, pero no lo siente así el estógamo... Ya tú me dirás á la vuelta de algun tiempo, si por los doblones de mi sobrino Pepe Lopez, que anda muerto y penao por ti, no has mandao á freí monas á tu Juan Miseria.

—¡Ya pareció aquello!—gritó Mariana entre colérica y risueña; como que se ha pensao la buena de la mujé esta, que con los doblones de su sobrino, tiene al Rey cogido por un bigote... Pues sepan V. y su sobrino, que ni Pepe Lopez, ni el rey Pepe Botella, me hacen recogé á mí una palabra que he dao... ¿Le sienta eso á una mujé de bien?...

La Salamanca se puso pálida de ira, y restregando la ropa fuertemente, dijo con rabiosa calma:

—Pues no, que le sentará mejó andá con peladeros de pava á la media noche...

—¿Por quién dice V. eso?—exclamó María-

na dando un paso adelante como para embestir á la vieja.

—Por alguna cochambrosa que yo me sé, —replicó esta sin dejar de restregar la ropa.

Y como viese que la pobre muchacha retrocedia confundida y espantada hacia la puerta de su vivienda, añadió con la misma rabiosa burla:

—Sujétate bien en el moño la matita de suspiro... Pué caerse á la calle como anoche, y recogerla algun majo...

III

Con razon afirmaba la Salamanca de Martin Correa, padre de Mariana, que lo que entra con el capillo sale con la mortaja; pues la pereza, creciendo en él con los años, habíale conquistado entre la gente del barrio, el apodo de Martin *Costilla*. Su oficio era el de albañil; pero se le pasaban meses y meses sin coger una piqueta ni levantar un ladrillo.

—El domingo, decia él, es pecado trabajar, que así lo dice la Iglesia: el lúnes hay que descansar de la jarana del domingo: el mártes es dia aciago: el miércoles se parte la semana: el viérnes murió nuestro Señor: el sábado es víspera de domingo; y para un dia que queda, el juéves, ¿quién va á trabajar?...

Y como la pereza abre la puerta á todos los vicios, se emborrachaba de continuo, pagando los desvelos de su hija Mariana, que, ora lavando, ora cosiendo, mantenia la casa, con un brutal despotismo. Habíasele puesto entre ceja y ceja la boda de su hija con Juan *Miseria*, honrado trabajador que debia su triste apodo, á la endeblez en que cuando pequeño se habia criado.

Juan Miseria era *del campo:* lo cual quiere decir que se ocupaba en todas las faenas que para la labranza de este son necesarias, ganando un buen jornal, que sóbrio en sus gustos y morigerado en sus costumbres siempre le sobraba.

Con dificultad se hubiera encontrado un hombre de más valer en su clase, y que tuviese de sí mismo un concepto más humilde: lo que indica siempre una gran superioridad moral; pues el mayor de los méritos es el que admira en los demás lo que ignora poseer en sí mismo, y derrota con su inocente modestia al peor enemigo de la razon, que es el amor propio.

Muertos sus padres en la epidemia del año cincuenta y cuatro, el desamparo, el horrible y aterrador desamparo que hace apartar la vista más atea de la tierra, para fijarla en el cielo, le hizo caer en manos de un primo de su padre

llamado el tio Parra: este hombre, borracho de oficio, brusco y casi feroz, hacíale trabajar de contínuo, arrojándole por toda recompensa un pedazo de pan, que nunca comió el infeliz niño sin haberlo ablandado ántes con sus lágrimas. La desgracia fué, pues, la única maestra de aquel pobre huérfano, que víctima del menosprecio de todos, demostró cuán grande era su alma, que lejos de emponzoñarse, supo hacer nula esa terrible píldora que sólo los santos saben tragar, sin sentir corroido el corazon por el más amargo despecho. Mas como nunca oyó la menor palabra de interes ni de consuelo, fuése armando de una amarga reserva, que en un hombre culto hubiérase llamado misantropía, y que escudaba, como las espinas de un rosal sus flores, los nobles y elevados sentimientos que en su corazon se encerraban. En sus soledades solia cantar esta copla que el desamparo inspiró á su tosca musa.

No tengo padre ni madre
Ni quien se acuerde de mí.
Me arrimo á los muladares...
¡Las moscas huyen de mí!...

De este absoluto aislamiento del desgraciado niño, nacieron dos rasgos distintivos de su carácter: una vehemente necesidad de amar y ser amado, por lo mismo que jamás encontró

su corazon otro que latiese acorde con el suyo, ni sus ojos otros que llorasen, cuando ellos lloraban: una completa carencia de esos principios religiosos que infunden las madres católicas á sus hijos. Su corazon naturalmente bondadoso, y como vulgarmente se dice, de buen fondo, parecia adivinar á Dios: mas su inteligencia, inculta y cegada por la ignorancia, no le ponia en comunicacion con Él.

El cariño de Mariana vino á saciar su corazon sediento de amor. Mas su alma, desprovista de toda idea religiosa, recordaba su amargo pasado, veia su triste presente, pensaba en su incierto porvenir, y preguntándose cuál era la justicia de aquel Dios que oia llamar bueno y misericordioso, sentia ahogarse en su corazon ese instinto de fe, como innato en el hombre, que si bien lo apagaba en él la ignorancia, en los más lo seca el orgullo.

Esta hermosa alma se encerraba en la tosca corteza de aquel hombre de la ínfima plebe, grosero y hasta soez en sus formas, como todos los de su clase, imbuido en las falsas ideas que por aquel entónces sembraban los revolucionarios encargados de minar la Religion y el Trono en España, y prevenido por ellos mismos contra toda enseñanza, todo consejo ó precepto que revistiese carácter religioso. Por eso decia de

él, D. Antonio, el capellan de la Yedra, en cuya casa cosia y lavaba Mariana.

—¿Juan?... ¡excelente bestia!

La brutal oposicion que á la boda de su hija hacia Martin Costilla, no era un vano capricho: era el egoismo del viejo libertino que ve pasar á otras manos, la gallina de los huevos de oro que mantenia sus vicios. Allá en su gramática parda procuraba el cínico viejo conservarla siempre soltera á su lado, ó casarla con un hombre tan rico en su clase, que llegase hasta él aquel bienestar que no para su hija, sino para sí mismo ambicionaba.

Por otra parte, estos planes de Martin Costilla no eran vana ilusion: el sobrino de la Salamanca, Pepe Lopez, llamado en el barrio *Lopijillo*, así como á su padre le llamaban *Lopijo*, parecia inclinarse hacia la muchacha, reuniendo las condiciones que el taimado tio Martin ambicionaba.

El orígen de este apodo del padre, que descendia á diminutivo en el hijo, era el siguiente: En cierta ocasion fueron llamados ambos ante el juez, para servir de testigos en una causa criminal: el padre, que la daba de culto, dijo al presentarse:

—Pregunte V. S. cuanto guste, que el Evangelio no ha de decir más verdad, que el *Señor Lopez é hijo*.

—Así lo espero yo, señor *Lopijo*, contestó el juez, que era zumbon.

A veces, pequeños detalles fotografian mejor el carácter de una persona, que las más profundas y concienzudas observaciones. La muestra que coronaba la zapatería del tio Lopijo—pues zapatero era de oficio—revelaba bien á las claras toda la cultura de aquel moderno sucesor de Crispin y Crispiniano. Sobre dos columnas de madera que ceñian los costados de la puerta, se levantaba en dos cuerpos aquella maravilla del arte, rematando en un rollizo ángel, que con los carrillos hinchados, afanábase por despertar un eco en la atronadora trompeta de la fama: mas en vano sudaba y trasudaba el mofletudo espíritu, para hacer oir aquella trompa, que destinada á ensalzar la virtud, el heroismo y el genio, no se avenia á pregonar el cerote.

Un pincel émulo del de Velazquez, habia representado en el primer cuerpo, un grupo capaz de producir el arrobamiento de una ilusion cumplida á los amantes de la *Niña*, como llamaban entónces en Andalucía, á la República que se incubaba. Mezclábanse fraternalmente en aquel confuso remolino, un representante de cada una de las clases sociales de la República de los zapatos: la petimetra botita alta de tacon

y corva de empeine; el machucho zapato de orillo, que se abriga con un pellejito de conejo; la enorme bota digna de calzar el pié de un lord gotoso; el zapato parvulito, que se adorna con un lazo rosa; la severa botina de *chagrin*; el indígena botin de becerro, y hasta la exótica babucha morisca, rodeaban á un zapato de vaca férreamente claveteado, que segun testimonio fidedigno de unos gorriones que allí tenian su nido, solia disertar sobre los derechos del ciudadano, mientras insensiblemente se elevaba sobre aquella república pedestre, como los dos Napoleones se elevaron sobre la francesa, ó César Augusto se elevó sobre la romana.

Por debajo de esta elocuente leccion á los republicanos de todos los tiempos, habia escrito señó Lopijo, como si quisiese demostrar las relaciones internacionales de su zapatería de cabo de barrio, con las principales potencias de Europa.

Zapatos.—Souliers.—Shoes.—Schuz.—Scarpe.

Pero donde más sobresalian las aspiraciones del ilustrado zapatero, era en el segundo cuerpo de la muestra. Dos niños en que los transformistas hubieran encontrado el ansiado ejemplar de transicion entre la familia de los monos y la humana, sostenian un cordon dorado, del

cual figuraban pender las letras de esta inscripcion:

D. José Lopez,
artista zapatero.

Allí aparecia retratado al vivo el señó Lopijo, tipo exacto del hombre de nuestra época, nacido para ochavo, empeñado en subir á cuarto; y como la experiencia le probó pronto que jamas podria su persona salir de los dos maravedises, quiso dar el salto en la de su hijo, haciéndolo Sacerdote en vez de hacerlo zapatero. Porque Lopijo era anterior á esa raza de hombres del pueblo, educada ó nacida en la propaganda impía que preparó la revolucion del sesenta y ocho: era creyente y aunque no miraba en el Sacerdote la altísima dignidad de su carácter, veía en él un hombre de posicion social muy superior á la suya, y complacíase en recordar en sus sueños ambiciosos, que desde la sotana del monaguillo, hasta la tiara del Papa, existe un camino franco, recorrido más de una vez por todas las clases sociales. Por otra parte, era la carrera de la Iglesia, por ser la más económica, la única que en su holgada pobreza, pero pobreza al cabo, podia dar á su hijo.

Púsole, pues, á estudiar filosofía en el Instituto, y allí comenzó el muchacho á rodar la pen-

diente; porque el Lopijillo filósofo en ciernes y sacerdote futuro, no podia vestir como el Lopijillo que descalzo de pie y pierna cazaba aviones en las playas de San Telmo, y el muchacho instó á su padre á que le comprase una levita. Aquella prenda que le sacaba fuera de su círculo, fué fatal para Lopijillo, porque desde entónces sintió desarrollarse en su corazon el gérmen de la vanidad y la soberbia, que tenian allí raices innatas. El primer fruto producido por estas plantas, que raro es el corazon en que no arraigan más ó ménos, fué bien amargo para señó Lopijo.

A costa de mil privaciones habia logrado comprar á Lopijillo un vestido completo de casimir y una gorra de terciopelo negro, que debia estrenar el Juéves Santo, para ir visitando los Sagrarios en compañía de su padre. Pero cuando éste, al verle tan empavesado, reventaba de satisfaccion, y su madre, que aún vivia, le miraba con cariño, el muchacho dijo viendo que la gala de señó Lopijo consistia en una chaqueta remendada y un sombrero viejo:

—Yo no quiero salir á la calle con padre...

—¡Muchacho!—exclamó asombrada la madre. ¿Qué estás diciendo?...

—Que no quiero salir con padre.

—¿Pero por qué?...

—Porque va muy mal vestido.

Señó Lopijo sintió un golpe en el corazon, y salió bruscamente del cuarto; porque la ingratitud es un acero que hiere á un corazon amante, que amar es favorecer, y este acero en manos de un hijo, es más que cobarde; es infame, porque va envenenado. ¡Su hijo, aquel hijo por quien llevaba el sombrero viejo y remendada la chaqueta, le pagaba sus sacrificios avergonzándose de su compañía!...

Entónces pasó por su cabeza la prudente idea de volver á Lopijillo á la zapatería que nunca debió abandonar; pero cuando ya iba á ponerla en práctica, vino el muchacho á deslumbrarlo de nuevo con un portento de su ingénio. Una mañana lavaba su madre en el corral, y Lopijillo señalando la pila, dejó escapar esta profunda sentencia, que hizo extremecer en sus tumbas á Horacio y á Virgilio.

—Pila pilorum, donde se lava la ropa roporum.

En otra ocasion, una vecina que se devanaba los sesos por comprender el significado de estas palabras, *Charitas*, *Spes*, *Fides*, que por debajo de una estampa que habia comprado se leian, fué á consultar á Lopijillo. El oráculo, sonriendo con esa insoportable afabilidad del orgullo adulado, á la modesta mortal que consultaba su profunda sabiduría, contestó:

—Esto se traduce así: *Charitas*, estas caritas; *Spes*, sin pies; *Fides*, son feas.

—¿Con que feas y sin pies?—replicó la vecina tan satisfecha. Pues dí tú que me lucí con la compra.

Estos resultados de la profundidad y el talento de Lopijillo, asombraron á su padre, y olvidando sus resentimientos llegó á creer que aquel pozo de sabiduría tenia razon en avergonzarse de él, pobre zapatero inculto, y ambicionando para su hijo, no ya un bonete, sino una mitra, siguió trabajando para mantenerle en el Instituto.

Pero las calabazas y calabacines que su hijo cosechaba le desengañaron al cabo, y resolvió hacerle trocar los libros por el tirapié, y la pluma por la lezna. Mas ya era tarde, y Lopijillo, que se las hubiera tenido tiesas con Séneca en persona, se negó rotundamente á este cambio que degradaba su dignidad de filósofo y mataba sus ilusiones de orador: vióse entónces precisado su padre, por no consentirle vago, á colocarle de sacristan en la capilla de San Telmo, iglesia en que se venera el Cristo de la Expiracion, y de cuya cofradía, compuesta de todos los vecinos que pueblan los alrededores de la capilla, habia sido Lopijo mayordomo.

Allí creció Lopijillo en tan prolongadas di-

mensiones, que apagaba y encendía las velas sin necesidad de caña; pero su natural perezoso aborrecia el trabajo, y como todo lo que molesta, desagrada y es odiado,—lo cual es razon de que el libertino desprecie la virtud que pone de relieve sus vicios, y el despreocupado la religion que le exige pureza de costumbres—Lopijillo fué cobrando un odio invencible á aquellas ceremonias religiosas que por ser para él obligaciones, le eran insoportables.

—¡Qué tontería de Misa!—decia al salir á ayudarla.

Y como el generalizar es cosa muy fácil para el vulgo infatuado, que todo lo ve por el prisma de la conveniencia y el egoismo, comenzó por hablar mal del Cura que le reñia y de la Misa que le importunaba, para concluir odiando á la religion, porque esta era una de sus ceremonias, y blasfemando de Dios porque aquel era uno de sus ministros.

Reprendiéronle en cierta ocasion su atrevida ignorancia, que le llevaba á reirse y hablar de lo que no entendia, y con la mejor buena fe, porque su amor propio así se lo dictaba, contestó:

—¿Que no entiendo?... ¿Que soy ignorante?... Los ignorantes son esos fanáticos que quieren hacernos comulgar con ruedas de carreta...

Toda la filosofía de Lopijillo estaba, pues, compendiada, á los diez y nueve años, en estas dos reglas generales. Lo que me incomoda es injusto y no debo cumplirlo; lo que no entiendo es mentira y no debo creerlo. Orgullosa y egoista doctrina, que ha producido más de un excéptico y más de un despreocupado, y que reconoce por orígen ese espantoso culto que en unos aterra y en otros hace reir, y que Balmes llamó *Egolatría*.

IV

AQUELLA misma tarde, las vecinas del Corral de los Chicharos, sentadas á la puerta de la calle, charlaban y cosian, los chiquillos jugaban y gritaban en mitad de la corriente, los hombres volvian del trabajo al santo reclamo del hogar, y la campana parroquial de San Miguel, anunciaba con su lengua de bronce, que tras el trabajo del dia viene el descanso de la noche, como tras el trabajo de la vida viene el descanso de la muerte. En el patio, solitario en aquella hora, hallábase la Salamanca, sentada á la puerta de su vivienda, al pie de un hermoso jazmin morisco, que parecia extender sobre ella sus perfumadas ramas, cubriéndola como

un dosel. Entre sus piernas abiertas sostenia un plato de bastísima loza de Triana, en que iba migando un cuarteron de pan duro, para formar luego con sus accesorios el fresco y sabroso gazpacho andaluz.

La sacerdotisa de Esculapio, tenia decorado su templo con un lujo que ya rayaba en opulencia. Abriase en el fondo de la sala la puerta de la alcoba, cubierta por almidonadas cortinas blancas, que sujetaban clavos romanos: docena y media de sillas con asiento de anea y agudas perillas en el respaldo, hallábanse enfiladas alrededor de la pared, que perfectamente revestida de cal, parecia haber recibido una lluvia de cuadritos de todos tamaños, hechuras y asuntos. Ocupaba el testero uno de vara en cuadro, con marco de caoba, que representaba á nuestra Señora del Valle: á la derecha tenia á San José bendito, y á la izquierda un figuron montado á caballo y con la espada desenvainada, que decian ser el retrato, no del Prim *libertador de la España con honra*, sino del Prim héroe de la batalla de los Castillejos.

Seguian alternando en paz y gracia de Dios, una tercera parte de los santos de la corte celestial, y varias notabilidades de todas las épocas, que habia salvado señá Salamanca de los rigores de baratillos y almonedas. Cúchares,

dando un mete y saca, parecia querer pinchar á su vecino San Francisco de Paula, que con ambas manos apoyadas en su báculo, contemplaba la sublime palabra—*Charitas*—entre unos rayos de papel dorado. Mas lejos, Fernando VII se miraba asombrado la punta de una nariz más que borbónica, é interrumpia los tristes ayes de un rollizo Chactas que lloraba la muerte de una escuálida Atala, para preguntarle por qué el hombre importunaria á Prometeo hasta el punto, de que mohino el ladron de los rayos celestes, arrojase á su obra un pedazo del barro sobrante, que adhiriéndose á su rostro, vino á formar el apéndice que llamamos nariz. Diego Corrientes, el bandido generoso, emboscado en un rincon, tras una oportuna telaraña, apuntaba con su trabuco á un Napoleon I, cuyo majestuoso rostro habian cubierto las moscas de súcios lunares, sin hacer caso de una Santa Rita, que con una espina en la frente del tamaño y forma de una zanahoria, y un crucifijo en la mano, parecia querer aplacar aquellos celos de encrucijada.

Pero lo que más llamaba la atencion de todos cuantos en la vivienda entraban, era una grotesca copia hecha en barro, de las imágenes que la famosa cofradía del Cristo de la Espiracion saca procesionalmente la tarde del Viérnes

Santo. Sobre un cajoncito forrado de papeles de colores, hallábase colocado el Cristo, enclavado en la Cruz, y teniendo á su derecha á la Virgen del Valle, cuya carita, del tamaño de una peseta, cubrian dos lagrimones del tamaño de dos reales, que limpiaba con un pañuelo proporcionado en magnitud á sus lágrimas: á la izquierda, el discípulo predilecto, San Juan, sostenia una palma primorosamente labrada con las de una escoba, y empinaba el dedo índice de la otra, como si ordenase algo. Ante el Cristo ardia una *mariposa* en una jícara sin asa, y alrededor de las tres efigies, hallábanse un diluvio de tazas, alcarrazas y pucheros mutilados llenos de flores, que diariamente remudaba la Salamanca, en obsequio del Cristo de su devocion, bajo cuyo poderoso amparo ponia siempre á los enfermos de su clientela.

La persona que escribe estas líneas, que conoció y trató á tan singular personaje, puede dar fe de la siguiente cura, que bien necesitaba para lograrse todo el auxilio del bendito Cristo. Un pobre gallego llamado Pascual, rompióse un brazo al caer de una escalera: entablilóselo al punto la Salamanca, entre dos tablas sin cepillar, que sacó del fondo de un cajon de pasas: ató fuertemente éstas, enrollando á ellas siete varas de tomiza; untólo todo por fuera con cola

de carpintero, y puso encima un escapulario del Cristo, sujeto con cintas amarillas. Cuarenta dias despues, el gallego recobraba por completo el uso del brazo, y la Salamanca le pasaba, como los doctores de nota, la siguiente cuenta, que nosotros mismos leimos y copiamos:

Por el trabajo de curá	21 cuartos.
Por las tablas	6 cuartos.
Por siete varas de tomiza	3 ochavos.

Por la cola náa, que la dió señ Joaquin Blanco.

Por el escapulario náa, porque fué emprestao.

Nelaton no hizo nunca otro tanto, ni fué tampoco tan parco como la Salamanca, al pedir sus honorarios

Concluia ésta de migar su gazpacho, cuando entró en el patio un hombre largo y desgarbado, envuelto en un ámplio y mugriento gaban, que por uno de sus profundos bolsillos dejaba asomar las narices al periódico republicano *La Discusion*. Hacia sombra á su rostro vulgar, insulso y sin expresion alguna, uno de esos sombreros de altísima copa y extensas alas, llamados á lo Garibaldi, que satisfecho en su elevado puesto, recordaba al de Gesler pendiente de una estaca. Aquel hombre era Lopijillo, despues de haber sufrido una metamórfosis

que dejaba atrás á todas las de Ovidio. Habia abandonado algun tiempo ántes la sacristanía de la Capilla de San Telmo, creyéndose degradado con tan mezquinas ocupaciones, y hecho entónces gastador de aceras y sostenedor de esquinas, comíase los ahorros de su padre, esperando ocasion oportuna en que lucir las dotes con que creia él haberle dotado la naturaleza, y llorando, cual otro César á los veinte y dos años, por no haber hecho áun nada notable. Una asonada popular le proporcionó su primer ensayo.

El pueblo de X.*** era todavía bueno y sensato: ciertas doctrinas disolventes que despues se le han predicado, no habian pervertido aun su corazon ni extraviado su cabeza. Dolíale el estómago, y como tenia hambre, el pobre pueblo pedia de comer.

—*¡Pan y frijones!*—era el grito que pronunciaba aquella compacta muchedumbre, que en una actitud pacífica ocupaba los alrededores de las Casas Consistoriales, y la extensa plaza del Arenal.

Lopijillo creyó llegado el momento de lucir sus dotes oratorias... Corre á la plaza con intencion de arengar al pueblo, y sube sobre un poyo que habia de ser el primer escalon que le llevase á la cima de sus ambiciones.

—¡Pueblo ilustre!—exclama moviendo los brazos como las aspas de un molino.

—*¡Pan y frijones!*—mugió la muchedumbre ahogando con su espantoso griterío la voz del orador; y al mismo tiempo un medio ladrillo, disparado sin duda por mano liberticida, vino á darle en el hombro izquierdo, haciéndole caer de la improvisada tribuna, exclamando:

—¡Pueblo bárbaro!...

Y cubriéndose el rostro con la toga, es decir, tocándose el gaban por la cabeza para poder correr más fácilmente, tomó más que de prisa el camino de la zapatería de su padre. Durmiendo allí sobre estos primeros laureles, esperaba nueva y más favorable ocasion en que mostrar al mundo sus dotes; y mientras tanto, cual otro Demóstenes que estudiaba á Tucidides para familiarizarse con su estilo, nutríase con ciertas lecturas que por no poder digerirlas, convertian su cabeza en una olla de grillos.

Pero mientras estallaba el cataclismo político, que segun él habia de hundir para siempre el oscurantismo y la tiranía, y enarbolar la gloriosa bandera de la libertad, la igualdad y la fraternidad, ocupábase el sacristan cesante y padre de la pátria futuro, en hacer la corte á Mariana, con las torcidas intenciones de un D. Juan de arrabales y callejuelas.

—Dios guarde á V., señá Salamanca,—dijo con ese tono de proteccion que guarda el soberbio hacia el humilde, á quien cree honrar con su saludo.

—¡Dichosos los ojos que te ven pasá esos umbrales!—exclamó la vieja alborozada al verle. ¿Te habias pensao tú, Pepito, hijo, que habia algun pozo en la puerta de mi casa?...

—Eso digo yo, señá Salamanca; dichosos los que tienen vista.

—Pues hijo, no hay peor ciego que el que no quiere ve; porque tóos los dias de Dios me dan las ánimas de la noche platicando con tu padre, y nunca te veo el pelo de la ropa... ¡Ya se vé! ¡como siempre ha habido pobres y ricos!...

—¡Pobres y ricos!—exclamó Lopijillo que no obstante de sentirse halagado, sonrió democráticamente. Pronto el pobre se igualará al rico, si no es que el rico viene á servir al pobre.

—Habladurías, hijo: jarabe de pico que sirve de engañabobos... Desde que el mundo es mundo unos andan en coche, y otros andan al remo.

—Pero alguna vez ha de llegar la hora, y tiempo es ya de que desaparezcan esas preocupaciones que por tanto tiempo han cegado al pueblo... ¡al pueblo soberano!

—Sí, señora,—prosiguió serenándose el pe-

queño Robespierre, que no desperdiciaba ocasion de ensayar sus golpes oratorios, ante públicos benévolos .. Todos los hombres son iguales en su naturaleza; y si la tiranía ha conseguido dividirlos en clases, elevadas unas y bajas otras, muy pronto la civilizacion y el progreso harán un reparto general de bienes, y todos quedaremos iguales...

—¿Qué me cuentas, muchacho?—exclamó la Salamanca, que le miraba de hito en hito con la boca abierta, dejando ver un diente, que solitario en medio de la Tebaida de sus encías, habia enfermado de ictericia.

—Lo que V. oye: sí, señora, lo que los ricos tienen lo han robado á los pobres. Y si nó, dígame V... ¿Quién labra las viñas y las hace producir el vino? El pobre... ¿Quién labra el trigo y hace el pan? El pobre. ¿Pues no es lo regular que este vino y este pan, pertenezcan de derecho al pobre que lo trabaja, y no al ladron del rico que se lo quita?...

—¡Y lleva razon!—exclamó la Salamanca admirada. ¡Jesú y qué sentío tan fino tiene este muchacho!...

—Si eso es claro como la luz del dia. ¿No es el albañil quien fabrica la casa?.. ¿pues de quién sino del albañil debe de ser esa casa, que le ha costado su trabajo levantar?

—¡Qué pico de oro te ha dado Dios, hijo; y cuánto me alegro de que me hayas impuesto!... Hate cuenta que estoy jaciendo unas calcetas para doña Pascuala, la de en cá del notario;—¿y no soy yo la que hago las calcetas?—Pues mias deben de sé, que estoy en piernas y el invierno se viene encima.

—Despacito y buena letra, señá Salamanca, y cada cosa á su tiempo... No sea que por coger la bellota, se quede usted sin el puerco.

—Dime, hijo, ¿acaso me tocará á mi algo en el reparto ese?

—Usté es una ciudadana como otra cualquiera, y tendrá su parte... Pero cuidado con la lengua, añadió Lopijillo con cierto aire de misterio; que la cosa está tan tirante como lo que pronto va á estallar, y en un verbo me lo mandan á uno á Fernando Póo, á que lo maten unas tercianas.

—¿Ese Fernando Pon, le tocaba algo al rey Fernandito?...

—¡Quite V. allá, señora!... Fernando Póo es una isla á donde destierran los mártires de la libertad.

—Descuida, hijo, descuida, que me echaré un punto por cima en la boca... Pero dime, tú que andas en esas cosas, ¿no podrias hacé que me tocara á mí la casita de D. Juan Benitez el

meico, y la viñita que está á la vera del cojumbrá que sembró mi Pepe, el...

—Bueno, señora, bueno; pero todavía no es tiempo de eso,—replicó impaciente Lopijillo.

—Bien, hijo, bien; si yo no te lo digo pa que sea hoy ni mañana, sino pa que tú quedes á la mira...

—Y hablando de otra cosa,—dijo Lopijillo despues de un momento de silencio, señalando con un gesto la sala de Mariana, cuya puerta se hallaba cerrada. ¿Qué me cuenta usted de ese erizo manzanero?...

—¡Ya pareció aquello, que aunque voy y vengo, no se me olvida lo que tengo!—replicó riéndose la vieja. Cabalmente tenia yo aquí algo que darte...

Y la Salamanca se metió la mano en el seno y sacó liada en un papel de estraza, una guirnalda marchita de suspiros y albahaca, en todo igual á la que llevaba Mariana en torno del rodete. Refirió entónces á Lopijillo cómo la noche anterior habia arrojado la muchacha por la ventana aquellas flores á Juan Miseria, y ella las habia atrapado en el camino, desde el ventanillo del sótano, donde les acechaba. Lopijillo arrebató furiosamente las flores de manos de la vieja, y dijo poniéndose en pie:

—¡Ahora mismo se las voy á tirar á la cara!

—Bien hecho, hijo... Refriégaselas por el jocico á la muy cochambrosa.

—¿Estará sola?—preguntó Lopijillo mirando hácia la cerrada puerta de Mariana.

—No lo sé, hijo; que cuando á Mariana se le ajuman las narices, hay que hacerle la crú como al diablo.

—Vaya V. como quien no quiere la cosa á ver lo que hace; y si está sola, en su cuarto me cuelo aunque no llueva.

—No, hijo, no iré yo; que está la masa pa pico, y capaz es de arañarme... Pero ahora te diré lo que hace, y vete al toro, Pepe; que el que no se arriesga, no pasa la mar.

La Salamanca se levantó, y yendo á uno de varios muchachos que á la entrada del patio jugaban, dijo acariciando su cara, tan fresca y colorada como sucia.

—¡Válgate Dios y qué rosa de Mayo más llena de churretes!... Mira, Pepe, mira qué cara tan fea.

Conocedora profunda del corazon humano, comprendia la vieja curandera lo que pueden en él la adulacion y la codicia.

—Ven acá, chiquillo,—continuó llevándolo hácia su sala; que te voy á lavá esa cara y á darte un cuarto pa jigos.

Y variando de repente de tono, añadió con la más seductora de sus sonrisas.

—Mira, Pacorrete; mientras yo busco en la faltriquera, llégate á la vivienda de Mariana, y dile que me empreste el almiré pa majá malvabisco.

El inocente espía partió ligero como un pájaro, sonriendo á los higos que, gracias al prometido cuarto, en lontananza veía.

Sentada Mariana en el poyo de su ventana, cosía apresuradamente, mirando de cuándo en cuándo á la calle: su fruncido entrecejo y su apretada boca, demostraban claramente que no estaba la Magdalena para tafetanes. Al sentir que abrían la puerta de su sala, fijó una iracunda mirada en el que osaba turbar sus amargos pensamientos.

—Mariana,—dijo el embajador asomando tímidamente la cabeza. Dice señá Salamanca, que le empreste el almiré pa majá marvabisco.

—Dile que lo maje con la cabeza;—replicó la muchacha bruscamente, levantándose á echar el cerrojo.

El chiquillo cerró asustado la puerta, y fué á dar cuenta de su embajada.

—¡Qué política que gasta la niña, y qué lástima de pimiento chil para hacerla bien hablada!—exclamó la Salamanca al oir la suave respuesta que con balbuciente lengua le daba Pa-

correte, temeroso de perder el festín de Baltasar que se prometía.

—¿Y estaba sóla?—preguntó Lopijillo.

—Estaba cosiendo en la ventana, y dió una rebotáa, y vino á echá el cerrojo.

—Me quedé con tres palmos de narices, señá Salamanca,—dijo Lopijillo desanimado.

—¡Por vida de los hombres de trapo, que no le temen á un toro de ocho años, y se echan á temblá ante unas naguas!—replicó ésta. ¡Anda vé por la ventana y amansa esa potranca sin domá!...

Lopijillo siguió el consejo de la Salamanca, mientras ésta, con el plato del gazpacho en la mano, se entraba en su sala murmurando:

—¿Si será verdá, lo que dice Lopijillo de los pobres y los ricos!...

Pacorrete que la vió desaparecer sin darle la prometida recompensa, dijo tímidamente:

—Señá Salamanca ¿y el cuarto?...

—¿El cuarto?... Hijo, ayuná cuando lo manda la Santa Madre Iglesia, contestó la chusca vieja metiéndose para adentro.

V

Y con razon decia seña Salamanca, que á Mariana *se le habian ajumado las narices:* porque al ver la infeliz muchacha en manos de la chismosa vieja, el secreto de su entrevista con Juan Miseria, un miedo cerval se apoderó de ella, temiendo que no tardaria mucho en llegar á oidos del brutal Martin Costilla. Pasó todo aquel dia encerrada en su vivienda, acechando de contínuo por la ventana la vuelta de su padre, para hacerse encontradiza con él á la puerta del corral, y evitar así que le hablara la Salamanca: al anochecer, una sombría irritacion se apoderó de su ánimo, brusco y violento de suyo, y sentada en el poyo de la ventana cosia

precipitadamente, mirando sin cesar á la calle, llena de angustia. Los caracteres fuertes cuando se hallan excitados, necesitan de muy poco para entregarse á arrebatos de furor: el zumbido de un mosquito, el ruido de una hoja que cae, bastan para producirles un paroxismo.

Por eso la embajada al parecer tan sencilla de la Salamanca, hizo á Mariana levantarse fuera de sí á echar el cerrojo, y evitar que de nuevo viniesen á importunarla.

Vuelta de nuevo á su asiento, siguió casi á tientas su costura: mas de repente interceptó la luz que por la ventana entraba, un hombre que en ella se habia detenido. Mariana levantó vivamente la cabeza, y un relámpago de cólera brilló en sus ojos, al encontrarse con los de Lopijillo: hizo un movimiento para levantarse; pero esa altivez que no sólo desafia el peligro, sino que tambien lo vence, y que tan general es en la mujer del pueblo española y honrada, la hizo permanecer cosiendo como si tal cosa, temiendo se atribuyese á miedo su fuga.

—¡Que aplicadita está V.!—tartamudeó Lopijillo, que no obstante de darla de hombre de mundo, se hallaba turbado.

Mariana siguió cosiendo sin replicar palabra.

—¿Tiene V. algun candadito en los labios?

Mariana se ahogaba de coraje, pero tampoco contestó.

—Mire V. que á un grillo es, y se le escucha.

—Haga V. el favó de tomá el portante,—dijo al fin Mariana sin mirarle siquiera; que no es usté tan dergao que se claree, y me está tapando la lú...

—¿Quiere decir eso que estorbo?

—Lo que se sabe, no se pregunta.

—No se muerde V. la lengua, niña.

—Nací el doce de agosto, que es dia de Santa Clara, y Clara me llamo.

Lopijillo se agarraba á la reja temblando de coraje, y temblando tambien de rabia seguia Mariana dando puntadas, con tan poco acierto, que parecia su costura un conjunto de lineas quebradas.

—¿Esperaba V. á alguien?—preguntó con retintin Lopijillo.

La muchacha le dió la callada por respuesta.

—¿Sabe V.,—prosiguió aquel con cierto tono de amenaza, que á mí se me va pronto el santo al cielo?...

Mariana levantó lentamente la cabeza, y fijó una mirada de supremo desden en Lopijillo: luégo volvió á bajarla, y continuó impasible cosiendo.

Entónces tuvo Lopijillo una idea del demonio: sacó con mucha calma del bolsillo la guirnalda de suspiros, y metiéndola por la ventana, la pasó suavemente por las narices de la muchacha, diciendo al mismo tiempo:

—¿Le parece á V. que han perdio ya el oló?...

Mariana estalló al fin: arrojó la costura en mitad de la habitacion, y extendiendo hacia la calle su moreno brazo, gritó amoratada de rabia;

—¡Sinvergonzon!... ¡Pícaro!... ¿Es eso lo que aprende usté en los libros?... Si quié usté palique, vaya á dárselo á aquella esquina, que no estoy yo aquí pa diversion de vagos!...

Y sin cerrar la ventana, se metió para dentro. Lopijillo, permaneció un instante con ambas manos apoyadas en la reja, y luego se alejó lentamente. Entónces asomó Mariana poco á poco la cabeza, y pudo ver extremecida de espanto, en la esquina misma de la calle, á su padre, ébrio, tambaleándose, hablando con Lopijillo. Mostrábale éste en el papel de estraza la guirnalda de suspiros, y señalaba con furiosos gestos la ventana de Mariana.

La muchacha, loca de terror, comenzó á dar vueltas por el cuarto, sin saber dónde meterse.

—¡Me mata!—decia. ¡Madre mia del Valle, me mata!. . ¡Padre mio de la Espiracion, ¿dónde me escondo?...

—Decidióse al fin á abrir la puerta para pedir socorro: pero ya era tarde. Martin Costilla entraba en el patio, con los ojos sanguinolentos por el furor y la borrachera, amenazador, horrible, blandiendo un grueso y flexible verdusco, que al paso habia cogido en la cuadra.

La muchacha lanzó un grito de horror y corrió hácia la alcoba, refugiándose entre la cama de su padre y la pared, que golpeaba con la frente, como si pretendiese abrir en ella brecha por donde escaparse.

Martin entró en la sala y cerró la puerta: oyéronse entónces dos interjecciones obscenas, un golpe, un alarido horrible, y luego un confuso rumor de porrazos, lamentos, gritos, palabras soeces, ruido de muebles que caian, y cacharros que rodaban rompiéndose.

Los vecinos acudieron al barandal de arriba unos, al patio otros, y pronto se agolparon muchos a la puerta de Mariana. Acudió la primera la Salamanca, alborotando sobre todos los otros.

—¡Ese borrachon!—decia. ¡Ese tunante!... ¡Socorro, que mata á la criatura!...

Abrióse entónces la puerta, y Mariana, desencajada, con las greñas sueltas, el vestido en desórden, y chorreando sangre por una ancha herida que en la frente traia, cayó en brazos de

las vecinas, exhalando lamentos de dolor y bramidos de rabia.

—¡A mi sala!... ¡Traerla á mi sala!—gritó la Salamanca acudiendo con un puchero de Medina, que encerraba su botiquín.

Mas la muchacha, irguiéndose con el brío de la corralera de raza, con el rencor de la hembra bravía de cabo de barrio, se lanzó á ella barbotando.

—¿A tu sala?... ¡A Santi-Ponce por toa la vida, con tal que te ajogue primero!!...

Y agarrándola por el moño, sin que nadie pudiera impedirlo, la tiró al suelo y le pateó los huesos.

Las vecinas consiguieron al fin separarlas en medio de la mayor algazara, llevándose unas á la vieja, otras á Mariana: ésta fué conducida á la vivienda de Manuela, prima lejana de su madre, sin que diese muestras de escuchar las palabras de cariño con que la buena mujer la consolaba: la rabia es altiva, y comunica su altivez al corazon que despedaza. Dejóse caer sin decir palabra en un jergon que tendió la vecina en mitad del aposento, y á poco salian de sus labios esa respiracion agitada que anuncia á la fiebre, y esas palabras incoherentes que preceden al delirio. Alarmada entónces Manuela, fué á la botica en busca de un médico.

Mientras tanto, habia corrido la noticia del suceso por todo el barrio, comentada y aumentada con la exageracion propia de los andaluces. Deciase en unas partes que Mariana habia matado á la Salamanca, y en otras que la muchacha era la muerta y su padre el asesino. Estos rumores llegaron á oidos de Juan Miseria, que corrió desalado á informarse al Corral de los Chicharos: en la plaza de Anton Daza, se encontró con Manuela.

—¿Qué hay?—exclamó ansiosamente deteniéndola por un brazo.

—¡Náa, Juan, náa!... que te vayas y no aportes por allí en diez leguas á la reonda, si no quiés sé la perdicion de esa criatura...

—¿Pero qué le ha pasao á Mariana?...

—¡Náa, hombre, náa!... Palos y una escalabraura...

Y la vecina refirió en cuatro palabras á Juan todo lo sucedido, culpando como era cierto y ya de público se decia, al miserable Lopijillo. Juan escuchaba pálido como un difunto: mas al oir aquel nombre aborrecido, la ira, la ira brutal, embriaguez de sangre que pide sangre, se desbordó por todo su ser, haciéndole buscar con los ojos un arma por toda la plaza, algo con qué matar, en el fondo de sus bolsillos. Felizmente no llevaba consigo arma ninguna: echó

entónces á correr hácia una barbería próxima, donde acostumbraba á parar Lopijillo. El barbero, ilustrado republicano, que lamentándose de vejetar entre las bacías, enmendaba la plana al Gobierno con una ciencia infusa pasmosa, escuchaba á Lopijillo que leía y comentaba los periódicos del dia, mientras un infeliz parroquiano esperaba con la cara llena de jabon, á que el rapa-barbas terminase de arreglar el mundo. La *cosa* estaba tirante: Serrano y Caballero de Rodas habian sido desterrados á Fernando Póo, y á pesar del silencio que el fiscal de imprenta imponia á la prensa, sentíase mugir la tempestad que amenazaba. Pocos dias ántes, cuando la muerte de Narvaez, habia aparecido en Madrid este pasquin, firmado por O'Donnell, ya difunto, y fechado en los infiernos.

Se acaba de poner el rabo
Al ilustre duque de Valencia.
Se espera con impaciencia,
Al señor Gonzalez Bravo.

Y aquel dia, un periódico atrevido publicaba en forma de logogrifo, esta amenazadora advertencia, dirigida al último ministro de doña Isabel II.

Tú te ries porque tienes
Por el mango la sarten...
Cuida que no te la quiten
Y un sartenazo te den.

La palabra se heló en los labios de Lopijillo, al ver aparecer á Juan Miseria con el rostro lívido, los labios blancos, el sello feroz de la ira desbordada, impreso en todo su rostro.

—Dios te guarde, Lopijillo y la compaña, —dijo bruscamente.

—Oye tú, estripa terrones, —respondió este temblando más de miedo que de rabia; ¿no sabes cómo me llamo?...

—Vengo á que me lo enseñes.

—¿Enseñar?... Eres tú muy bruto para aprender.

—Pues yo, bruto, he de enseñarte una cosa á ti, sábio.

—¿Tú á mí?...

—Yo á ti.

—¿Y cuál es ella?

—Lo que hace un hombre que tiene vergüenza, cuando se atraviesa en su camino uno que no la tiene.

—¿Qué has de tener tú, Juan Miseria, más que piojos?...

Juan se avalanzó á Lopijillo con la mano en alto, y una bofetada, llena, sonora, de esas que tienden á un hombre por el suelo, y dejan una quijada limpia de muelas y dientes, atronó los ámbitos de la barbería. La gente que en ella se hallaba se interpuso al punto, y sacó á Juan á la

calle, amenazando á Lopijillo con ambos puños mientras gritaba:

—¡Miseria!... ¡Miseria!... ¡A mucha honra, que pobreza no es vileza!...

Lopijillo, á quien la tremenda bofetada de Juan, habia hecho caer en el suelo, murmuraba sin que el miedo le dejara levantarse.

—¡Tú me las pagarás, pillo; tú me las pagarás!...

VI

TODA la noche y todo el dia siguiente pasó Mariana en la sala de la vecina, tendida en el jergon que la caridad de ésta le proporcionaba, amodorrada á veces, entregándose otras á los transportes de furor propios de su carácter violento é irascible, templado sólo por la bondad de un corazon, en que el sentimiento religioso tenia profundas raíces. El influjo de estas buenas y malas cualidades, daba á su trato ordinario cierto tinte mudable, haciéndola ora huraña y desabrida, ora complaciente y decidora, á la manera que al huracan que encrespa las olas, desgaja las nubes, y oculta el faro que

salva, sucede la calma que sosiega el mar, despeja la atmósfera, y hace que el faro brille alegre y consolador, como la caridad que remedia.

Pero entónces eran los vientos desencadenados demasiado fuertes para que tan pronto renaciese la calma, y hasta el anochecer de aquel dia no pudo la muchacha fijarse en el pensamiento que en todas las circunstancias amargas de su vida se le aparecia como iris de consuelo, triste porque no existia ya; pero dulce siempre, como una voz amiga que la animase desde lejos, marcándole con el ejemplo el áspero camino de la Cruz. Acordóse al cabo de su madre difunta, y unido á este recuerdo, con ese misterioso encadenamiento que entre el cielo y el regazo de la madre existe, acudió tambien el recuerdo de Dios; del *Señor de la puerta del Real*, de quien tan devota habia sido aquella otra infeliz mártir del brutal Martin Costilla. Recordó cuántas veces aquella santa mujer la habia tomado de la mano, y llevado á la Capilla del Señor, donde sin comprender entónces lo que ante sus ojos pasaba, la veia rezar y llorar. Mariana sintió la necesidad de llorar tambien, en aquella Capilla en que tantas veces habia llorado su madre. ¡Tan cierto es que el corazon dolorido, tiende á elevarse al cielo!

—¡Dios mio! ¡Señor! ¡Padre!... *¡Padre de mi madre!*—murmuró entre sus apretados dientes derramando por primera vez un torrente de lágrimas. ¡Tu ampararás á la hija, como amparaste á la madre!

Levantóse entónces torpemente, pálida todavía, ojerosa y con la frente vendada. Manuela no habia vuelto aun de la casa en que hacia los mandados, y á la puerta de la vivienda, una chiquilla suya de siete años, llamada Manolita, jugaba silenciosamente con un niño de barro, que orgulloso de reconocer el mismo origen que el hombre, se negaba á doblegarse á sus caprichos.

Mariana se tocó un pañolon de Manuela, y con ese decoro de la gente honrada del pueblo, que impide en Andalucía á la mujer soltera, *mocita* como allí la llaman, salir sola á la calle, dijo á la muchacha que la acompañase. A la puerta estaba la Salamanca, sentada en el umbral. Mariana sintió al verla que todos sus rencores renacian, y procuró pasar de largo, echándose el pañolon á la cara: pero la vieja, con una magnanimidad hija de su desvergüenza, le gritó con gran cariño, como si nunca hubieran mediado entre ellas ni chismes ni cachetes.

—¡Mariana, mujé!...—¿dónde vas á estas horas?

—A contá los frailes, que me han dicho que falta uno;—contestó la interpelada sin volver el rostro, mientras Manolilla añadía sacándole la lengua.

—A donde nos llevan los pés...

Mariana llegó á la Capilla del Real, que ocupa el sitio en que estuvo la puerta de este nombre, en la antigua muralla de X.**. Una reja la divide por medio, dejando á un lado el santuario y á otro los fieles: dos lámparas de plata arden perennes ante el altar, cuyo remate, terminado en una efigie de la fe, se pierde en la sombra, como imágen viva de la Religion: figura grave y severa que se cubre á medias con un velo, y haciéndonos amar la hermosura de lo que nos muestra, nos hace adivinar y adorar lo que no alcanzamos á ver. En medio es donde está la magnífica imágen del Señor, en el cruel paso del *Ecce-Homo*: el pobre y el rico, el culto y el inculto, le veneran y le acatan en aquella religiosa ciudad. El pueblo, que todo lo que admira y ama, lo canta, ha dicho:

De Cristo la semejanza
Más fina que encontrarás,
Tiene en X.** su casa
En la puerta del Real.

Las paredes de la capilla hallábanse totalmente cubiertas de ex-votos, que como otras

tantas demostraciones de fe, prueban cuán arraigada estaba en aquel pueblo.

La quietud y el sosiego es la atmósfera que allí se respira, y ni áun la furia de los elementos cuando rugen por de fuera, turban en nada la tranquilidad de aquel santo asilo. No es allí como en esos templos de soberbia arquitectura y grandiosa magnificencia, en que la idea de Dios cae sobre el alma como una sombra inmensa, haciendo exclamar á la criatura aterrada de su pequeñez:—¡Dios mio, estoy ante tí y no muero?—Allí no se posesiona del corazon la espantosa sublimidad de su poder, sino la dulce confianza en su misericordia; allí no se presenta el terrible Dios de los ejércitos, sino el suave mártir del Calvario.

Mariana sacó de la faltriquera un cuarto, el cornadillo de la viuda, la inapreciable limosna del pobre, y lo echó en el cepillo destinado á recogerlas. Arrodillóse luégo, apoyando la frente en la reja, y lloró, rezó, gimió, y... esperó!

Manolilla miraba atentamente al Señor, cuyos tristes ojos fijos en los suyos, le infundian un pavoroso asombro: agarróse asustada á Mariana, y al notar las lágrimas de ésta, hizo algunos pucheritos, concluyendo por llorar tambien con el mayor desconsuelo:

—¿Por qué lloramos, Manana?—preguntó

muy bajito, con ese respeto instintivo que infunde en los niños un templo.

—Tú, hija mia, culpas ajenas,—contestó ésta abrazándola.

Aquella noche volvió Mariana á la vivienda de su padre, y le sirvió la cena tranquila y sosegada, aunque de su oprimido pecho se escapaban á veces profundos suspiros. El tio Martin, brusco y medio borracho como de costumbre, la insultó groseramente, echándose despues a dormir á pierna suelta.

Al dia siguiente era domingo de carnaval, y desde el amanecer se notaba el trasiego y algazara de este dia, en el Corral de los Chícharos. Los chiquillos inauguraron la fiesta sacando á relucir á la luz del sol, que espléndidamente brillaba, cuanto pingajo viejo encontraban á mano: colgábanse unos la saya más rota de la madre, otros un pañolon agujereado, los más opulentos una colcha de zaraza hecha girones, dispuesta en forma de dominó, y los que nada tenian, ponianse los calzones al revés, echábanse la camisa fuera, y quedaban ya con esto, al decir de ellos, vestidos de valencianos. Cargábanse luégo al bombro una escoba ó un palo, y rebosando satisfaccion y júbilo, comenzaban á correr las calles del barrio, repitiendo en todos os tonos la consabida frase:

—¡A Dios, que no me conoces!...

A media tarde, los vecinos del Corral de los Chicharos improvisaron una fiesta en el patio, en torno de un columpio hecho con la soga del pozo, por ser esta diversion de las más frecuentes durante el carnaval, en las casas de cabo de barrio. Uno de ellos tocaba la guitarra, y todos jaleaban, bailaban y se mecian por turno, cantando al compás coplas como estas:

Mocito que está en la puerta
Entre usté y me mecerá;
Que los que me están meciendo
Han comido polesía.

—

Tira bien de los cordeles
Y remóntala al tejado;
Que parece un zapatero
En su banquilla sentado.

A cada instante interrumpian la música y el canto mascarones desharapados, que entraban dando atiplados gritos, echábanle los brazos al cuello al primero que topaban, y al compás de fuertes puñadas y grandes apretones, repetian mil veces el grito:—¡Adios, que no me conoces!—retirándose despues tan satisfechos, como si hubiesen dado un gran bromazo, en vez de dar una paliza. Otras veces eran comparsas de los corrales próximos, en que venia la vecindad

completa, luciendo estrambóticos disfraces, y al frente de todos la casera, con la llave en el bolsillo, vestida ordinariamente de vieja, con peluca de estopa, papalina y media bata blanca, saya de una colcha, y por detrás una almohada bajo esta, que hacia respingar grotescamente, bailando al son de una pandereta. Estas comparsas de hombres y mujeres, suplen en los barrios bajos á las estudiantinas que en los dias de carnaval recorren los principales: suelen llevar guitarras, panderetas y castañuelas, y donde quiera que se detienen, arman un baile y dos ó tres pendencias.

Entre la algazara que produjo en el Corral de los Chícharos, la entrada de una de estas comparsas, deslizóse tambien en el patio un hombre alto, vestido de mujer, con saya de percal rameado, desteñido pañolon negro, y bastísima careta de carton, simulando la cara de una vieja con anteojos verdes. Deslizóse como pudo entre el gentío, dando acá y allá manotazos, y fuese derecho hacia la vivienda de Mariana: la puerta estaba cerrada, y la Salamanca, sentada en el umbral de la suya, contemplaba la algazara, sonriendo satisfecha, como una bruja vieja que se solaza en el aquelarre, con el regocijo de sus jóvenes compañeras. El hombre varió de direccion al verla, y se mantuvo oculto entre el

grupo de máscaras y vecinos que rodeaba al columpio.

Una nueva invencion de esas que anualmente saca el pueblo á relucir en los dias de carnestolendas, desembocó en aquel momento en el patio. Dos fornidos jayanes, vestidos á manera de mozos de cordel, y uncidos ambos, como los bueyes al yugo, á una gran palanca, caminaban lentamente, dando fuertes zancadas, inclinado el cuerpo y anhelante la respiracion, como si les rindiese el peso de una sardina arenque, que colgada de fuertes cordeles, pendia de la palanca. De esta suerte dió la pareja procesionalmente la vuelta al patio, entre las risas y algazara del gentío, y se fué por donde habia venido, á llevar la diversion á otra parte. El hombre vestido de mujer, aprovechó el remolino de gente que los de la palanca formaban á su paso, para acercarse con disimulo á la puerta de Mariana, y mirar al interior por el agujero de la cerradura. La muchacha estaba dentro, pero el hombre no pudo distinguirla en su rápida ojeada, y se alejó con prisa, al ver á la Salamanca firme en su puesto, como si fuera el Cancerbero encargado de vigilar la cerrada puerta.

Una gritería infernal resonó entónces en el callejon que conducia al patio, y docenas de docenas de pilletes y granujas desembocaron

en él, precediendo y rodeando al personaje obligado en las carnestolendas de cabo de barrio, al *tio del higuito:* invencion popularísima en Andalucía, cuyo origen remonta cierto autor erudito á edades antiquísimas, comprobando su aserto con estos versos de Aristófanes.

Haud aliter atque pueri solent
Cum ficos laqueo appensos patulo ore capiunt (1).

Era el higuito un moceton vigoroso, vestido con ruedos y esteras viejas, alto picurucho de lo mismo en la cabeza, y feísima careta de pellejo de conejo en el rostro: traía una espuerta de higos al brazo, y en la mano una larga caña, de cuyo extremo pendia una cuerdecilla con un higo atado en la punta: daba golpecitos en la caña con otra más pequeña, haciendo de este modo saltar el higo, que con espantosa gritería intentaban los chiquillos coger con la boca, gritando todos al mismo tiempo:

¡Al higui, al higui!
Con la mano no;
Con la boca sí.

El higuito fué acogido con aclamaciones fre-

(1) Como cuando el muchacho está aguardando
El higo, que del hilo está colgando.

Traduccion de Rodrigo Caro, en su manuscrito inédito: *Dias geniales ó lúdricos*, existente en la Biblioteca Colombina de Sevilla. Citado por D. Francisco Rodriguez Marin, en su obra *Cantos populares españoles*.

néticas por la muchedumbre, y nivelados grandes y pequeños por la comun alegría, comenzaron á brincar en torno de la caña, persiguiendo á los higos que saltaban á su empuje. En vano esperó entónces el mascaron de la careta de vieja, que la Salamanca abandonase su puesto, para tomar parte en la general algazara: detúvola sin duda su dignidad de doctora, y limitóse á reir descompasadamente, batiendo las palmas, cada vez que alguna boca afortunada atrapaba algun higo. El hombre pareció tomar al cabo una resolucion definitiva, y agarrando por el pescuezo á uno de tantos pilletes, lo llevó á parte diciendo:

—¿Te quiés ganá una mota, y le dás una pega á la Salamanca?...

—¿Dónde está?—preguntó el granuja.

—Allí...

El pillete siguió la direccion que le indicaban con los ojos rebosando malignidad y alegría, y extendiendo una mano en que se veian petrificadas toda clase de inmundicias, dijo lacónicamente:

—¡Venga!

La misteriosa máscara sacó entónces del bolsillo del pantalon una moneda de dos cuartos y la entregó al pillete, diciendo:

—Toma... y dile que vaya corriendo en cá

de Santiaguillo Lapa, que está mu malito....

El granuja dijo que sí con la cabeza, dió un brinco, tomó empuje, plantóse en dos saltos delante de la Salamanca, y remedando con perfeccion admirable la fatiga de una larga carrera, y el aire azorado que á su papel correspondia, dijo:

—¡Señá Salamanca!... que vaya V. corriendo, corriendo, en cá de Santiaguillo Lapa, que está dando las boqueáas...

Y sin esperar respuesta, se puso de otro brinco, al amparo salvador de la caña del higuito.

La Salamanca no se extrañó del recado, porque aquella misma mañana habia visto á Santiaguillo Lapa, realmente grave: levantóse, pues, al punto, y sin detenerse más tiempo que el preciso para tocarse el pañolon, se puso en camino como médico de buena conciencia. Sin duda era Santiaguillo Lapa, de lo más florido de su clientela.

A la puerta de la casa, un grupo de vecinos tenia puesta *una pega*, de esas que en carnaval prueban la paciencia de las gentes pacíficas, sin dejarles otro consuelo en su desesperacion, que el comun estribillo: *En carnaval todo pasa*. Habian untado con inmundicias el reverso de una moneda de dos cuartos, y dejádola caer

en la calle como al descuido, cara arriba, al lado de la acera. El incauto transeunte que la veia al paso, y se inclinaba naturalmente á cogerla, pringábase las manos, y los vecinos celebraban entónces el chasco, con una cencerrada estrepitosa.

La Salamanca salió precipitadamente á la calle sin reparar en nadie, y topóse á los dos pasos con una comadre vieja del barrio, llamada señá Vicenta, que inocentemente la detuvo al lado mismo de la moneda.

—Mujé,—le dijo. ¿Dónde vas, disparáa como una bala?..

—En cá de Santiaguillo Lapa, que está dando las boqueáas...

—¡Válgate Dios, mujé!... ¿Y qué tiene?...

—Náa, hija, náa; que hay personas que tienen siete sesos, y los siete hueros... Hate cuenta que le salieron antié unas enginillas, y se empeñó en llamá al meico... Pué! como si no estuviera aquí una... El meico le mandó una uncion de bellaona, y ¿qué jizo el animá?... Pues se creyó que aquello era bebio, y como estaba feo, se lo tomó con pan..

—¡Jesu, mujé, que sinfundio!

—Lo que oyes, hija... Con media libreta de pan se zampó en el cuerpo la bellaona, y claro está!... le entró una irritacion negra en las tri-

pas, que cuando yo llegué, estaba como quien dice, con la cara tapá... Gracia, que le dí una frision en el estógamo, y echó por la boca hasta el reaño; y como...

—¡Mujé, mia que mota!...

Se interrumpió de repente la Salamanca, reparando en la traidora moneda, y agachándose vivamente á cogerla... La cencerrada estalló al punto, más atronadora y burlona que nunca, como si desahogasen los que la daban, los rencores mensuales que guardan los inquilinos hácia el casero; y la Salamanca, con la mano pringada en alto, y echando por la boca sapos y culebras, se entró de nuevo en la casa, para lavarse en una pila que en el patio habia... Mas al llegar á ella, disipóse de repente su ira, para dar lugar á otros sentimientos que, como en un espejo deslustrado, fuéronse pintando sucesivamente en su anguloso rostro: primero la sorpresa, luego la duda, despues una maligna certidumbre, y la alegria infernal, la alegria de una venganza segura por último. Sus ojos habian divisado al mascaron de la careta de vieja, pegado á la puerta de Mariana y hablando con ella por el ojo de la cerradura: revelóle al instante su sagaz instinto de raposa vieja, que aquel hombre era Juan Miseria, y que el recado de Santiaguillo Lapa, era una astucia con que

habian pretendido alejarla del Corral de los Chicharos.

La vieja no se engañaba: aquel hombre era en efecto Juan Miseria, que deseoso de librar á Mariana de la brutal tiranía de su padre y de las persecuciones de Lopijillo y la Salamanca, habia concertado con D. Antonio, el Capellan de la Yedra, caritativo protector de la muchacha, un sencillo medio. Mariana era ya mayor de edad, y podia por lo tanto ser depositada en casa de la hermana del Capellan, y casarse á despecho de su padre con Juan Miseria, una vez llenas las formalidades que prescribe la ley. Juan Miseria voló llenó de alegria á proponer á la muchacha este plan satisfactorio: pero Martin Costilla habia clavado por dentro la ventana de su vivienda, y dejaba siempre encerrada á la muchacha bajo llave. Imposible le era por lo tanto acercarse á ella sin comprometerla, y ya hemos visto los ardides de que se valió para conseguirlo, aprovechando los disfraces y la confusion del domingo de carnestolendas.

La Salamanca olvidó al ver á Juan sus aseados repulgos, remangóse la saya para limpiarse sin ceremonia la mano súcia en el zagalejo de bayeta, y realmente disparada esta vez como una bala, corrió á la barberia en que acostumbraba á parar Lopijillo. El patriota experimen-

tó al oir la noticia del suceso, la misma alegría infernal de la vieja, y ordenando á ésta que le esperase en la esquina del Corral de los Chicharos, fuése apresuradamente á una inmunda taberna llamada *La Cita*, en cuyo interior resonaba ese clásico palmoteo con que suele el pueblo andaluz acompañar sus cantos, alternando con las mas soeces interjecciones. Una voz aguardientosa cantaba:

Cuchares para torero,
Y pa gobernà la España
¡Don Baldomero Espartero!...

Lopijillo abrió de un puntapié la puerta de uno de aquellos asquerosos cuchitriles, y apareció Martin Costilla en compañía de cinco ó seis hombres de malísima catadura, que sentados alrededor de una mesa bebian y cantaban blasfemando al mismo tiempo:

—¡Señó Martin!—dijo Lopijillo sin más preámbulo: ¡usté no tiene verguenza!...

—¿Qué me cuentas, hombre?—exclamó éste levantándose con la faja caida y el sombrero echado atrás, á manera de aureola de santo.

—¡Sí, señor!—continuó Lopijillo. ¡Es usté un collon!... ¡Es usté un cobarde!...

—¿Cobarde yo, que no le temo á Dios ni al diablo?...

—¡Pues V. que no le teme á Dios ni al diablo, le teme á Juan Miseria!...

—¿Temer yo á ese mostrenco?... ¿dónde está?... ¡dónde está, y si lo agarro por la cabeza, lo crujo como á una culebra!...

—¿Qué habia V. de crugir?... ¡A ese mostrenco le dijo V. que no hablase con Mariana, y está pelando la pava con ella por el agujerillo de la llave!...

—¿Dónde está ese pillo?—rugió Martin furioso, sacando de la faja una navaja enorme. ¿Dónde está, que me voy á quedá dormio metiéndole el jierro?...

—¿Qué habia V. de hacer, viejo petate, si no pué con los calzones?—dijo Lopijillo con el fin de exasperarle, y azuzar contra Juan Miseria aquella fiera rabiosa. Allá está en el Corral de los Chícharos, y si aporta V. por allí han de hacerle la mamola...

Martin Costilla saltó como un tigre á que abren la jaula, rechazando lejos de sí á un compañero que menos borracho, intentó detenerle.

Lopijillo se fué detrás, diciendo con fingido interés:

—¡Voy allá, no haga ese hombre un desatino!...

En la esquina de la calle se les incorporó la Salamanca, y sin que nadie reparase en ellos,

entraron los tres en el Corral de los Chícharos... ¡La desgracia les puso delante á Juan Miseria, á la mitad del estrecho callejon de entrada, solitario en aquel momento!

—¡Ese es!... ¡ese!—gritó la Salamanca con furibundo encono.

Y sin esperar otra seña se lanzó á él Martin como una fiera hambrienta, con su navaja de cinco muelles abierta en la mano.

—¿A qué vienes aquí, grandísimo pillo?—barbotaba furioso. ¡Toma.....?

Añadió tirándole una atroz puñalada. Juan Miseria hurtó el cuerpo dando un salto atrás, y se arrancó la careta, como si quisiese luchar como valiente, á cara descubierta. Aterrada la Salamanca quiso huir; pero Lopijillo la agarró por un brazo, obligándola á presenciar aquella desigual lucha, aquel verdadero asesinato, que tenia lugar casi á tientas, entre las risas y el bullicio de dentro, y las carcajadas y burlas de fuera.

Mientras tanto habia logrado Juan Miseria desarmar á su contrario, é intentaba arrojar la navaja por el brocal de un pozo, que habia en el mismo callejon, á la puerta de la cuadra: mas los guiñapos de mujer que le cubrian se enredaron en un clavo sujetándole el brazo, quedó el acero de punta, y Martin que ciego por el

furor y la borrachera, se arrojó en aquel momento á su enemigo, vino á clavárselo en mitad del corazon, sin que á Juan le fuese posible evitarlo... El borracho dió un alarido terrible, balbuceando—¡muerto soy!—y cayó boca abajo, con los brazos abiertos, acabándose de clavar aquel innoble hierro, cuya punta asomó entónces por la espalda.

Aquel alarido resonó en el patio y resonó en la calle, y el grito de—¡una riña! ¡una muerte! —sembró el espanto en aquella alegre muchedumbre, que se desbandó instantáneamente por todos lados, huyendo á las viviendas, por las ventanas, por los tejados, con ese terror que inspira al pueblo de España, el tener que habérselas con la justicia... Solo quedó el cadáver, caliente áun, atravesado en el callejon, sobre una lagareta de sangre. Allá en el patio, se oian los desesperados golpes de Mariana en la puerta de su vivienda, sospechando la catástrofe.

Aturdido Juan Miseria huyó instintivamente á la calle: pero fué detenido á las voces de Lopijillo, que alborotaba gritando con todas sus fuerzas.

—¡A ese pícaro!... ¡A ese pícaro, que ha matado á un hombre indefenso!...

SEGUNDA PARTE

Yo me asomo á la muralla
Y á voces llamo á mi madre...
Viendo que no me responde,
Llamo á la Virgen del Cármen.
(Cópla popular andaluza.)

I

Había ya estallado la revolucion de setiembre de 1868 . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . que juzgará la historia.

Su influjo se extendió á lo alto y á lo bajo, á lo grande y á lo pequeño, á la manera que el sol calienta y vivifica lo mismo las cumbres del Himalaya que la del Cerro del Fruto, el Canal de Suez que la alcantarilla de Sanlúcar, la catarata del Niágara que la fuente de la Alcobilla, el palacio de la plaza de Oriente, que el Corral de los Chicharos.

Su nacimiento fué celebrado al son del popular himno de Riego. Este atracon del famoso

himno que hacia exclamar al P. Cobos: —¡Atranca la puerta! —le produjo un cólico en que despues de mil ánsias y bascas, trasudores y desmayos, vomitó á los republicanos federales.

La revolucion del 68, como las revoluciones de todas las épocas y paises, hase asemejado á un vaso de agua, en cuyo fondo hay asientos. Si el vaso se mueve y se agita el líquido, remuévense las zurrapas, suben, turban la claridad del agua, llegan á la superficie, y parecen ocuparla para siempre: pero bien pronto recobra el líquido su inmovilidad, y las zurrapas, arrastradas por su propio peso, vuelven al fondo de donde no debieron salir nunca.

Asi en un estado en revolucion, vénse hombres medianos, insignificantes, criminales no pocas veces, que se agitan, suben y llegan á ocupar los primeros puestos; porque el desconcierto general alienta á los ambiciosos, y no siempre la ambicion supone la aptitud ni el talento. Pero una vez restablecida la tranquilidad y el sosiego, sumérgense estas empinadas zurrapas arrastradas por su pequeñez y su miseria, y vuelven al fondo, sin que nadie guarde recuerdo de ellas.

Una de estas empinadas zurrapas fué entónces Lopijillo, á quien encontramos hecho primero miembro de la Junta Revolucionaria, y

despues Presidente de uno de los clubs republicano-federales de X.** A su sangre fria, á su firmeza de carácter, y exquisito tacto de gobierno, debiéronse medidas tan eficaces como estas, que fueron en aquella poblacion, eficaz conjuro contra las asechanzas reaccionarias.

Se despojó al Corregidor cesante, del título de *hijo adoptivo* de X.** con que pocos meses ántes habian premiado sus desvelos.

Ordenóse á los maestros de escuelas gratuitas, que sustituyesen con el himno de Riego, la Salve que acostumbraban á cantar los niños al comenzar las clases.

Prohibióse á los serenos que al cantar la hora dijesen: ¡Ave-María Purísima!

Prohibióse tambien que las campanas doblasen por los difuntos, para que aquel clamor de muerte, aquel terrible *memento*, no viniese á molestar á los vivos, justamente cuando el progreso indefinido del hombre sobre la tierra estaba en vísperas de vencer á la muerte. El campo de Alcolea entónces y las orillas del Rhin más tarde, fueron testigos de ello.

Ante estas y otras tan eficaces como salvadoras medidas, la oprimida patria respiró libremente. El leon de Castilla, descansando en Lopijillo, reclinó la melenuda cabeza, y se echó á dormir á pierna suelta.

Mientas tanto, Juan Miseria maldecia su triste suerte, encerrado en un calabozo de la cárcel. Designado por Lopijillo como asesino de Martin Costilla, fué preso mientras se extendia la sumaria y se procedia á las declaraciones: los únicos testigos del sangriento drama eran Lopijillo y la Salamanca, y ambos de acuerdo declararon que Juan Miseria habia asesinado alevosamente al padre de Mariana, el cual, desarmado é incapaz de defenderse, le pedia por Dios que le dejase la vida. En vano el desgraciado Juan protestaba contra aquella calumnia: las pruebas venian acordes con las declaraciones de los testigos, y el fiscal pidió contra el inocente acusado la pena de muerte. Mientras tanto estalló la revolucion, y creciendo la importancia de Lopijillo al convertirse en personaje político, podia darse por cierta la ruina de su víctima.

Mas no se contentaba el padre de la patria con una sola: el amor propio es un globo henchido de viento, del cual salen al punzarlo tempestades; y al herir el desden de Mariana el colosal amor propio de Lopijillo, despertóse en aquel mezquino corazon un ódio tan violento y tan tenaz, que no satisfecho con la desgracia de Juan Miseria, buscaba sin cesar á la pobre muchacha, para hacerla tambien víctima de su des-

potismo republicano; que de todos los despotismos, es el más fecundo en ruines tiranías.

La impresion que sufrió Mariana al ver á su padre muerto y á Juan Miseria teñido con la sangre de aquel, fué tan terrible, que el corazon de la infeliz se dilató en su pecho hasta dañarse, y cayó al suelo sin sentido, arrojando por la boca un caño de sangre. Trasladáronla de allí al hospital, donde permaneció tres meses entre la vida y la muerte: venció al cabo á la enfermedad su robusta naturaleza; pero quedóle en el corazon un mal terrible, que cual la espada de Damocles, la amenazaba sin cesar con una muerte repentina. Al abandonar el lecho, parecia aún más enferma que cuando privada de sentido en él la acostaron: una palidez terrosa cubria su rostro; rodeábanle los ojos, negras ojeras, y los latidos de su corazon eran de contínuo tan fuertes, que levantaban la tela de su vestido. Al menor esfuerzo, al menor sobresalto, refluíale toda la sangre al corazon, y parecia subirle despues hasta la garganta, como si fuese á ahogarla: la primera emocion fuerte, ó el primer arrebato de cólera, habia de ser, segun dictámen de los médicos, el puñal que le produjese una muerte instantánea. Mariana no ignoraba el estado de su salud, y la idea de la muerte ocupaba de contínuo su pensamiento, sin que por eso la

abandonase aquella tranquilidad de espíritu que al desechar al borde del sepulcro todo recuerdo mundano, habia venido á sustituir á su ántes iracundo carácter. Las grandes desgracias son para las malas pasiones del corazon, lo que la mano del jardinero para las yerbas dañinas de un jardin: por eso requiere el alma para desarrollarse en toda su pujanza, ser sepultada por algun tiempo bajo los rigores de la adversidad. Siempre alerta, siempre prevenida como el viajero que esperando de un momento á otro la señal de marcha, no sabe á punto fijo cuál será la hora, ponia en práctica este profundo consejo del Kempis: «de tal modo te has de haber en todas tus obras y pensamientos, como si en seguida hubieras de morir.»

Enterada Mariana de que Lopijillo le seguia la pista, consultó con D. Antonio, el Capellan de la Yedra, lo que habia de hacer para librarse de las asechanzas de aquel enemigo de su reposo, y éste le aconsejó retirarse al convento D.** para cuidar de una anciana monja paralítica, que á este propósito él hablaria. Lopijillo tuvo noticia de esta determinacion de Mariana, y exclamó con la arrogancia de un triunfo seguro:

—Caerá el convento, caerán las monjas, y lo pagará Mariana.

Con el corazon física y moralmente roto,

abandonó ésta el hospital: su primera salida fué á la Capilla del Real, donde pensaba mandar decir, con diez reales, resto de sus ahorros con tanto trabajo reunidos, una Misa por el alma de su padre. Pero al llegar á la capilla vió con dolorosa sorpresa, que la puerta se hallaba cerrada: la revolucion de Setiembre que tantas Iglesias habia destruido, no perdonó esta por humilde é insignificante que fuese.

Mariana no titubeó un instante: arrodillóse ante la cerrada puerta, y oró con el mismo fervor que si hubiese tenido delante la imágen sagrada del Cristo de su devocion... Porque ¿qué tirano es capaz de poner trabas á la fe católica? ¿Qué suponen un templo arruinado y una puerta cerrada, á los ojos del alma cristiana que atraviesa lo infinito, se cierne sobre las miserias de la tierra, y te busca á ti ¡mi Dios! en tu trono de gloria?...

II

OCUPA la cárcel de X.** un antiguo convento de frailes, que nada conserva ya de su aspecto religioso. Forma ella sola una extensa manzana, cuya fachada principal llena por completo el frente de una ancha plaza. Fuertes rejas defienden las tres regulares hileras de sus ventanas, y sobre la puerta principal, custodiada siempre por doble guardia, léese en una lápida de mármol, este sano consejo: *Guarda la ley, y tu pie no tropezará.* Los patios son anchos y ventilados, y los calabozos estrechos y seguros: vénse en aquéllos, raterillos neófitos que comienzan la carrera del crímen, mezclados en ociosa conversacion con doctores veteranos en

ella, que convierten las cárceles de nuestra España en una escuela práctica de todos los vicios. Es exacta, esta copla que leimos escrita por un preso, en el patio de una cárcel:

En la puerta del presidio
Hay escrito con carbon
"Aquí el bueno se hace malo,
Y el malo se hace peor."

En los calabozos esperan su sentencia definitiva aquellos otros reos de delitos mayores, que sólo deben salir de allí con destino á un presidio ó á un patíbulo: en el fondo de uno de ellos esperaba su condena el desgraciado Juan Miseria.

Veíase por este tiempo discurrir á todas horas por patios y calabozos á un extraño personaje, que participaba de la libertad del carcelero y del rancho de la cárcel; para él no había puerta cerrada, ni preso desconocido. Era un viejo alto y sobremanera seco, con la cabeza tan rapada ó calva, que sólo se veía en torno del cráneo un estrecho cerquillo de plateadas canas. Llevaba una sotana tan estrecha y corta, que parecía no ser suya, y unos zapatos tan anchos y largos, que evidentemente no le pertenecían. Llamábanle los presos nuevos *Pae Cura*: los antiguos le decían *Pae Paco*, y á veces *Pae Paquito*.

Pertenecia el Pae Paquito á una gran familia andaluza: á los diez y ocho años, sin desengaños en la vida ni romancescas aventuras, que explicasen á los ojos ciegos del mundo aquella resolucion calificada entónces de calaverada, abandonó el palacio de sus padres, para entrar en un convento de Capuchinos. La exclaustracion le obligó al cabo á abandonar su santo retiro; pero léjos de volver á la casa de sus padres, donde le esperaba la opulencia y el amor de la familia, solicitó y obtuvo la plaza de Capellan en un presidio, y allí continuó su vida de apóstol entre aquella escoria de la sociedad, hijos predilectos suyos, porque su caritativa perspicacia descubria, entre el cieno que anegaba sus almas, la imágen de Dios, manchada, casi borrada sin duda, pero en estado siempre de recobrar su belleza primitiva, si la llama de caridad que á él mismo le consumia, lograba ablandar las ásperas costras del crímen.

En esta improba tarea empleó más de treinta años; pero á mediados del 66 abrióse en X.** un convento de Capuchinos, y al saberlo el exclaustrado, no titubeó un momento: vistióse de nuevo el pardo y remendado hábito que guardaba para mortaja de su cuerpo, y abandonó su retiro para alistarse en la comunidad naciente, prefiriendo á su libre vida de caridad, la sujeta

vida de obediencia, que habia prometido á Jesucristo.

A poco le enviaron los Superiores á dar una mision en la cárcel de X.** No quedaba entónces en España otra memoria de los frailes, que las chanzonetas impias y las groseras calumnias, inventadas por sus detractores en los pasados tiempos. Así fué, que pasado el primer movimiento de extrañeza, que en aquel auditorio de ladrones y asesinos causó la nueva figura del fraile, austera y seca como la de un cartujo de Zurbaran, las burlas, las obscenidades y hasta las blasfemias, comenzaron á brotar de aquellas bocas soeces, interrumpiendo el sermon del misionero, que prometia á aquellos seres abyectos, en cambio de una lágrima, el reino eterno de Cristo.

El Capuchino no se dió por vencido, y por tres dias siguió predicando: mas la tempestad arreciaba, dirigida por un presidiario reincidente llamado Tanga. Al segundo dia, un troncho de col vino á dar en la cabeza del misionero, y aquella misma tarde, un envoltorio arrojado por mano de un niño, cubrió aquel santo hábito de asquerosas inmundicias. Indignado el Alcaide mandó suspender la mision, y castigar á los culpables; pero el Capuchino intercedió por ellos, y no quiso abandonar la cárcel, sin des-

pedirse ántes de aquella canalla. Presentóse sólo, en el patio en que hasta entónces habia predicado, y se puso de rodillas en mitad del semicírculo que formaban los presos: pidióles humildemente perdon por haberles molestado, y comenzó luégo á besarles los pies uno á uno... Los presos se miraban atónitos, y los insultos y las burlas retrocedian en sus labios, como retrocede un reptil venenoso hácia el fondo de su cueva. Sólo Tanga miraba al misionero con torvos ojos, y cuando aquella venerable cabeza se inclinó sobre sus pies cargados de grillos, levantó rápidamente el derecho, y descargó una tremenda patada en el rostro del Capuchino... El dolor enmudeció á éste por un segundo; repúsose, sin embargo, al punto, y sostuvo aquel pie infame que acababa de herirle, diciendo suavemente:

—Espera, hombre... No te he besado el izquierdo

El Capuchino volvió mesuradamente á la mitad del patio, con el rostro cubierto de sangre, que caia á lo largo de su blanca barba: dió la bendicion á los presos con el Crucifijo que traia al cuello, y añadió, que un solo sentimiento llevaba al marcharse: el de no haber conquistado entre ellos un alma, un alma siquiera para Cristo!...

Una voz bronca gritó entónces:

—¡Aquí tiene V. una,—Pae Cura... si es que los perros la tienen!...

Y un asesino, un foragido salió del círculo de los presos, agitando sus cadenas, se arrojó de rodillas en medio del patio, y se dejó caer despues cuan largo era, dándose puñetazos en el pecho, en la cabeza, llorando á bramidos, á rugidos, como llorarian, si llorasen, los tigres en el desierto.

El Capuchino le recibió en sus brazos, y quedó la victoria por Cristo; porque la mision continuó entre lágrimas, y todos los presos, excepto Tanga, se confesaron con el misionero. A los tres dias, hallándose Tanga en los lugares inmundos, una pared ruinosa se derrumbó sobre él, dejándole muerto en el acto (1).

Este suceso providencial elevó hasta un grado ya supersticioso la veneracion que á los presos inspiraba el Pae Paco, el Pae Paquito, como desde entónces comenzaron á llamarle en son de cariño; y cuando la revolucion del 68 le arrojó por segunda vez de su convento, desde el Alcaide de la cárcel, hasta el último preso, se apresuraron á instarle para que aceptase entre aquellos sombríos muros, el seguro asilo que le

(1) Histórico.

ofrecian. El Pae Paco guardó de nuevo su remendado hábito, afeitóse su larga barba, blanca como la nieve, y con una sotana prestada y unos zapatos ajenos, se dirigió á la cárcel, al *coto redondo*, como él la llamaba, donde á piezas de tanta alzada podia dar segura caza.

Una pincelada y terminamos este largo retrato: pincelada extraña, que para unos será mancha que deslustre, y para otros pedestal que eleve la humildad del Capuchino; pero pincelada á que nos obliga nuestro deber *de copistas*, porque no son nuestros personajes creacion de la fantasía, sino copia que la observacion hace del natural.

Aquel hombre, que cambió una grandeza de España por un hábito pardo, que jamás comió otra cosa que la racion de un convento ó el rancho de una cárcel, que guardaba el remendado hábito para mortaja de su cuerpo, y lo dió un invierno á un preso que tenia frio; que dormia sobre una tarima, teniendo por cabecera el libro enorme en que asentaban en su convento, las sumas á que la caridad daba entrada, y tambien la caridad daba salida; este hombre, decíamos, al dejar caer la cabeza sobre aquel libro, epopeya muda de la fe de otros tiempos, murmuraba con la fruicion del orgullo y la energía de la soberbia

—¡Duermo sobre millones!...

Dados estos antecedente, fácilmente colegirá el lector, que la primera visita recibida por Juan Miseria en su calabozo, fué la del Pae Paquito. Acogióle, sin embargo el preso con esa repulsion que hácia el sacerdote han sabido infundir al pueblo los modernos revolucionarios, comprendiendo que este lazo de union entre Dios y los fieles, es más que perjudicial a sus perversos fines. Pero esta antipatía desapareció bien pronto ante la dulzura y la bondad del fraile, y Juan Miseria agradeció profundamente la desinteresada caridad de aquel anciano, que venia á partir con él, infeliz preso reputado por asesino, las negras horas de una cárcel. El religioso, gran práctico en sondear conciencias de criminales, guardóse muy bien de hablar á Juan Miseria del crimen de que le creia culpable: él lo negaba, y sabia bien el fraile, que difícilmente revela un preso al confesor, el crimen que delante del juez niega por sistema. Habíale enseñado la práctica, que hasta despues de pronunciada la sentencia, que arrebata al preso toda esperanza, miente con igual aplomo ante el tribunal de Dios, que ante el tribunal de los hombres, y pretende no pocas veces, con las mentiras pronunciadas en aquél, asegurar las mentiras que sostiene en este.

Limitóse por entónces á sondear los puntos sensibles de aquella alma extraviada, reservando para más adelante inducirle á la Confesion y al arrepentimiento del crímen que le suponia.

—No es una alma perdida decíase alborozado, al notar la hombría de bien y la sencillez que en todas las palabras de Juan Miseria se revelaba. Es terreno cubierto de malezas, que una vez limpio, no tardará en dar copiosos frutos.

A poco reinaba entre los dos la más ilimitada confianza, y el Capuchino comenzó á enseñar al preso el Catecismo de la doctrina cristiana, que el desgraciado ignoraba por completo. Y como bien pronto echó de ver que la superioridad moral de Juan Miseria estaba muy por encima del nivel ordinario, abandonó al punto la tosca elocuencia y los recursos de brocha gorda que con los demás presos empleaba, para dejarse llevar de su natural culto, elevado y hasta elegante. Habíale enseñado tambien la práctica, que la elevacion del corazon suple á la cultura del entendimiento entre mucha gente ignorante, y que más arrastra y persuade á los hombres toscos del mediodía, en que la imaginacion y la sensibilidad se aúnan, la elocuencia elevada que se dirige al sentimiento, que el habla tosca que va directa á la razon.

III

ADRE,—decía Juan Miseria la mañana en que el fiscal pidió contra él la pena de muerte. No me quedan ya en los ojos lágrimas que llorar.

—Llora, Juan, llora; que Dios cuenta tus lágrimas para pagártelas en la gloria.

—¡Ay!... Mucho tiene que pagarme por allá, porque aquí nada le debo.

—No hables así, Juan; que si la ingratitud para con los hombres, es una maldad, la ingratitud para con Dios es una blasfemia... Dios no le debe nada al hombre: la vida que le da...

—¡La vida!... No se la pedí yo, y ojalá que

no me la hubiera dado... Cuando niño no tuve madre, cuando mozo, me llamaron *¡Miseria!*... Ahora le debo las cuatro paredes de esta cárcel; luégo el garrote que me preparan, y despues... ¡Despues!... ni un triste—*Dios lo haya perdonado*—porque ¿quién ha de acordarse de un asesino?...

Y el pecho de Juan Miseria se levantó, dejando escapar un tremendo sollozo, semejante al rugido de un leon herido. Cubrióse el rostro con las manos, y balbuceó con una confusa mezcla de dolor y de cólera, de abatimiento y de impotente rabia.

—¿Es esto justo, Señor?... ¡Que me digan dónde está Dios; que me lo digan!

—¡Calla, Juan, calla; que nunca el polvo podrá alzarse contra aquel que lo formó!... ¿Que donde está Dios, dices?... Míralo en esas lágrimas que brotan de tus ojos; míralo en esta casualidad—¡casualidad no, providencia!—que me ha hecho venir aquí á traer luz á tu espíritu, y tranquilidad á tu alma.

—¡Ah, señor! su mercé es muy bueno, y se acuerda de este pobre preso...

—¡No, hijo mío, no!... No soy yo el bueno: las buenas son las doctrinas que practico. El bueno es Dios, que me dice:—Ve en mi nombre, busca corazones desgarrados, almas heri-

das, y cúralas; el bálsamo es la religion. Busca almas extraviadas, y encamínalas al cielo: el camino es el perdon, que puedes conceder en mi nombre... Juan, desconfías de Dios, te atreves á acusarle de injusto y cruel, á trueque de aparecer tú inocente y bueno... Pára, hijo; pára, y aprende ántes quién es Dios, mira luégo quién es el hombre, y acúsale despues, si es que te atreves.

Juan Miseria escuchaba con el alma en los ojos las palabras del Capuchino, cuyo expresivo acento venia á herir su corazon desalentado. Este continuó.

—No dudes nunca, Juan, que la duda mata... Ese Dios á quien tú, miserable criatura suya, osas pedir cuentas, es *el más alto:* sobre El no hay nada, ni bajo él tampoco, que El es principio y fin... Alza los ojos, insensato, y mira su nombre escrito con astros en el cielo: Dios te dice la tierra que te produce el alimento; Dios te dice el agua que sacia tu sed; Dios te dice el aire que ensancha tus pulmones; Dios te dice el fuego que presta agilidad á tus miembros... El heroismo, la virtud, esos sucesos que llaman *providenciales*, no son sino el cielo que se abre y deja escapar un reflejo de la luz de Dios... Allí está El, reflejando la creacion entera, con la misma facilidad y exactitud con que refleja

un espejo la fisonomía que á él se asoma... Y á este Sér divino, que es el solo Sér positivo, porque todo lo que *es* de El se deriva; á ese Dios —palabra que lo compendia todo—osas tú pedir cuentas!... ¡Tú, hombre! ¡Tú, miseria humana!... ¡Ah, Juan!.. Ni sabes lo que es el hombre, ni te acuerdas de lo que tú eres...

Juan Miseria bajó la cabeza, subyugado por el poderoso acento del fraile.

—¡El hombre es tierra, y mala tierra!—dijo humildemente.

—Bien has dicho, Juan; que el hombre es tierra y mala tierra: abre si no una sepultura, y analízalo si te atreves... Pero si haces abstraccion de su envoltura de tierra, y consideras el hálito divino, el soplo de vida eterna que anima la materia organizada de carne, huesos, músculos y nervios, verás cómo el hombre, que por su pequeñez era sinónimo de nada, se confunde de improviso por su magnitud con la Divinidad. ¿Y por qué?... Porque tiene un alma.

—¡El alma!—murmuró Juan Miseria con cierto pavor sublime... Decia un barbero del Cerro-fuerte, que á ninguno de los enfermos que habia sangrado, vió nunca asomar el alma por la picadura.

—Ese hombre hablaba como necio; nadie ha

visto la palabra, y todo el mundo la oye: así es el alma; se siente, se oye, se toca, por decirlo así, pero no se ve... ¡Ay de tí y de los desgraciados, si el alma inmortal no existiese! porque entónces sería verdad aquello de Job: —«El malo vive robusto y sano, rico y feliz; el pobre vive en amargura de alma, sin bienes algunos, y con todo eso dormirán juntos en el polvo, y gusanos los cubrirán.» —No, Juan: Dios ha dado al hombre un alma inmortal, reina y señora del *libre albedrío* con que escoge entre lo bueno y lo malo, y se hace acreedora á un premio ó á un castigo... Ahora bien; no hay hombre, por impío que sea, que no haya hecho algo bueno en su vida, como no hay hombre, por justo que sea, que no haya caido alguna vez. Y como la justicia infinita de Dios no deja delito sin castigo, ni buena obra sin premio, ve tú ahí por qué el malvado prospera y es feliz; porque recibe en la tierra el premio de sus buenas acciones, como recibirá en la otra vida—si no se arrepiente— el castigo de sus maldades. El hombre justo, por el contrario, sufre, padece en la tierra, y expía aquí sus yerros sostenido por la esperanza del premio de gloria, que Dios le reserva en el cielo. Por eso para mí, es cierto este principio: Maldad y prosperidad constantes, indicio de condenacion eterna: virtud

y desdicha duraderas, señal de eterna predestinacion.

Pero esta, hijo mio, es de las verdades que estorban, y por eso el malvado se refugia en el materialismo, levantando el risible *no lo creo*, para detener el tremendo *más allá* de la tumba. Y no es que deja de creer; es que teme hacerlo; que teme la eternidad que presiente, que su orgulloso miedo le hace tomar los sofismas de su corazon, naturalmente rebelde, por dudas reales nacidas en su entendimiento; y á fuerza de querer engañarse á sí mismo, llega al más curioso de todos los engaños: el de *creer que no cree*... Pero llega la hora de llamar al sepulcro, que es la puerta de la eternidad que niega, y este pavoroso eco sumerge su alma negada en lo infinito del terror, que es lo desconocido; y entónces el malvado muere maldiciendo, porque la muerte suele ser el eco de la vida, y un eco sólo repite lo que ha oido.

Otras veces el orgullo de Satanas queda derrotado, y el corazon del impío se abre como una granada, llamando á gritos al Dios que ofendió. Y el Dios negado, el Dios ofendido, acude junto á su lecho de muerte para enjugar sus lágrimas, consuela su espíritu y reanima su cuerpo; al uno le señala un lecho de tierra, y al otro el camino del cielo; sobre el uno pone

una cruz, sobre el otro una corona... ¡Ah! en lo infinito de su gloria, el más preferido de los goces de Dios, es sin duda perdonar al hombre!

—¡Bendito sea!—exclamó Juan Miseria involuntariamente.

—¡Bendito sea!—repitió el Capuchino enternecido.

Juan Miseria calló conmovido, como un hombre, que, acostumbrado á una oscuridad profunda, ve de repente suavísimos horizontes de luz, que le hacen distinguir claramente los objetos: despues de un momento de silencio, dijo:

—Quisiera yo, Padre, que su merced me impusiese, en cómo Dios tan grande, tan inmenso que espanta, se ocupa hora tras hora del hombre tan chico, tan ruin, que seria un reidero, si no fuese una fuente de lágrimas.

—Eso te probará su bondad sin límites, hijo mio, que le lleva á cuidar dia y noche de cosa tan ruin y perecedera como es el hombre... Dios, como Sér é inteligencia infinita, todo lo ve en una sola idea, única, simplicísima, pero infinita tambien: su propia esencia. Allí se refleja lo alto y lo bajo, lo grande y lo pequeño, y cuéstale tan poco seguir á la vez los movimientos del gusano rastrero y del rey po-

deroso, como al arroyo reflejar el robusto álamo, y la humilde amapola que crecen á su orilla.

—¡Es verdad!... ¡es verdad!—exclamó Juan Miseria, como quien va descifrando un enigma. ¡Quién fuera un sabio, para poder entender bien esas cosas!...

—No te dé pena, hijo, que Dios prefiere los santos á los sabios, y ya que no deseas la santidad y la sabiduría, pide mejor la primera que la segunda... La gloria segun Dios, no es la gloria segun los hombres: la gloria segun Dios, conmueve el corazon; la gloria segun los hombres, deslumbra los ojos. Con su sencillez infinita se hermana mejor el—¡Bendito sea mi Dios!—que brota del corazon del rústico á solas en su cabaña, que la magnífica oda que ufano declama el poeta: para El vale más la lágrima de caridad impotente que el pobre derrama, que la cacareada limosna de la filantropía moderna... ¡Ah! en el reino de los cielos los últimos son los primeros, y lo que aquí es celebrado al son de bombo y platillo, suele ser allí falsa moneda que no corre.

Y para que veas Juan, lo tiernamente que ama Dios á los pobres de espíritu y ricos de corazon, he de contarte uno de esos bellísimos ejemplos populares, que ponen la moral

más sublime al alcance de niños y viejas (1).

Habia una pobre viuda, que tenia un hijo único, que amaba sobre todo en este mundo: era el niño tan inocente, tan bueno, tan sumiso, que preciso era quererlo aun sin ser su madre; pero al mismo tiempo era tan limitado de alcances, que imposible se hacia enseñarle nada, faltándole comprension y memoria. Su madre lo puso en la escuela, pero nada aprendió: quiso ponerlo á un oficio, pero sucedió otro tanto, y despues de maltratarlo con burlas y vilipendios, lo despidieron sus maestros.

Entónces su pobre y afligida madre buscó y halló consuelo en su confesor, que era un respetable religioso, y le suplicó intercediese con el prior del convento, á fin de que recibiera á su hijo de lego en el monasterio. Así lo hizo el buen Padre, y el muchacho entró en el convento.

El religioso trató de instruir á su protegido en la religion, cuyas primeras nociones le habia inculcado su piadosa madre; pero jamás pudo hacerle aprender de memoria, ni acordarse, sino de estas expresiones de la fe, la esperanza y la caridad.

—¡Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios!

(1) Este ejemplo se halla incluido en la coleccion de ellos formada por Fernan Caballero.

Cuando pasó el año de noviciado, determinaron desauciarlo por inepto; pero como era tan servicial, dulce y humilde, que todos los religiosos le querian, y vieron con lástima el desconsuelo de su pobre madre, determinaron que se quedase en el convento para trabajar en la huerta.

Despues de largas y penosas tareas que le imponia el hortelano, veíasele, en vez de dormir y descansar, ir á la Iglesia, y arrodillarse en ella horas enteras.

—¿Qué hará allí?—decian los novicios; no sabe leer, ni rezar, ni comprende el rito ni las oraciones de la Iglesia.

Llenos de impertinente curiosidad, se ocultaron un dia para ver y oir en qué pasaba el tiempo, y vieron que no hacia más que pedir incesantemente con gran fervor.

—¡Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios!

Al cabo de algunos años murió el pobre lego con la misma tranquilidad con que habia vivido: hallároulo muerto en su jergon de paja, con el rostro sereno y las manos cruzadas. Lo enterraron como á inocente, sin oficio y sin que doblasen las campanas. A poco no se conocia el rincon de tierra en que estaba enterrado, sino por las lágrimas con que lo regaba su madre.

Pero algun tiempo despues notaron que es-

pontáneamente habia nacido sobre aquella sepultura una hermosa azucena: acercáronse y vieron con admiracion que las blancas hojas de la flor tenian cada cual un letrero, con caracteres de oro que decian:

—¡Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios!

Escarbaron la tierra, y vieron que la flor tenia su raiz en el corazon del hijo de la pobre viuda.

Juan Miseria escuchaba con las manos cruzadas, cerrados los ojos y baja la frente: al concluir el Capuchino, preguntóle con la voz temblorosa y los ojos llenos de lágrimas:

—¿Y ha sucedido eso, Padre?...

—No ha sucedido, pero...

—¡Oh qué lástima!...

—...pero ha podido suceder; que eso significa ejemplo... Ese y otros análogos que por ahí corren, entre vosotros, las gentes del pueblo, son verdaderas fábulas ascéticas, que encierran una profunda enseñanza religiosa.

—Sabia yo uno de esos ejemplos, que me contaba una viejecita vecina de mi casa, y que nunca pude oir sin que sintiese aquí en el pecho, como ahora mismo he sentido, una *cosa* tan rara!... Una cosa, así como un salto de alegria, y unas ganas de llorar tan grandes, tan grandes!...

—Cuéntame ese ejemplo, Juan;—cuéntamelo, hijo mio: que esa *cosa*, tan santa que ni siquiera un nombre la profana, es la luz de Dios, que llega á tu corazon... Es, el alma, que herida por esa luz divina, sonrie de esperanza, porque entrevé la patria celestial, y llora de pena porque de ella está desterrada.

—Pues era éste un mozuelo temeroso de Dios, y devoto en particular, de la Virgen de los Dolores: tenia el muchacho en su vivienda una imágen de la Señora, cuyo corazon traspasado por siete puñales, veíase sobre su pecho, como es costumbre poner. Todas las noches de Dios, el muchacho se arrodillaba delante de la imágen, y rezaba ántes de acostarse. Un dia, arrastrado el inocente por los malos amigos, cometió un pecado grave. Aquella noche no rezó á la Virgen, porque el enemigo extendia ya sobre él sus alas negras: á la mañana siguiente miró avergonzado á la imágen, y vió entónces una nueva y profunda herida, que un octavo puñal abria en el corazon de la Virgen. Asombrado el muchacho, exclamó con un grito de dolor, hijo de su corazon no pervertido.

—Madre de mi alma ¿quién os ha hecho esa herida?!...

—Hijo, tu pecado,—contestó la imágen.

Y el muchacho cayó de cara contra el suelo,

porque el dolor de haber ofendido á Dios, le rompió el corazon en el pecho...

El Capuchino estrechó conmovido la mano de Juan Miseria, y aquel hombre robusto y valiente, aquel hombre tosco, dejó caer la cabeza sobre el hombro del religioso, y rompió á llorar como un chiquillo.

—¡Llora, Juan, llora,—dijo éste con los ojos tambien arrasados: llora, que yo comprendo tus lágrimas.

—Si yo no sé por qué lloro, padre;—replicó Juan Miseria riendo y llorando al mismo tiempo; no sé qué es esto que me sucede... Será lo que usted dice; el alma que quiere irse al cielo, y como la pobre no puede, llora... ¡llora porque sea pronto!

Al despedirse el Capuchino aquella tarde, detúvole Juan Miseria, diciendo:

—Padre,—dijo usted que el hijo de la pobre viuda decia: Amo á Dios, creo en Dios... Y lo otro, ¿cómo era?...

—Espero en Dios, hijo mio, espero en Dios.

—Espero en Dios, murmuró Juan Miseria.

Y aquella noche, al acostarse en el monton de paja que le servia de lecho, Juan Miseria volvió á exclamar:

—¡Espero en Dios!

Y cuando al despertar á la mañana siguiente,

tendió la vista por las cuatro paredes de su calabozo, á que la humedad hacia brotar gotas de agua, como si fuesen lágrimas de compasion. Juan Miseria exclamó con un acento en que se hermanaban la caridad que une, la esperanza que consuela, la fe que resigna.

—¡Espero en Dios!... ¡Espero en Dios!

IV

IENTRAS tanto, Lopijillo se agitaba en las regiones de la política al pormenor. En la alta política, dice un autor, no hay hombres, sino ideas; no hay sentimientos, sino intereses: en política no se mata á un hombre, sino que se allana un obstáculo. La política al pormenor participa de estos grandes vicios, contando además una porcion de ridiculeces. Ella es madre de esos Erostratillos de cabo de barrio, que sólo piensan en elevarse á sí propios; especie comun y despreciable, cuyo lema es el medro personal.

Las ilusiones monstruosas, las enormidades que estos empinados pigmeos se forjan, sólo

son comparables á los delirios de una imaginacion calenturienta. Lopijillo, exacto tipo del político al pormenor, no se descuidaba en esto de formarse castillos en el aire: aspiraba primeramente á ser elegido diputado, y veia ya su retrato corriendo en las cajillas de fósforos, apogeo del aura popular. Allá en su imaginacion dividia luégo la España en pequeñas federaciones, y haciase jefe de una de ellas.

—¡Quién sabe!—murmuraba, con una loca fruicion de gozo, creyendo ser ya representante de la peor de las tiranías, cual es la de los subalternos.

Pero de repente, por otro fenómeno de la imaginacion, sentíase trasportado á la capital de España: ya no era presidente de la *Repúbliquita Gaditana*, ó de la *Repúbliquita Hispalense*,—porque juzgaba que los federales sevillanos desenterrarian este sonoro nombre—¡Era presidente de la República federal española!...

Lopijillo cerraba los ojos, y extendia las manos, como si quisiese asir aquella deslumbradora idea, y veia entónces escritos con caractéres de fuego, estos dos nombres: *Napoleon I—Napoleon III*—y el loco ambicioso inclinaba la cabeza, como si sintiese ya el peso de una corona, y dejaba escapar otro arrogante.—¡Quién sabe!—

Pero los sueños pasan y la realidad queda: al abrir los ojos Lopijillo, no veia más república que la pedestre, pintada en la muestra de la zapatería de su padre; oia el machacar de las suelas de señó Lopijo, y entónces el ciudadano, el padre del pueblo, el demócrata, el republicano *sans culotte*, renegaba de los zapatos que le daban de comer, y—¡oh progreso!—semejante á aquellos pueblos bárbaros que saludaban al sol maldiciéndole, ¡se avergonzaba de su padre!...

Solia entónces lanzarse á la calle, dirigiendo una mirada de desprecio al infeliz Lopijo, que agobiado sobre su mesa ganaba el pan para aquel hijo ingrato; y sintiendo hervir en su interior lo que el ambicioso botarate creia llama del genio, no siendo sino la rabiosa excitacion que el despecho le producia, iba al Club Republicano á predicar virulentas doctrinas, que despertaban en aquel auditorio ignorante y confiado, odio voraz á los ricos, desprecio á la religion, y tremenda ambicion y codicia.

Pero una mañana señó Lopijo no pudo levantarse de su lecho: al dia siguiente el médico le encontró muy grave, y al tercero le declaró sin ambajes ni rodeos que arreglase sus cuentas de la tierra, porque le habia llegado la hora de saldar las del cielo. Señó Lopijo cayó desplomado con sus ilusiones, sobre las almohadas de

su lecho de muerte: la loca esperanza de ver á Lopijillo ocupar una alta posicion política, y procurarse él una vejez descansada y llena de honores, huyó de su mente, dejando, abajo un sepulcro, arriba un Dios que habia de juzgarlo... Señó Lopijo no era impío: cegado por las malvadas teorías de Lopijillo, á quien miraba como un oráculo, habia aparentado una despreocupacion que se hallaba muy léjos de sentir: así fué que, al hallarse frente á frente de la eternidad, volvió los ojos al Dios de misericordia, y pidió á su hijo un confesor.

Lopijillo miró indignado á su padre, porque en su corazon egoista sólo produjo aquella súplica del moribundo un movimiento de cólera. ¿Qué diria la humanidad en masa, del hombre superior, del profundo filósofo, del espíritu fuerte, que encabezaba sus discursos en el Club, diciendo: *Ciudadanos... No en nombre de Dios, que no existe, sino de la naturaleza, os saludo.* —¿Qué diria, decimos, si su padre esperaba la muerte como el más vulgar de los católicos, con un sacerdote á la cabecera y un crucifijo sobre los labios?...

Por eso, mirando colérico á señó Lopijo, contestó

—¿Ahora salimos con esa?... Pues me parece que he tratado de ilustrarle á V. lo bastante,

para que se deje de supersticiones ridículas...

—¡Muchacho!—exclamó angustiado Lopijo; mira que me muero de veras, y no es esto ya cosa de broma.

—¡Vaya!... dejémonos de chocheces, y si quiere V. confesar, haga un agujero en la pared, á estilo de moros; que lo que es esa puerta, no me la pasa á mí un *Cuervo*, mientras yo viva...

Y cogiendo Lopijillo su sombrero lleno de grasa, se dirigió al Club, dejando á su desgraciado padre, solo con sus remordimientos del pasado, sus deseos del presente, y sus temores del porvenir.

—¡Hijo! ¡hijo!—exclamó el pobre viejo, extendiendo hácia él sus manos. ¡No me dejes morir como un perro!...

El hijo impío oyó aquel grito de indecible angustia, y estuvo á pique de volver: pero su egoismo ambicioso habló más alto que la conciencia, y siguió su camino, murmurando, para acallar aquella voz que en su interior le gritaba:

—No está tan malo: tiempo habrá de darle gusto.

A las once, Lopijillo de vuelta del Club, entraba en la alcoba de su padre, que se hallaba á oscuras: no oyendo rumor alguno, dijo con voz que el miedo hacia temblorosa.

—¿Padre?... ¿Padre?... ¿Está V. durmiendo?...

Nadie respondió: Lopijillo sintió que la lengua se le pegaba al paladar, y echó un fósforo para encender un velon, que á tientas buscó sobre la mesa. Entónces pudo distinguir el rostro de su padre, que se destacaba sobre las almohadas, lívido, con los ojos hundidos y casi apagados, y bañados ya los cabellos con el sudor de la muerte: el infeliz agitaba los labios como si murmurase, dirigiéndose á álguien que él solo veia.

—¡Si no quiere!... ¡Si no quiere!...

Lopijillo tuvo miedo de aquellos ojos que le miraban sin ver, y de aquella fisonomía desencajada, en que se pintaba el espantoso terror, de quien se ve suspendido sobre un abismo sin fondo. Con los cabellos erizados y temblando como un azogado, huyó á la zapatería, situada en el piso bajo: en su precipitada fuga dejó sobre la mesa el velon y los fósforos, y hallóse sumergido en la oscuridad más profunda. La mitad de su vida hubiera dado el miserable Lopijillo, por ahuyentar aquellas tinieblas que le aterraban: pero ¿cómo volver á aquella alcoba en que se habia entronizado la muerte?... Si miraba á las paredes, allí veia aparecer el lívido rostro de su padre; si al suelo, allí se destacaba; si al techo, allí tornaba á dibujarse. Cerró los

ojos, y más viva, más terrible que nunca, aquella vidriosa mirada llegaba hasta su corazon, helándolo de terror. De pie, rígido, sin atreverse á extender la mano por miedo de tocar un fantasma, y pensando en saltarse los ojos por no ver aquel rostro aterrador, haciansele siglos los minutos.

De repente llamaron á la puerta: Lopijillo dió un salto, girando sobre sí mismo, como si hubiese recibido un balazo, y se quedó inmóvil, mirando estúpidamente á la puerta, sin atreverse á abrir: pareciale que á traves de aquellas tablas iban á filtrarse juntos la muerte y el demonio, para apoderarse del cuerpo y del alma del desdichado agonizante. El exceso mismo del terror le impidió pedir socorro: mas el bronco sonido de un cencerro, que en aquel instante resonó en la calle, vino á mitigar su angustia, haciéndole sospechar quién fuese la intempestiva visita. Acercóse vivamente á la puerta, y abrió el postiguillo: distinguió entónces, al pálido fulgor de las estrellas, las negras siluetas de una recua de burros cargados de sacos.

—¿Martin?... ¿Martin?... balbuceó Lopijillo, temblando como un azogado.

—Buenas noches, D. José,—contestó una voz bronca en la calle.

El terror de Lopijillo desapareció al oir aque-

lla voz, para dar lugar á un azoramiento de muy diversa índole.

—¡Entra, entra corriendo!—tornó á balbucear, sin que atinase á descorrer el cerrojo. ¿Vienen los sacos?... Echa un fósforo, hombre... pero cuidado... cuidado...

Entró entónces en la zapatería un mulato de talla colosal y atlética musculatura, que por aquel entónces se exhibía en todas las manifestaciones republicanas, como prueba del fraternal lazo que á la sombra del gorro frigio, unía ya en España á todas las razas: venía envuelto en un sayal de paño burdo, y obedeciendo á Lopijillo, encendió una lámpara de petróleo que colgaba del techo. Detrás entró el arriero, dueño de los borricos: á su vista creció el azoramiento de Lopijillo, y se apresuró á abrir un camaranchon, que con la zapatería comunicaba. Había allí por los rincones cueros de vaca, hormas desechadas, suelas y plantas viejas de zapatos: el resto estaba vacío, y notábase por todas partes, esa basura especial que dejan los trastos viejos, amontonados mucho tiempo en un paraje.

—¿Dónde descargamos?—preguntó el arriero.

—¡Aquí! ¡aquí!—se apresuró á responder Lopijillo. ¿Cabrán?...

El mulato asomó su cabeza de perro dogo

por la puerta del camaranchon, y recorriéndolo con la vista, contestó lacónicamente:

—Caben...

Y ayudado por el arriero, comenzó á amontonar en el cuchitril, hasta veinte y cinco fanegas de cebada que en otros tantos sacos traian los burros: cargábalos el arriero en hombros del mulato, y éste los metia dentro, pasando por delante de Lopijillo, que con la lámpara en la mano, alumbraba la zapatería y el camaranchon, desde el dintel de la puerta intermedia: en uno de estos viajes, el patriota, indicando al arriero con un expresivo gesto, dijo rápidamente al mulato:

—¿Sabe?...

—Nada.

—¿Y el patron?

—Dió la vuelta con el falucho, y estará ya en Cádiz.

—¿Sospecha algo?...

—Ni pizca.

Pronto quedó terminada la faena, y el arriero se retiró entónces, llevándose los burros. Lopijillo cerró cuidadosamente la puerta del camaranchon y tambien la de la zapatería, y sin dar muestras de acordarse de su moribundo padre, se dirigió en compañía del mulato á una casucha de la calle Ancha: allí vivia un sastre, émulo

de Juan Leyden, secretario del Club Republicano.

Al amanecer volvió de nuevo á la zapatería, y envalentonado con la luz del alba, que ya despuntaba, dirigióse á la alcoba de su padre; en el dintel se detuvo aterrado... Aun ardía el velon encima de la mesa; y en el lecho, revuelta la ropa que dejaba asomar los pies agarrotados, contraida la boca como el que maldice, desencajados los ojos como el que se espanta, yacia el cadáver de Lopijo.

Lopijillo no pudo soportar la vista de aquel horrendo despojo de la muerte, y acercóse, cerrando los ojos, para tapar con la colcha el rostro de su padre: pero en las fatigas de la muerte habíanse asido á ella las manos del cadáver, y al sentir la natural resistencia que á soltarla ponia, huyó creyendo que el irritado cadáver le rechazaba, y vino á caer, medio desvanecido de espanto, en brazos de la Salamanca, que en aquel momento apareció en la puerta.

Los padres de la patria acudieron á visitar á Lopijillo, y reunidos en la zapatería, como los senadores en el Senado, determinaron hacer á señó Lopijo un entierro digno de su muerte estóica. Todas las ceremonias de la religion fueron rechazadas, no ya como cosa supérflua, sino

indigna, y uno de ellos, que mostraba en sus puños una fuerza de conviccion pasmosa, dijo:

—Al demonio vayan curas y sacristanes, que el difunto señó Lopi... que diga José Lopez, ha de enterrarse como republicano... Los federales no necesitan de responsos... ¿Sabeis, ciudadanos, lo que dicen esos cuervos cuando cantan en los entierros?...

Y el orador, que la daba de gracioso, dijo, parodiando el solemne tono de un responso.

Cantemos, cantemos,
Que á treinta reales cabemos:
Monacillos á dos reales,
Sacristanes á peseta,
Y el muerto ya lleva papeleta.

Esta fué la oracion fúnebre del infeliz Lopijo: su cadáver permaneció abandonado, sin que nadie rezase junto á él una oracion, ni derramase una lágrima. A la hora del entierro, cuatro padres de la patria lo colocaron en un ataud ribeteado de encarnado, color de la república, y la comitiva se puso en marcha.

Caminaba al frente de ella un federal, enarbolando una bandera blanca, roja y verde, en que, bajo algunos signos francmasónicos, se leia:

¡República ó muerte!

Seguia el ataud llevado por cuatro federales,

y cubierto con un pedazo de percalina colorada: de los costados de la caja salian cuatro cintas rojas, que llevaban otros tantos cabecillas del partido: estos marchaban con una gravedad grotesca, dirigiendo miradas entre triunfantes y amenazadoras, á los atónitos vecinos.

Venian detrás todos los republicanos de la poblacion, formados de cuatro en cuatro, luciendo chillonas corbatas encarnadas, como distintivo del partido á que pertenecian. Cerraban la marcha cuatro personajes del partido, que presidian el duelo: estos podian llamarse republicanos vergonzantes. Marchaban pegados á la acera, entre graves y risueños, como si conociesen todo lo ridículo de aquella terrible farsa: eran los *pastores* que apacentaban y utilizaban aquel rebaño de borregos, que ante ellos caminaba.

Aquella terrible mascarada de la muerte atravesó varias calles de la poblacion, y fué á deshacerse en el cementerio.

Lopijillo presenció y presidió todas aquellas ceremonias, con la calma estóica de Bruto en los funerales de Cesar. Sólo un momento perdió su gravedad postiza: al desfilar el cortejo ante el camaranchon donde estaba la cebada, un federal arrojó al descuido, en la misma puerta,

una colilla encendida: Lopijillo se avalanzó atropelladamente á ella, y dando fuertes patadas, apagó al punto la ceniza.

Nadie reparó en aquel incidente, que mucho significaba.

V

FUERA aparte de la ambicion, que monopolizaba todas las facultades de Lopijillo, dos pensamientos ocupaban su mente: la codicia y la venganza.

Al morir señó Lopijo, habíase encontrado desprovisto de toda clase de recursos: aquel filon de oro que sostenia su patriótica holganza, cesó con la lezna que tanto habia despreciado. Lopijillo habia visto á su padre enterrar y desenterrar bajo la cabecera del catre, un pucherete que, á juzgar por su peso, debia de contener dinero: pero para buscar aquel pequeño tesoro, era necesario entrar en el cuarto en que habia muerto

señó Lopijo; tocar el lecho en que habia agonizado, maldiciendo probablemente al hijo cruel, que le negó una muerte tranquila; revolver aquel escondite que el pobre padre habia ocultado á todos, reservándolo para su ingrato hijo... A este solo pensamiento erizábanse los cabellos de Lopijillo, y creia que dos manos descarnadas le agarraban por los faldones de la levita, arrebatándole el ansiado tesoro: así, pues, el supersticioso terror venció á la codicia, y Lopijillo no se determinó á buscar los ahorros de su padre.

Entónces pensó en trabajar, pero ningun trabajo le era conocido: sólo allá en su niñez, habia hecho ratoneras, que vendia luégo á las vecinas del barrio. Lopijillo consultó la historia, y no encontró ningun hombre célebre que en sus ratos de ocio, hubiese hecho ratoneras: desanimado con esto, desechó su propósito.

Pero la necesidad, que es el sexto de los sentidos del hombre, aguzó el ingenio de Lopijillo, inspirándole una idea salvadora, que vino á confortar su estómago. Aquella noche pronunció en el Club un discurso sobre la asociacion, que el ilustrado público aplaudió con el mayor entusiasmo: en el epílogo, poniendo en práctica su plan, dejó escapar estas ideas:

—¿Por qué padece la humanidad?—dijo con

toda la retumbancia de una cabeza vacía. Porque no oye mi voz y se asocia... Sí, ciudadanos: en la asociacion está la fuerza: *¡vis unita, fortior!*

El culto público aplaudió fuera de sí, y un federal exclamó, arrojando el sombrero calañés al pie de la tribuna.

—¡Si es lo grande este hombre!... ¡Lo mismo habla francés, que español, que madrileño!...

—Hijos mios,—continuó Lopijillo; fundemos una asociacion de socorros mútuos entre todos los federales... Un cepillito, cuya llave guardaré yo religiosamente, recibirá las dádivas de los socios: allí caerán las riquezas del rico, y las *mendigueces*—licencia oratoria—del pobre... Así, cuando un federal quede reducido al estado macilento, que produce la enfermedad en el individuo, no tendrá que ir *mendingando* un pedazo de pan en las puertas de esos soberbios ricos, que, todos sin excepcion, tratan al pobre á patadas; sino que este fondo comun proveerá á su subsistencia. Así, cuando un federal deje este mundo para devolver su cuerpo material á los elementos que lo formaron, este fondo comun asegurará la existencia de la abandonada viuda, y de los tiernos huerfanitos, que quedarán solos, cual gorrioncillos á quienes un cruel cazador ha privado de las paternales cá-

ricias... ¡Sí, ciudadanos!... esta idea filantrópica, este pensamiento humanitario, no es sino una débil sombra del *falansterno*, que segun las doctrinas del gran Fourrier, me propongo fundar, cuando la flamígera antorcha de la civilizacion, ilumine del todo nuestras inteligencias.

—¡Viva el ciudadano Lopez!...¡Viva *Falansperro!*... ¡Viva *Furriel!*—clamaron los federales con el mayor entusiasmo.

Aquella idea humanitaria fué acogida con exaltacion patriótica. El cepillo rellenaba insensiblemente sus entrañas, y la llave funcionaba en manos del ilustre fundador de aquella sociedad filantrópica: tres dias despues, Lopijillo lucia un sombrero de copa alta nuevo, unas botas de charol y un ámplio gaban, en que se embozaba á manera de palio romano.

Satisfecho por entónces con esta nueva mina, que bastaba y sobraba para cubrir sus necesidades, Lopijillo trató de hacer caer todo el peso de su odio sobre Juan Miseria y Mariana. Los personajes de la alta política suelen estar íntimamente unidos á los políticos al pormenor: á menudo forman estos lazos las bajezas, las intrigas, tal vez los crímenes, que sirvieron de escalon á aquellos para llegar á sus altos puestos. Amigo Lopijillo de *varias eminencias* po-

liticas, le fué muy fácil influir de tal modo en la causa de Juan Miseria, que viniese á recaer la sentencia de muerte, sobre el inocente reo: satisfecho por esta parte su odio ruin, hijo de la envidia y el despecho, ocupóse en buscar á Mariana, á quien los muros del convento D.** libraban de sus persecuciones.

Para conseguir su intento, Lopijillo dijo en el Club que el progreso humano necesitaba, para avanzar un paso, hollar las ruinas de aquellos templos, antros de fanatismo é hipocresía; y empleando por otra parte todo su influjo en la Junta revolucionaria de la poblacion, logró arrancar la órden del derribo de tres conventos, entre los que se contaba el de las religiosas de D.**

La revolucion de Setiembre ha probado una vez más, que el orgullo de los que no saben edificar, consiste en destruir: así fué que aquellos tres edificios, tan extensos y tan hermosos, vinieron al suelo, quedando en su vez tres inmensos solares llenos de escombros. Sobre uno de ellos, allí donde con letras de ruinas habia quedado escrita la suprema ley de destruccion, el adelanto del cangrejo de que los revolucionarios de Setiembre blasonaban, habian puesto este letrero, ó más bien, este sarcasmo:—*Plaza del Progreso.*—Sobre otro de los solares, allí

donde se habia usurpado la propiedad, atentado contra el derecho de asociacion, y violado el domicilio, se leia:—*Plaza de la Libertad.*— Sobre el tercero, allí donde la fuerza venció al derecho, el perjurio á la honradez, y el desórden al órden, habian puesto con admirable exactitud:—*Plaza de la Revolucion.*—

Las infelices religiosas de D.**, arrojadas de su convento en nombre de un poder bastardo y arbitrario, fueron recogidas en otro convento de la misma órden: las legas, entre las cuales se contaba Mariana, quedaron instaladas en su nuevo asilo, desde el dia anterior á la traslacion de las monjas. Esta se efectuó despues de la media noche: Lopijillo acudió en compañia de algunos individuos y dependientes de la Junta revolucionaria, cuidando de los carruajes que habian de conducir á las monjas. Estas esperaban en el coro la señal de marcha: postradas por última vez ante aquel altar que, despojado de sus imágenes, sus ornamentos y sus luces, parecia un cuerpo sin alma, rezaban el oficio de la noche, cuyo acompasado tono alteraban á cada instante desgarradores sollozos.

El sordo ruido de los carruajes primero, y varios golpes dados en el torno despues, les anunciaron haber llegado la hora de partir: varios hombres y mujeres del pueblo esperaban á

la puerta, deseosos de contemplar aquella escena nueva para ellos. Habíase desplegado un inútil aparato de fuerza, sobre el que los curiosos hacian mil comentarios: segun unos, se guardaba en el convento un depósito de armas destinadas á los carlistas: otros temian que las monjas tuviesen gente preparada para la defensa; y un tercero aseguraba, con aire de conviccion pasmosa, que cierto personaje político de la situacion caida, conspiraba oculto en aquel tenebroso retiro.

Un confuso rumor de llantos y gemidos se dejó oir, y los curiosos murmuraron con un si es ó no es de temor.

—¡Ya vienen!... ¡Ya vienen!...

Pero al abrirse de par en par las puertas del claustro, sólo hallaron sus ávidas miradas un grupo de mujeres indefensas, que vestidas con sayales de bayeta y cubiertas de velos negros, rodeaban sollozando á una anciana de alta y majestuosa estatura, que extendia sobre ellas sus manos, apoyándose en un báculo de ébano con remate de plata. Aquella mujer, que por sus ademanes parecia querer infundir valor en las demás, era la Abadesa.

—Vamos, hijas, vamos; que estos señores están esperando,—dijo, esforzándose para que su voz pareciese tranquila.

Al oir aquellas palabras, tan sencillas como grandes en aquellas circunstancias, los llantos contenidos, los sollozos entrecortados, los gemidos que se comprimian, estallaron de nuevo: las religiosas, impulsadas por un movimiento simpático, se arrodillaron para besar aquel umbral, que habian jurado no pasar ya ni vivas ni muertas.

Sólo la Abadesa permaneció de pié, apoyada en su báculo, pareciendo, como realmente era, el pastor guardian de aquellas humildes ovejas postradas en el suelo. Ninguna queria ser la primera en dejar su santo retiro, y la Abadesa tuvo que irlas empujando suavemente fuera del claustro: una monja anciana de 84 años, paralítica en una silla, que desde la edad de tres se hallaba en el convento, fué conducida al carruaje, desmayada en un sillon.

La Abadesa fué la última que abandonó el convento, y con el corazon roto de dolor y de pena, entregó á Lopijillo las llaves, sin que ni una queja, ni un reproche, ni siquiera un movimiento de desagrado, viniese á desmentir la mansedumbre con que dijo al que la hizo sabedora de que su convento iba á ser destruido.

—Hágase la voluntad de Dios.

Lopijillo y alguno que otro de los revolucionarios, contemplaban las lágrimas de aquellas

mujeres *holgazanas*, *soberbias* y *egoistas*, sonriendo despreciativamente, pero no sin sentir en su corazon vergüenza de sí mismos: porque para el malvado opresor la inocencia es un crímen, y suele apoderarse de él la rabia y el despecho, cuando sólo se oponen á sus crueldades lágrimas silenciosas y sumisas. Los curiosos y los más de los individuos de la Junta, lloraban enternecidos: uno de estos, jóven de excelente corazon, pero por ciertas ideas avanzadas extraviado, huyó de allí llorando como un chiquillo.

—¡Yo no sirvo para estas cosas!—exclamaba.

Mientras las religiosas subian á los carruajes, Lopijillo asomó la cabeza por la puerta del anchuroso claustro, y sonriendo de placer á la idea tan nécia, mezquina y ridícula como impía de ser el primero que profanase aquel recinto sagrado, entró en el convento arrastrando su largo y mohoso sable de voluntario, que resonaba lúgubremente sobre el embaldosado de mármol. El claustro, completamente oscuro, se extendia á lo léjos, yendo á perderse en la Iglesia, como se pierden en el cielo los pensamientos de un alma elevada. Lopijillo se adelantó hácia una puertecita que se abria en una de las paredes laterales, dejando escapar una claridad dudosa. Abriase allí una estrecha ga-

lería que iba á parar al locutorio, en cuyo fondo agonizaba una lamparilla olvidada sin duda, prestando á las paredes desnudas una extraña movilidad: á su reflejo vió Lopijillo destacarse sobre la puerta una calavera sostenida por dos canillas, bajo la cual se leia.

Lo que eres fui;
Lo que soy serás.

La expresion satisfecha que se revelaba en el rostro de Lopijillo desapareció al entrar en aquel austero lugar, dejando en su vez una de pavor infinito, porque la sola idea de la muerte bastó para helar de espanto á aquel hombre despreocupado. Al leer el tremendo letrero, coronado por la calavera, como por un lúgubre trofeo, el excéptico tuvo miedo, y no atreviéndose á franquear aquella puerta, huyó hácia la calle... Mas el enorme sable de voluntario se enredó entre sus piernas, y vino á caer á la salida del claustro, hiriéndose la frente contra aquel umbral que habia profanado.

La Abadesa y la comunidad del convento hospitalario salieron á las puertas del claustro á recibir á las infelices desterradas: estas cayeron en los brazos que la caridad les abria, y allí, sobre aquellos pechos hermanos, dejaron correr libremente las lágrimas que la dignidad

y la majestad de su infortunio habian secado en sus ojos. La Superiora de las monjas D.** quiso entregar su báculo, en señal de sumision, y obediencia, á la Abadesa que en medio de su desamparo le ofrecia á ella y á su rebaño un asilo donde guarecerse; pero ésta lo rechazó dulcemente, diciendo:

—No, hermana mia; guarda tu báculo, que yo tengo el mio: cuida de tu rebaño, que yo cuidaré del que Dios me ha confiado... Ancho es nuestro convento, y si os hemos ofrecido en él un asilo á ti y á las tuyas, no es para someteros á nuestro poder, sino para que libremente ejerzas el tuyo.

¡Qué leccion tan elocuente encerraban las sencillas palabras de aquella pobre monja para los ambiciosos mezquinos que la escuchaban, poseidos de un involuntario respeto!

Las puertas del claustro se cerraron al fin, dejando fuera la impiedad que escandaliza, el descreimiento que desconsuela, la tiranía que ahoga, el triunfo de la fuerza bruta sobre la debilidad indefensa, que haria reir si no hiciese llorar; y como complemento de todo esto, el espantoso vacío de la falta de religion, que hace al hombre agitarse sobre la tierra buscando un reposo que no encuentra, como se revuelven en sus órbitas, buscando la luz, unos ojos ciegos

que nada ven... Dentro quedaron las lágrimas que Dios cuenta, el dolor con que sin ahogar aprieta, el infortunio de que el cruel se espanta, pero que el compasivo mitiga, la virtud oprimida que sólo sabe esperar, y lo que hace al humilde mil veces más fuerte que el soberbio que le oprime: ¡la Fe católica!

VI

ALGUNOS dias despues al de la traslacion de las monjas, debia Lopijillo de pronunciar un discurso sobre el derecho de igualdad, en la iglesia del mismo convento D.**, convertida ya en Club Republicano. En el sitio que ocupaba ántes el altar mayor, hallábase colocada la mesa del presidente, y en aquel púlpito donde tantas veces habia resonado la palabra divina, era donde Lopijillo habia de pronunciar su discurso.

Hallábase el Club aquella noche de bote en bote, y el mulato Martin, socio y lector de la Sociedad, acababa de leer al culto é ilustrado

público los periódicos del dia. Lopijillo subió al fin á la tribuna, y un murmullo de aprobacion, le hizo sonreir satisfactoriamente: despues de una tos preventiva, comenzó su discurso en los términos más hinchados y altisonantes.

—Sí, ciudadanos federales,—dijo entre otras cosas. La igualdad debe ser un hecho, y si la tiranía ha conseguido dividir á la sociedad en clases, la idea republicana viene á devolver á cada hombre, el cubierto que en el gran banquete de la naturaleza le corresponde de derecho.

—¡Anda!... ¡que vamos á comé en un banquete!—exclamó un federal sonriendo de placer al oido de su vecino.

—Mos tendremos que poné en cuclillas,—respondió este (1).

—Un ejemplo palpable y visible os hará comprender la verdad refulgente de la luminosa idea que sostengo... Ved ahí á Martin,—continuó Lopijillo designando al mulato, que mortificado al sentirse blanco de todas las miradas, bajó la vista, enrojeciendo bajo su piel cobriza:—él es negro cual la raza etiópica, y yo blanco, cual la pura raza caucasiana. Ved ahí

(1) Advertimos que este cándido federal, no da á la palabra *Banquete* el significado de comida ó festin; sino el de banco pequeño, que suele dársele en Andalucía.

á Martin: él nació oprimido por el pesado yugo de la esclavitud, y yo nací libre, cual el alegre pajarillo que revolotea en la verde arboleda... Ved ahí á Martin; él es ignorante, cual el rústico que camina llevando por delante el pollinito que le ayuda á ganarse el alimento: yo soy ilustrado, cual el hombre que dedica su vida al profundo estudio de la filosofía, para poder ilustrar al pueblo, arrancándole la tupida venda de la ignorancia, desde aquí mismo *do* se propagó el oscurantismo y la Inquisicion... Y dime, Martin, ¿en esta sociedad republicana federal, no eres tú, negro, esclavo é inculto, igual á mí, libre, blanco y culto?...

Martin, furioso al verse objeto de la atencion general, colérico con aquel parangon que tan poco le favorecia, gritó despechado:

—¡No, señor; que V. es tonto y yo no lo soy!...

Al oir la oportuna respuesta del mulato, la palabra elocuente de Lopijillo se detuvo en sus labios, y quedó con la boca abierta y extendida la mano. Un confuso griterío se levantó en el Club, al ver insultado á su orador favorito:

—¡A fuera ese negro!—clamaron por todas partes.

—¡Fuera esa tizne!

—¡Habráse visto el guachimandinga!

—¡Digo, tras de que se le hace el favor de tener aquí al tunante!

—¡Que se vaya ese negro, que nos va á tiznar á todos!

—¡A fuera ese tio Picon!...

En vano trataba Lopijillo, repuesto ya de su sorpresa, de calmar desde el púlpito á los amotinados y detener á Martin, los vigorosos puños del mulato causaban graves desperfectos en narices y quijadas federales; pero el número le rindió al cabo, y arrojado de mano en mano como una pelota, hasta llegar á la puerta, aplicáronle la punta del pie á la extremidad del espinazo, haciéndole salir más que de prisa del Club Republicano federal.

Vióse entónces con sorpresa que Lopijillo abandonaba la tribuna, despreciando por vez primera el aura popular, y abriéndose paso entre la apiñada turba, que frenéticamente le aclamaba, corria á la calle en pos de Martin. Mas el mulato no aparecia ya por ninguna parte, y Lopijillo, lleno de inquietud, le buscó en vano por todos los parajes que solia frecuentar. La inquietud de Lopijillo trocóse entónces en sobresalto, comprendiendo al fin, aunque tarde, la enormidad de su yerro: el mulato estaba en el secreto del complot que los republicanos federales fraguaban contra el Gobierno provisio-

nal, y su amor propio cruelmente herido podia inducirle á una denuncia. A este solo pensamiento, el sobresalto de Lopijillo llegó á congoja, y con esa egoista impremeditacion, propia de los caractéres mezquinos en circunstancias apuradas, acogió como única la primera idea que acudió á sus mientes, que fué la de correr al Corral de los Chicharos en busca de la Salamanca.

Estaba ya la doctora arropada en su cama, y saltó prontamente de ella para recibir al sobrino, cubriendo con un manton trapajoso, el elegante *deshabillée* en que la encontraba. La Salamanca habia cambiado bastante: desde el dia fatal en que deslumbrada con las ofertas de Lopijillo, pronunció su calumniadora acusacion contra Juan Miseria, esa tristeza profunda, ese terror secreto, ese miedo pueril, compañeros inseparables del crimen, embargaban de continuo su ánimo. La luz del sol que lo mismo alumbra, calienta y alegra al bueno que al malo, al pobre que al rico, ahuyentaban en parte su negra melancolía; mas llegaba la noche con sus tinieblas, y un terror secreto invadia poco á poco el alma de la Salamanca, que no podia soportar la vista de la vivienda de Mariana, cuya puerta cerrada como una tumba, parecia guardar el reposo, la felicidad y la hon-

ra de aquellos dos infelices que á ella y á Lopijillo debian su desgracia. Por otra parte, el reparto de bienes tantas veces anunciado por Lopijillo, no llegaba nunca, y la Salamanca iba perdiendo las esperanzas de poseer la casa de D. Juan Benitez el médico, precio de su infame acusacion contra Juan Miseria.

En cuanto á Lopijillo, que como todos los malvados, habia cobrado horror á su cómplice, de quien ya no le era dado esperar sino temer, evitaba su encuentro por miedo de nuevas reclamaciones, y en más de una ocasion pasó como un relámpago por su mente, la idea de quitar de en medio aquel importuno testigo de su infame venganza. Es una verdad probada por la experiencia, que los lazos que el crimen forma y estrecha, suele tambien el crimen encargarse de romperlos.

Grande fué, pues, la sorpresa de la Salamanca, al ver entrar á su sobrino demudado y tembloroso, en aquella hora inusitada.

La conferencia que tia y sobrino celebraron, fué larga y quedó secreta; tan sólo una vecina que por tener un hijo enfermo velaba hasta el alba, pudo notar que ya cerca de esta, un arriero viejo, compadre de la Salamanca, llamado señó Dondito, entraba en el sótano que la vivienda de la vieja tenia, por una puertecilla in-

dependiente, veinte y cinco sacos de cebada.

A la mañana siguiente, la Salamanca, con el apergaminado rostro radiante de júbilo, volvía de la pescadería trayendo colgada al brazo una esportilla de palmas, en cuyo fondo reposaban media libra de boquerones, sentenciados á ser bárbaramente fritos. Cerca ya del Corral de los Chícharos, encontróse con su comadre señá Juanita Perdigon, que así mismo se encaminaba á la pescadería, tambien con su esportilla al brazo.

—¿Cómo anda eso hoy?—preguntó ésta cortando el paso á la vieja.

—Pescadillas á treinta cuartos, brescas á veinte, y estos boqueroncillos á doce;—contestó la Salamanca mostrando las entrañas de su canasto.

—¡Ay Jesú, y qué familia más remenua, que too se vuelve cabeza, cola y espina!—replicó señá Juanita Perdigon. No me harán á mi daño, continuó volviendo grupas; á tu tierra grulla, mas que sea con una pata; que con esos doce cuartos le hago yo un ajo frito á mi ganao, y guardo dos pa mercá *La Igualdá*.

—¿Y qué dicen de nuevo los papeles?...

—¡Calle V., señá Salamanca, que está la cosa por aquellos Madriles, que el que más y el que ménos tiene ya ajustao el entierro!... ¡Misté que Plim!...

—¡No me hable V. de Prim, que lo tengo aquí, y ni me sube ni me baja!—exclamó la Salamanca llevándose la mano á la garganta. Misté que haber vuelto los consumos, es la picardía mayó que se hace.

—¡Calle V., comadre, que eso no tiene perdon de Dios!... A robá se pueen dir á Sierra-Morena.

—Eso digo yo, señá Juanita: á robá á un camino. Pero ese pícaro de Prim me los tiene á toitos metios en un zapato, y por allá sucede, lo que contaba mi Pepe de un lobo, un zorro y un leon, que caminando juntos, se encontraron un corcho que podia servir de cama; que para mí es, que para ti será, que para quién ha de ser, que se vino en la cuenta de que el más viejo se lo llevaría. El zorro dijo primero.

Cuando la grama crecia,
Ya cien años yo tenia.

El lobo, que era marrullero, dijo despues:

Cuando la grama crecia,
Mi nieto cien años tenia.

Y el leon, que es ese pícaro Prim, dijo sacando las uñas:

Pues yo no tengo más que ocho...
¡Y á ver quién le toca al corcho!...

—Vamos, señá Salamanca, que usté bien tenia á Prim en su sala con un gran marco de caoba.

—Lo tenia, comadre, lo tenia... Pero desde que he visto la poca aprehension de ese hombre, he vuelto el cuadro del reves por no verle la cara.

—¿Y dónde me deja usté el zanguango de Serrano?...

—¿Zanguango?... Pues me gusta la zanguanga: él se come su turron, y el que venga detrás que arree. A ese le sucede, ni más ni ménos, lo que al gallego del cuento: caminaban juntos tres farrucos; uno llevaba una manta, otro un colchon, y el otro, que este es Serrano, no llevaba náa... Pues vamos á que pasan la noche en un ventorrillo y se acuestan los tres en el colchon, tapándose con la manta: en medio estaba Serrano, y como la manta era estrecha, y no alcanzaba para los tres, tiraban de ella los de los lados, gruñendo uno porque el colchon era suyo, y otro porque la manta le pertenecia. Y el camastron de Serrano, que sin tener náa estaba mu arropadito, decia el indino:

—Yo ni tiru, ni jalu, ni la manta es mia...

—Y qué verdá que es eso, señá Salamanca, —replicó riendo Juanita Perdigon: á ese era menesté cantarle aquello de

A mí me llaman el tonto
Los tontos de mi lugar...
Ellos comen trabajando,
Yo como sin trabajar.

—Pero á mí,—continuó la Salamanca, con tal de que pongan la República Federá, lo mismo me da que tiren, que jalen, que se den de coscorrones.

—Y dígame V., seña Salamanca, ¿qué viene á ser eso de *federal*?...

—Pues federal es lo mismo que *federical*, y le llaman así *por mor* de D. Federico Rubio, el diputado por Sevilla.

—Ea, bien,—replicó seña Juanita Perdigon, admirada de aquella extraña etimología; y con un aire de seguridad pasmosa, añadió: Pues lo que es la república viene mas fija que el reló, porque en el Arenalejo de Santiago han puesto un papé que dice:

¡Viva la República federá!
Y al ladron que no la quiera,
Garrote le van á dá (1).

—Pues hágase V. cuenta, si viene la República, como agarro yo al rey por un bigote,—dijo la Salamanca con cierto airecillo de importancia; porque lo que es á mi sobrino, me lo ponen más alto que el Inri.

—Se pone V. las botas, seña Salamanca.

(1) Auténtico, como todos los presentes y siguientes hechos, dichos y juicios populares, presenciados unos y recogidos otros por nosotros mismos, de boca del pueblo.

—¡Si mi sobrino es de lo que nunca se ha visto!—continuó ésta animándose por grados. Donde tiene que oir es en el Clun (Club), porque tiene un pico, que cuando habla derriba una acera de casas... Misté que la otra noche, imponia, cuando dijo aquello de—¡Sudíadanos, los orinantes (horizontes), están muy cargados, y pronto llegará la hora de gritar: ¡¡República ó muerte!!...

Y la Salamanca, levantando el brazo con el aire de una Rachel trasnochada, derramó los boquerones en mitad de la calle: mientras se agachaba á recogerlos, llegóse á ella de puntillas un pillete, y dando menudas palmadas sobre su espalda, dijo parodiando cierto juego muy comun entre los muchachos:

Á la cucú,
A la cucuemos,
Cuántos hijos tendremos,
Pegar sin reir,
Pegar sin hablar...

—¡A volar, pajaritos, á volar!—concluyó el pillete huyendo ligero como un pájaro, porque la Salamanca se enderezaba barbotando colérica.

—¡Sinvergonzon, tunante!... ¡Ven acá, granuja, y te doy que contá, y no dinero!...

Pero ya éste, resguardado tras un guarda-canton, le sacaba la lengua, cantando:

Una vieja se comió
Un esporton de sardinas,
Por la punta e la nariz,
Le salieron las espinas.

—Pues yo,—dijo señá Juanita Perdigon, así que la Salamanca se hubo serenado, tenía todas mis esperanzas en el condenao reparto: pero tengo el ángel más sucio y la suerte más negra que la conciencia de Judas. ¿Qué cree V. que me dijeron el otro dia que le tocaba á mi marido?... Pues la parroquia de San Miguel... ¿Y qué me hago yo con eso, que ni pa bodega pué servirme?...

—Beato el que posee, comadre, y á caballo regalao, no hay que mirarle el diente. No serán pocos los dineros que sacará usté echándola abajo y vendiendo los cantos.

—¿Y con qué voy á echarla abajo, mi alma; con los dientes?—exclamó señá Juanita Perdigon, á quien la calma de la Salamanca, sacaba de quicio. ¡Ya se ve, como para usté too el monte es orégano!... Menuilla será la tajáa que le sacará usté á Lopijillo!...

—Cabalito que sí, hija mia, que donde lo hay se gasta, y donde no, se pide emprestao,—dijo la Salamanca complaciéndose en hacer rabiar con su futura opulencia á la envidiosa vecina. A mí me toca la casa de D. Juan Benitez el

méico, y la viñita que está á la vera de mi cojumbrá... Aquí está el papé que lo canta...

Y la Salamanca sacó del seno un pliego doblado, en que se le prometian en efecto aquellas dos propiedades, para el próximo dia de la *Liquidacion social:* aquel papel estaba firmado por Lopijillo y fechado la noche ántes.

—Con que ya ve usté si ato bien los cabitos, —prosiguió la Salamanca volviendo á guardar el papel en el seno. Y bendita sea el arma de quien me ayuda, que pa eso soy tia de Lopijillo.

—¿Y náa más que tia?—preguntó la Perdigon con risita rabiosa.

—¿Le paece á usté poco?...

—No, señora, que con llevá y traé como usté le lleva y trae, basta y sobra.

—¡Ay Jesú, y que mujé esta, que me está quitando la fama!...

—No se apure usté, señá Salamanca, que no se pierde lo que ya se ha perdio; y lo que está usté oyendo es público como las losas de la calle.

—¡Vaya, vaya, señá Juanita Perdigon, que ya sé yo del pie que V. cojea:—replicó la Salamanca con mucho retintin, deteniéndose en el umbral de su casa á donde habian llegado. Pues misté que la envidia se quedó seca, enteca y llena de flato.

Y echando una saliva en la palma de la mano, añadió mientras la refregaba con el puño de la otra:

Rabia, rabiña,
Que tengo una piña,
Que tiene piñones,
Y tú no los comes!...

—¡Vaya usté á que el demonio se la merienda, so vieja liona; que si hubiese Inquisicion, estaba usté ya emplumáa!—gritó señá Juanita Perdigon, sin poder disimular su envidiosa rabia.

Aquella misma mañana la Salamanca, despues de dejar puesto en el anafe un pucherito que contenia su comida, tocóse el pañalon, y cerrando con llave su vivienda, tomó con cierto aire preocupado el camino de la casa de D. Juan Benitez el médico.

Esta, pequeña pero bien acondicionada, constaba de tres pisos: en el bajo, y á derecha é izquierda de la puerta, se abrian dos ventanas cubiertas hasta la mitad con persianas verdes tan risueñas y naturales sobre la pared primorosamente blanqueada, como una alegre sonrisa en un rostro de quince años: encima de la puerta se destacaba un balcon que nacia entre flores, pues brotando éstas de infinidad de macetas, caian á la calle ocultando el rodapié, y, agarrándose á los hierros, entrelazábanse con

una palma bendita el Domingo de Ramos, que prendida allí con dos lazos celestes, presentaba el poético emblema de un pensamiento religioso, destacándose entre flores. A uno y á otro lado del balcon, abrianse dos cierros de cristales, velados por cortinas azules; y en el tercer piso, tres ventanitas de pecho, cerradas tambien con persianas verdes, daban luz á las habitaciones secundarias.

La Salamanca recorrió con una mirada satisfecha la fachada de aquella preciosa casa, y entró en su zaguan embaldosado con losas blancas y azules. Antes de llamar á la campanilla, examinó detenidamente, á través de la cancela pintada de blanco, el patio, que, embaldosado como el zaguan, adornaba sus cuatro esquinas con cuatro macetones de laureolas. En el centro saltaba en su pila de mármol una fuente alegre y bulliciosa, salpicando con brillantes líquidos, las macetas de pinos y albahaca que la rodeaban, formando círculo.

La Salamanca tiró al fin de la campanilla y una criada apareció en un balconcito del patio, preguntando qué se le ofrecia.

—Quiero hablá con la señora,—contestó la vieja.

La criada desapareció del balcon, y volvió á poco diciendo á la Salamanca que subiese.

Atravesó ésta el patio, dirigiendo á todas partes miradas escrutadoras, como si estudiase la topografía de aquella casa, y subiendo la escalera tambien de mármol blanco, vino á encontrarse frente á una señora, ya entrada en años, que en lo alto la aguardaba.

—Dios guarde á usté señora,—dijo la Salamanca con algun embarazo.

—Venga V. con Dios,—contestó la mujer del médico.

Y ambas callaron, hasta que ésta preguntó á la curandera con cierto tono de extrañeza.

—¿Y qué se le ofrecia á V?...

—Aunque V. perdone, señora,—replicó la Salamanca reponiéndose poco á poco, venia á que me enseñasen la casa; porque esta es la que me toca á mí en el reparto, y queria tirá mis cuentas...

La mujer del médico abrió los ojos, estiró las cejas, dejó caer los brazos, y paralizada por la sorpresa, no supo que contestar.

—Pues, sí, señora,—continuó la Salamanca ya repuesta del todo; esta casa es la que me toca á mí, y pa San Juan es menesté que quede vacía...

La vieja hizo una pausa, y viendo que atónita la mujer del médico no contestaba, continuó:

—Yo pienso quedarme de casera en lo bajo, y tomá un vecinito en lo arto, por lo que sea

razon... De manera y ello es, que si usté por no dejá la casa quiere tomá en sí este piso, me lo avisa con tiempo y no reñiremos: porque lo que es eso, sí, ántes que naide, usté ha de sé la primerita...

—Le diré á V.,—tartamudeó al fin la mujer del médico: yo no entiendo de eso, y voy á llamar á mi marido...

Y sin esperar respuesta fué á buscar al médico, enterándole de la extraña pretension de la Salamanca. Este, que despues de almorzar leia de sobremesa *La Correspondencia de España*, salió al encuentro de la vieja, diciendo con terrible cara de despide huéspedes:

—¿Qué viene V. á buscar aquí?...

—¡Ay Jesú, y qué modismos!—La Salamanca queria decir modales.—Misté que no le vengo á pedí ningun favó...

—Pues por si acaso, dé V. media vuelta á la derecha, y ran cataplan, por la puerta se va á la calle...

—¡Várgame Dios, y qué política!... ¿Usté sabe con quién está hablando?...

—Ni lo quiero, que es más.

—Pues misté que soy la tia de mi sobrino...

—Lo creo.

—Y mi sobrino es el Presidente del Clun, y el coquito de los republicanos...

—Avíseme V. cuando lo ahorcan, para tirarle de los pies.

—¡Calle V. esa boca, que paece la rejilla de un caño!—exclamó la Salamanca indignada ante el deseo del médico. De mi sobrino se habla con el sombrero en la mano...

—¡Señora! que se me acaba la paciencia, y va V. á salir por el balcon y no por la escalera...

—¡Pues no me da la real gana de irme, que estoy en lo mio!—gritó la Salamanca tomando posesion de una banqueta. ¡Vaya con el hombre, que cuando abre la boca paece que va á subí dos cuartos el pan!... Pos pué que donde piensa encontrá una malva se encuentre un abrojo, y si llamo yo á mi sobrino...

—¡Se irán en hora mala V. y su sobrino, bribona; que voy á llamar á un municipal!...

—¡Vaya, vaya, que me va á comé cruda ese municipá!... Pues misté no se vuerva la tortilla, y sea usté el que duerma esta noche en la cárcel; porque ya se acabó el ipotismo de los levitas, y se van á poné las peras á cuarto...

—¡Señora, tome V. el portante, ó si no...

—Si no, me quedo lo mismito que ántes. ¿Estamos?... ¿Me vá usté á meté un brazo por una manga?... ¡Vaya con el mata-sanos, que tiene más muertes sobre la conciencia que el guapo Francisco Estéban!

—¡Señora!...

—Cabalito que sí; que tiene usté con la mepatía mátá más gente, que remiendos tiene esa cara, que paece la capa de un estudiante... Como que este verano va á mandá el arcarde que le den á los perros pelotillas de mepatía, pa que revienten más pronto!... ¡pero ya se ve! las fartas del méico, las tapa la tierra...

—¡Señora; váyase V. ó me pierdo!...

—Y se perdería mucho... Si tiene usté fama de poné malo al que está bueno, y hasta los chiquillos lo cantan por las calles.

Si quieres que el diablo te estripe
Llama á don Juan Beniter.

—¡Váyase V., vieja bruja...

—Y toito eso es tirria que usté me tiene porque le quito los marchantes, y no curo con sus pelotillas. ¡Si seré yo algun escarabajo pelotero como usté, pa fabricá pelotas!... ¡Ay señó dotor; si la envidia fuera tiña, se tenia usté que rapá á navaja y ponerse un peluquín, si no queria tené la cabeza como un melon invernizo!...

El médico, fuera de sí, se lanzó sobre la Salamanca, y ésta viendo el pleito mal parado, huyó gritando:

—¡Cabalito que sí!... Y lo digo y lo retedi-

go; y lo diré hasta que me oigan los sordos; que si la envidia fuera tiña, habia usté de está pa cogerlo con un trapito por no mancharse, y tirarlo al caño!...

La cólera y la precipitacion impidieron notar á la Salamanca, que el papel de Lopijillo se le escurria del pecho, y quedaba en mitad de la antesala del médico.

VII

Dos ó tres dias despues barriendo una criada de Don Juan Benitez la antesala, encontró el papel debajo de una banqueta. La estupefaccion del médico al leer aquel extraño documento, no es para descrita: preferimos por eso copiarlo íntegro (1).

Bajo un membrete que decia:—*Federacion Gaditana.—Junta de Liquidacion social*,—habia escrito Lopijillo:—«Con la presente fecha quedan inscritas en el

(1) Este documento es auténtico, y sólo se han variado en él los nombres propios. Ignoramos, sin embargo, si este y otros semejantes que por aquel tiempo circularon entre el pueblo, fueron escritos de buena fe, ó fueron medios de que se valian los patriotas petardistas como Lopijillo, para engañar á los infelices ilusos que explotaban.

registro de esta Junta, á nombre de la ciudadana Micaela Gomez (a) la Salamanca, la casa número 11 de la calle de C***, usurpacion de D. Juan Benitez, médico, y la viña del Peral, en el pago de Parpalana, usurpacion de D. Manuel Ceballos, vinatero.

La presente cédula servirá de resguardo á la ciudadana Micaela Gomez, para reclamar las dichas fincas ante la Junta de mi presidencia, el dia de la liquidacion social.

»*José Lopez*, Presidente.»

Habia debajo un sello, en cuya orla se leia: —*Libertad*,—*Igualdad*,—*Fraternidad*,— y en el centro—*Liquidacion social*.

Don Juan Benitez vió ya á los Galos en el Capitolio, es decir, á la Salamanca instalada en su casa, recetando en su propio despacho, al pié del busto de Hanneman, que presidia aquel científico recinto!... La cólera y el miedo, ese miedo egoista propio de nuestra época, que paraliza los esfuerzos del bueno y deja libre el campo al malo, se apoderaron de él, y por no fiarse del Alcalde, tambien exaltado patriota, corrió á dar parte del caso al Juez del distrito. Rióse éste grandemente, no obstante la severidad de su carácter, al oir la relacion que de la visita

de la Salamanca le hacia el médico, y examinando atentamente el curioso documento, dijo al cabo:

—Pues ya vale esto la carrera que ha dado usted, señor Don Juan... Porque este papelito me levanta la pista de una liebre, que desde hace tiempo me tiene al acecho.

Mientras tanto, la Salamanca echaba de menos su precioso documento, y corria en busca de Lopijillo para exigirle otro, que pudiera en aquel ansiado dia sacarla de empeño. Supo entónces que el patriota habia desaparecido la noche misma de su entrevista: volvióse, pues, mohina y recelosa al Corral de los Chícharos, y con medroso y azorado continente bajó al sótano, y pasó revista á los veinte y cinco sacos de cebada. Salióse al cabo meneando la cabeza, y puso delante de la puertecilla que con su vivienda comunicaba, un arca de pino pintada de encarnado, que podia casi ocultarla por completo. En esta operacion vino á sorprenderla señó Dondito, el viejo arriero su compadre, que con las orejas coloradas como la grana, y dando resoplidos de cólera, se dejó caer en una silla exclamando:

—¡Comadre, sángreme usté ó me muero!...

—Eso será algun flato...

—¡Qué flato ni qué demonio!... Lo que yo

tengo es un berrenchín, que si no me sangran reviento...

—Júntese usté conmigo, compadre; que si hoy me pican la vena, suelto vinagre.

—¡Desde Jesucristo acá, no se ha visto otra!

—¿Pero qué le ha pasao á usté, compadre?...

—¡Naá!... que cuando el diablo no tiene que hacé, con el rabo espanta moscas. Hágase usté cuenta, que antié de mañana, en cuanto dejé en el sótano las veinte y cinco fanegas que me dijo usté habia mercado á Lopijillo....

La Salamanca dió un brinco azorada y se quedó con la boca abierta y el alma en los ojos mirando al arriero: tranquilizóse sin embargo al punto, viendo que el viejo continuaba sencillamente.

—Pues digo que me fuí por la calle del Consistorio arriba, con mis borricos por delante, porque andaba acarreando unas carguitas de ladrillos, ahí á una obra del Corral de San Anton... Pues vamos, á que en el almacen de la esquina estaba parao un mocito aratoso, y al pasar por su vera Serrano, le pincha con una varilla en el rabo y pesca á juí...

—¿Serrano?... ¿En el rabo?—le interrumpió admirada la Salamanca.

—Sí, señora, Serrano... Porque ha de saber usté, que cuando el pronunciamiento, con tanta

música, y tanto alboroto, y tantos bienes como nos iban á caé der cielo, vamos, que se me fué el juicio... Y como toito el mundo se hacia lenguas de Prim, Serrano y Topete, yo me dije:—Señó Juan Dondito, el hombre desagradecío no es bien nacío; tres son ellos y tres borricos tienes; pues á uno le pones Prim, á otro Serrano, y á otro Topete.—Y los animalitos le han tomao ley al nombre, y contestan que ni que fueran presonas... ¿Qué más podia hacé yo en mi probeza?...

—Pues como iba diciendo,—continuó señó Dondito, conforme siente Serrano el puyazo, tira la carga y aparta á corré, y yo detras gritando:

—¡Sooo, Serrano; ven acá, borrico!

Y agarrándole por el ronzal ¡zas! le atizo con la vara un crugío, diciendo:

—¡Arre, Serrano, y tengamos la fiesta en paz!...

—¡Comadre, nunca lo hubiera dicho!... Porque se viene hácia mí un mucipal que habia en la esquina, y me dice agarrándome por el brazo.

—Venga V. á la casilla.

—¿A la casilla yo?... ¿Y por qué?

—Porque le ha hecho usté un zapato á la autoridá.

—¡Misté yo, que nunca fuí zapatero!

(Señó Dondito queria decir *desacato.)*

—Vaya, amigo—le dije al mucipal; usté ha almorzao fuerte hoy, y se le ha dío el codo pa arriba.

Y en este momento, Prim y Topete que se ven solos, toman un trotecito cochinero, y hala, hala, se van á la querencia de la cuadra: yo empujo al mucipal que me agarraba, y me voy detras, gritando:

—¡Soo Topete!... ¡Ven acá Prim! y á cada uno le atizo un palo, que la vara se me hizo dos.

Pero el mucipal aquel que me tenia ojeriza, se viene á mí con el sable desenvainao, metiendo más bulla que las campanas de la Colegiá.

—¡Cogé á ese pícaro!... ¡A la cárcel con él, que es un neo!...

—¡Comadre, me morí!... porque la gente se iba reuniendo, y como los chiquillos andan cantando

Con el pellejo de un neo
He de hacer un baul,
Para que guarde su ropa
El ciudadano Paul.

me dije:—Cátate ya hecho baú, y de viaje por esos mundos de Dios, guardando los carzones blancos de un señó diputao; y á la verdá, comadre, que no queria yo tanto honó... Así fué

que la sangre se me heló en las venas, el mucipal me echa la uña, y me lleva delante del arcarde.

—Alabao sea Dios,—dije yo al entrá.

Y uno, que con un fusí tamaño como una escoba jugaba por allí al sordadito, salta y dice, en vez de contestá:—*Por siempre.*

—Salú y fraternidá,—ciudadano.

—Si dijera usté salú y pesetas, no le diria que no, que eso al fin es salú completa; dije yo para mi chaleco. Pero vivir para ver, que no creí yo estar en tierra de moros...

—Cuando vide al arcarde, comadre, me acordé de aquel sargento de Utrera que reventó de feo; porque lo que es el arcarde de acá le echa la pata al sargento de allá. ¡Misté que al pobre hombre se le ha dío la cara, y too se vuelve pelos y barbas!... Yo le dije:—Dios guarde á V.—y como no me contestaba, vine en la cuenta de que lo estaba mirando por la nuca.

Allí vuerta á decí el mucipá que yo le habia hecho un zapato al Gobierno, y yo vuerta á decí:

—Pero señó, si yo nunca he sío zapatero, y en mi vida cogí una lezna...

—¡Tunante!—gritó el arcarde, con una voz, que entre tanto pelo, parecia salí de una tinaja. ¿Se burla usté?...

—¡Me jago pa acá y pa allá, y me queo en medio, comadre!... ¡Decirme á mí tunante,

aquella zalea merina!... Crea usté que si no le dí una guantáa, fué porque no encontré cara en que pegarle... En fin, señá Salamanca, por remate del cuento, se representó allí lo de

Entre un duro y un real
Se trabó un combate rudo:
El real llevaba razon...
¡Y salió triunfante el duro!

—Me condenaron á un dia de cárcel, y ahora mesmo me han echao á la calle, con la condicion de no decí á mis burros en toa la vida, Prim, Serrano ni Topete... ¡Mal tiro le peguen á los tres, que si Judas volviera al mundo, haria que ni pintao el cuarto pié pa un banco!... Araña, Concha y Cortés debí de ponerles, si queria acordarme de ese hato de...

—Vaya, compadre, no hable usté así de los hombres que han *injertado* (regenerado) la España.

—No es mal ingerto el que ellos se han puesto en el bolsillo,—replicó señó Dondito, á quien la negra ingratitud con que habian pagado su entusiasmo revolucionario, trocó en acérrimo oscurantista... Tan embusteros, que no hay que creerles ni la Misa que digan... ¿Dónde me deja usté el otro dia, que me dice mi compadre Perejiles...

—Compadre,—véngase usté al Club republicano, que hoy se abre el *comite*...

Y yo, que mejó quiero ver que preguntá, me fuí allá á la campanáa de las doce... Allí fueron llegando hasta media docena de hombres que querian parecé señores, con unas levitas que parecian sotanas, con más pringue que una orza de manteca, y más lámparas que un monumento... Por turno subieron al púlpito, y cada cual dijo una cosa bonita: uno decia que el pueblo era soberano; otro que la república iba á volvé á los viejos mozos, y á los pobres ricos, y charla que te charla dieron las dos. ¿Pero usté vio el *comite*, comadre?... Pues ni yo tampoco; y como no armorcé por reservarme para el dichoso *comite*, tenia el estógamo como cañon de órgano, y se me abria la boca de flato.

—¡Ay, Jesú, y qué cosas tiene mi compadre! —exclamó la Salamanca riendo con repulgos de filóloga. ¿Qué *comite* ni qué *bebite* iba usté á encontrá allí? ¿Si creeria usté que la gente va al Clun á tupirse y á engordar?... No se dice *comite;* sino *comitel*, *comitel!*... Y mire usté, compadre, del Provisioná, podrá usté decí lo que quiera; pero lo que es de los republicanos, no hay quien diga una mala palabra, porque está ahí mi sobrino Lopijillo, que...

—Que no tiene el diablo por donde desechar-

lo... Sepa usté que hay quien dice que Lopijillo —mi palabra no le ofenda—es un tunante...

—¡Invidia, compadre, invidia!—gritó sulfurada la Salamanca.

—La verdá ó la mentira, vaya allá á quien ha corrio esas voces; pero la gente ha dao en decí que Lopijillo está tomando dineros de la Habana, para armar aquí la gorda, y mientras llamarse allá independientes.

—¡Válgame Dios,—compadre, y qué modo de mentí!... ¡Si estaré yo enterada de esas cosas!...

—¡Ya lo creo!—replicó señó Dondito en tono zumbon. Como que es usté tia de la República...

—¿Yo?...

—¿No es usté tia de Lopijillo, y Lopijillo padre de la República?... Pues claro está, que será uste tamié tia de la República....

La Salamanca calló un momento como saboreando la alta dignidad con que la honraba su compadre, y éste continuó:

—Cuando el rio suena, agua ó piedras lleva, y que no me vengan con lo del *amor al pueblo y el patriotismo*, porque lo que es á mí no me la cuelan... Lopijillo, como todos los que andan mandando, es un platicante que hace su pacotilla, y al prójimo contra una esquina... Hoy es republicano, porque cree que la República me

lo va á poné encima, y mañana será carlino si ve que allí pesca algunos miles de duros... No tiene usté más que ve á los federales de aquí, que escupian por el cormillo, y conforme le han visto la cara al hambre, han dío como borregos, á recibí la limosna que los monarcos le daban; y así han sacao la copla:

Allá van los republicanos
Con toda su fantesía,
A recibí la telera
Que les da la monarquía.

—Desengáñese usté, comadre, que *San Yo* fué ayé, *San Yo* es hoy, y *San Yo* será mañana; que lo que es aquellos tiempos en que los pueblos le tomaban ley á sus gobiernos se acabaron.

—Misté,—prosiguió señó Dondito sin tomar resuello; cuando yo era zagalillo, me acuerdo que murió el rey Fernandito, y mi agüela, que esté en gloria, se dió unas de llorá, que se puso los ojos como tomates.

—¿Pero agüela,—le decia yo; á usté qué le va ni le viene?... ¿Le toca á usté algo el Rey?...

—Sí, hijo, que el Rey es el Dios de la tierra.

—¡Agüela, si hubiese Inquisicion, estaba usté ya tostáa!—le dije, creyendo que decia una barbariá: pero ella me contestó:

—No, hijo, que el Rey es en la tierra, lo que

Dios es en el cielo: padre de pobres y ricos.

—Pues misté, compadre,—dijo la Salamanca indignada, que al rey Fernandito nadie le ganaba á narices; pero lo que es á indino, tampoco.

—Eso allá su divina Majestá que lo habrá juzgao; pero si él fué malo, el pueblo era bueno, porque como á padre lo lloraba, y como hijo le tapaba los vicios. Pero dígame usté, comadre: ¿cuál es ahora peor; el padre que tiraniza, ó el hijo que se atreve á faltar al respeto á su padre?..

—Vaya, señó Dondito, que no le falta á usté sino gritá—¡Queremos cacnas!—y pedí la Inquisicion...

—¿Sabe usté lo que decia mi agüela?... Dos veces he conocio la Inquisicion, y ningun hueso tengo roto: porque el que nada debe, nada teme.

—Naá, compadre; coja usté un trabuco, y salga gritando por ahí.—¡Viva Cárlos VII!

—Cuando las ranas crien pelo, comadre: tres caracoles se me importa á mi que venga Perete, que venga Catana, porque ninguno me ha de sacá de pobre... Pero lo que me pone hecho un veneno, es ver cómo tratan esos herejes las cosas de Dios... ¡Miste que cuando fui con mi borrico Serrano,—que diga, con mi borrico Araña —á mudá las monjitas de la Concepcion, que echaron abajo erizaba aquello el pelo!.. ¡¡En los carros de la basura iban metiendo los santos, y

al *Panaerito*, de un rempujon le rompieron un deo!!..

—¿Y qué *Panaerito* es ese?...

—Pues un Niño-Dios que tenian en aquel convento más hermoso que un ramo de flores... Y le llaman el *Panaerito*, porque cuando les quitaron sus bienes á los conventos, estaban un dia aquellas pobrecitas que no habian probao ni hostia: pues vamos á que una monja se fué al Niño-Dios, que estaba en un claustro, y le colgó un canastillo en el brazo, diciendo:

—Ea, Niño mio, si tú no nos das pan, hoy nos morimos de hambre...

Y aquella tarde al oscurecer dejaron en el torno una limosna de pan, sin que se supiese quién la enviaba... Porque ¿cómo era posible que el *Panaerito* negase el pan á aquellas bocas que se lo pedian?...

—Pues sepa usté, que dice mi sobrino que el rezarle á los santos es *glotoneria* (idolatria).

—Basta que lo diga Lopijillo pa que sea mentira, comadre... Pues si se alegra el corazon, cuando entra uno en la Iglesia, y se ve allí á la Vírgen del Cármen, más hermosa que un rayo del sol de invierno; ó á la Vírgen de los Dolores, con aquella cara como una rosa blanca que llora; y luego al Señor, enclavao en la Cruz, con aquellos ojazos tan trites, que no miran, sino

perdonan... ¡Vaya, comadre, dígale usté á Lopijillo, que debajo de las costillas no tiene más que una teja!...

—¡Que no miran sino perdonan!—repitió la Salamanca en voz baja con acerba tristeza.

—Pues cuando estuve en Sevilla por feria, á vendé los borricos de Don Juan Gavilan,—prosiguió señó Dondito, me dijeron que en la calle de las Vírgenes habia una Iglesia protestante; y como el ver no cuesta dinero, allá fuí yo... Era por la mañana temprano, y por más que abrí los ojos, no ví santos, ni altares, ni pila de agua bendita: solo habia un pulpitito y unos reverberillos de aceite minerá... ¡Misté que alumbrá una Iglesia con aceite minerá, cuando en las de por acá solo arde la cera, que viene de la miel, que es dulce, y el aceite, que viene del olivo, que es la paz!... Creí que me habia equivocao, y que no era aquello Iglesia, sino Club: pero reparé entónces en una mujé que barria á la puerta, y salto y digole:

—¿Sabe usté si es esta la iglesia protestante?

—Sí, señó; esta es.

—¿Y cómo no hay santos, ni altares, ni pila de agua bendita?...

—¡Vaya!... ¡Si creerá usté que en el infierno se estilan esas cosas!

—¡Válgame Dios, criatura; y si esto es el infierno ¿cómo está usté aquí?

—Le diré á usté; ellos me dan dos reales porque les barra, y yo cojo los cuartos, y allá que se den de coscorrones.

La Salamanca, deseando cortar la conversacion, porque luchaba entre sus convicciones que eran aquellas, y el camino á que sus maldades la habian arrastrado, interrumpió á su compadre diciendo:

—Pues náa, señó Dondito; tómese uste un vaso de marvabisco, y se le pasará esa inritacion que ha tomao.

—No siento yo la inritacion, comadre, sino los años que llevo encima... ¡Ay! si esto me hubiera á mi sucedio hace veinte años... ¡Tan gallardo era yo, que en la sombra me miraba!... Entoavía me rio solo cuando recuerdo lo que me pasó en el arrecife del Puerto, con un sargento de caballería, y por lo que dieron en llamarme *señó Dondito*... Era entónces cuando el rey Fernandito se casó con la Portuguesa, y se cantaba una copla que decia:

Dondon, dondito,
Que se casa el Rey Fernandito
Con una reina de Portugalito.
¡Ahora sí que se quiero, hermanito!...

—Pues vamos á que iba yo un dia pa el Puerto con mis borricos cargaos de cal, cuando me encuentro con un sargento de caballería que venia á galope pa el lao del pueblo.

—¡Eh, amigo!—le grité.

—¿Qué hay?—contestó el sargento parando el caballo.

—¿Va usté pa Jerez?

—Sí señó.

—Y conoce usté allí á don... don... don...

Y hacia yo como si no me acordara del nombre.

—¡Acabe usté, hombre, que traigo priesa!... ¿Don quién?...

—¡Caramba, que no me acuerdo!... Don... don...

Y despues que lo tuve parao un cuarto de hora, salgo cantando y bailando:

Dondon, dondito,
Que se casa el Rey Fernandito
Con una reina de Portugalito.
¡Ahora sí que te quiero, hermanito!...

—¡Comadre!... Un palo me pegó con el sable, que á poco más me desloma!...

Y señó Dondito, arrastrado por sus recuerdos, apoyó las manos en las rodillas, bajó la cabeza que sacudia á derecha é izquierda, y pateando

estrepitosamente, soltó una de esas risotadas de corazon, compañeras inseparables de la sencillez del alma y la conciencia tranquila.

No duró, sin embargo, mucho su risa. Una mujer, vecina de la casa, se precipitó en el cuarto, con un niño de pecho en brazos, gritando azorada:

—¡Señá Salamanca!... ¡La justicia!... ¡Ahí la tiene usté!... ¡Por usté pregunta!...

VIII

Un Comisario de policía con su baston de borlas en la mano, desembocaba en efecto en el patio, precedido de todos los chiquillos del barrio, seguido de cuatro municipales, y rodeado de mujeres que acudian por todas partes, azoradas y curiosas, á informarse del caso. Al lado del Comisario venía señá Juanita Perdigon, señalando con aire de triunfo la vivienda de la Salamanca.

—Allí la tiene usté, señor Arcarde,—decia. Aquella es su sala...

La vecindad entera del Corral de los Chícharos se trasladó en un segundo al patio, formando un apiñado semicírculo en torno del Comisario, delante de la vivienda de la Salamanca.

Detúvose aquel en el umbral, respetando la inviolabilidad del domicilio que la Constitucion garantizaba, y preguntó solemnemente á la vieja:

—¿Se llama V. Micaela Gomez?...

—¡Yo soy una mujé de bien!... ¡Yo soy una mujé de bien!—gritó la Salamanca pálida y sobrecogida, sin moverse de su sitio.

—Nadie lo niega, señora,—replicó el Comisario. Lo que yo preguntó es, si se llama usted Micaela Gomez...

—¡Sí, señó! ¡sí, señó!—gritaron todas las vecinas á un tiempo, estrechando con febril ánsia el círculo en que encerraban al Comisario. Micaela Gomez se llama.

—Micaela Gomez Parrilla,—añadió Juanita Perdigon: sino que aquí en el barrio le llaman la Salamanca.

Al oir esta la voz de su envidiosa comadre, revolvió hácia ella los furiosos ojos, y gritó llena de ira:

—¡Yo soy una mujé de bien,—señor Arcarde!... sino que la grandísima cochambrosa que tiene su mercé á la vera me tiene invidia, y le habrá dio con algun cuento...

—¡La cochambrosa lo será usté, que yo no he dicho esta boca es mia!—gritó señá Juanita Perdigon. Aquí está el señor Arcarde que no me dejará mentí... A ve si no fué su mercé quien

me encontró en mi puerta y me preguntó; que yo no habia abierto el pico. ¿Estamos?... Y si yo quisiera hablá...

—¿Qué habia usté de dicí?...

—Lo que la dejaria á usté con toita la cara llena de frente...

—¿A mí?...

—¡A usté, y á otras cochambrosas del Corrá de los Chícharos!

Las aludidas recogieron el guante, y gritaron en coro, estrujando al Comisario.

—¡Embustera!

—¡Soplona!

—¡Chismosa!

—¡Cochina!

—¡Con el estropajo de esta casa, no te lavas tú la cara!...

—¡Cállese usté!...

—Delante de la cara de Dios, digo yo lo que siento...

El Comisario se tapó las orejas aturdido, y gritó dando con el baston en el suelo:

—¿Se quieren ustedes callar?!!

El silencio se restableció al punto, y el círculo se ensanchó un poco: el Comisario, empujando sin cesar hácia atrás, por miedo de traspasar ántes de tiempo el dintel sagrado, tornó á preguntar á la Salamanca.

—Dígame V., señora... ¿Se llama usté Micaela Gomez?...

—Servidora de usté,—replicó la vieja; y en toito el barrio le puen decí á su mercé, si soy yo una mujé de bién, como no sea esa mala lengua que me tiene tirria...

El coro se encargó de la respuesta, dejando ver sus parcialidades.

—¡Mucha verdá que es!

—¡Cabalito que sí!

—Veinte años lleva de casera en el Corrá de los Chicharos.

—Y cura á los probes de balde...

—¿De balde?... ¡De porra!...

—A mi mario le llevó dos riales por tres sanguizuelas, y tuve que empeñá el corchon pa pagarle.

—Porque su mario de usté es un borrachon que si valiera usté una mota ya la tenia empeñáa...

—¡Mentira!... ¡Mentira podria!...

—¡La pura verdá, señor Arcarde!... Sino que la mujé esta le debe á la casera dos meses, y no se los quié pagá...

—¡Eso quisiera la mona, piñoncitos mondaos!... Que me pague ella á mí los cinco duros que me debe...

—¡Calurnia, señor Arcarde, calurnia!

—Verdá y muy verdá; sino que esa mujé es una lametona, que le anda lavando la cara á la casera, pa engatusarle una fanega de la cebáa que mercó á Lopijillo.

—¡Ay, Jesú, y qué mujé más embustera!...

—Si las cuaja en el aire.

—Usté misma me lo dijo ayé, en el lavaero... La señá Vicenta lo oyó...

—Yo no he oido náa...

—Porque usté no oye sino lo que quiere oi...

—Como que tiene metia en las orejas la rabailla del pavo, que le dió ayé la casera.

—¿Pero se quieren ustedes callar con dos mil pares de demonios?—gritó el Comisario que no bien oyó hablar de cebada, comenzó á aguzar las orejas.

El coro volvió á callar y el círculo á ensancharse, evitando al Comisario allanar contra su voluntad el domicilio de la Salamanca.

—¿Quién ha hablado aquí de sacos de cebada?—añadió dirigiendo una mirada inquisitorial en torno suyo.

—¡Yo he hablao!... y lo digo y lo retedigo con la boca de mi cara; que esa lametona le quié engorroná á la casera una fanega...

La Salamanca, azorada hasta lo sumo al ver el giro que tomaba la disputa, exclamó queriendo distraer al Comisario:

—¡Pero señó; qué gana de conversacion!... ¿Dónde ha de está esa fanega?... ¿La tendré yo en la fartriquera?...

—En el sótano, en el sótano la tiene...

—¿Y qué sabes tú?

—Como que habrá dío á meté la nari por el husillo...

—Pa vé si podia rebañá algo.

—¡Ladrona!...

—¡Embustera!...

—¿Embustera yo?... Con mis propios ojos vide descargá las fanegas, antié por la madrugá, señor Arcarde... Y aquel viejo que está allí, es el arriero que las trujo... señó Dondito...

—¡Jesú, que guirigay!... ¡Qué lenguas de condenáas!—exclamó la Salamanca, llevándose las manos á la cabeza.

Y acercándose con disimulo al arriero, que escuchaba admirado la ruidosa algarabía, le dijo muy bajo:

—Compadre, calle usté por amor de Dios, ó me pierdo.

Mas señó Dondito se adelantó dos pasos, y con su genial franqueza, dijo muy sério:

—Hasta la puerta del infierno acompaño yo á los amigos, comadre; pero lo que es de allí adelante, ni por mi padre paso...

—¿Es verdá lo que esa mujer dice?—preguntó el Comisario encarándose con él.

—Verdá es,—señor Arcarde... A esta casa acarreé yo en la madrugáa de antié, veinticinco fanegas, en cinco viajes, con tres borricos.

—¿Y de qué eran esas fanegas?

—De cebáa serian... Eso me dijo esa mujé; que las habia mercao á su sobrino Lopijillo, pa sembrá un pejugá que tiene allá conforme tira usté por la Alcubilla.

—¿Y dónde estaban los sacos?

—En la zapatería de Lopijillo; quiero deci, del difunto señó Lopijo.

—¿Y dónde están ahora?...

Señó Dondito se encogió de hombros, y miró á la Salamanca: ésta, que se vió cogida, contestó perdiendo ya del todo los estribos.

—¡En la punta de un cuerno!... ¿A usté qué le importa?... Y ahora mismo se van toós á la calle, y se acaba esta escandalera. ¿Estamos?... Y si no voy al Arcarde, y si es menesté al Padre Santo de Roma!...

—A donde va V. ahora mismo es á la cárcel, si no me enseña en el acto los sacos de cebada.

—¡Pues no me da la real gana!... ¡Tuviera que vé!—que esté aquí una probe siempre al remo, pa que venga luego el ipotismo á robarle los bienes...

El Comisario creyó llegada la hora de anonadar á la Salamanca, y le presentó un papel diciendo solemnemente.

—Aquí tiene V. la órden del Gobernador, autorizada por el Juez, para que le registren la casa.

—¡Pues se pué usté limpiá con ella lo que tenga súcio, que á mí me importa un comino! ¿Estamos?...

El Comisario mandó á dos municipales que contuvieran en la puerta á la multitud que en torno de ella se apiñaba, y entró al fin en la vivienda, seguido de los dos restantes: la Salamanca chillaba y se tiraba de las greñas.

—¿Dónde está el sótano?—preguntó el Comisario.

Cien manos brotaron entónces del inmenso racimo de cabezas que por la puerta asomaba, y cien voces gritaron á un tiempo:

—¡Allí! ¡allí!... detrás del arca!...

Esta fué separada al momento, y el Comisario bajó los seis escalones de la covacha, seguido de los municipales que conducian á la Salamanca: detrás bajó tambien señó Dondito. El Comisario desató uno de los sacos, que apareció llenó de una cebada de inferior calidad, negruzca y raquítica: hundió entónces dentro ambas manos, y sacando un puñado de ella, la desparramó por el suelo.

—¿La ha visto usté bien?—exclamó la Salamanca. Pues basta ya de molienda, y vámonos pronto...

—Pero el Comisario, sin hacer caso de la vieja,—dijo á uno de los municipales:

—A ver si volcamos este saco, Martinez...

—¿Pero qué vá usté á hacé, señó?—gritó exasperada la Salamanca. ¿Me vá usté á emporcachâa too el sótano?...

El saco fué suspendido en el aire, boca abajo, y una tercera parte de su contenido cayó al suelo, desparramándose por todas partes: el resto, como si estuviese muy prensado, quedó adherido á la tela por el lado de dentro. Sacudiéronlo un poco, y una gran masa negra se desprendió de repente, deshaciéndose al caer en polvo granugiento.

—¿Lo vé usted?... ¿Lo vé usted?—exclamó triunfante el Comisario. ¿Y esto es tambien cebáda?...

—¡La humedá!... ¡La humedá que la ha podrio!—gritó la Salamanca.

—¿Qué humedad ni qué niño muerto, vieja embustera?... ¡Esto es pólvora!...

—¡Pa banderillas de fuego, que te claven en el morrillo!—gritó fuera de sí la Salamanca, huyendo hacia la puerta.

Un municipal la detuvo: señó Dondito mi-

raba atónito la pólvora, con un palmo de boca abierta: al cabo, murmuró sentenciosamente.

—¡Pues señó!... Cuando digo yo, que si el diablo volviera á nacé, de seguro nacía hembra!...

IX

A Salamanca fué conducida á la cárcel, y rigorosamente incomunicada. La pólvora descubierta en su casa, indicaba claramente su complicidad en el complot que los republicanos fraguaban, y el Juez, que se veia forzado á luchar á la vez que con la astucia de los conspiradores, con la encubierta proteccion que algunas autoridades civiles prestaban á éstos, creyó encontrar en la Salamanca el cabito que le ayudase á desenredar del todo la madeja. Lopijillo, denunciado en efecto por Martin el mulato, habia huido, y el extraño documento presentado por don Juan Benitez probaba hasta la saciedad, las inteligencias que reinaban entre el

patriota fugitivo y la vieja curandera. Señá Juanita Perdigon por su parte, semejante al envidioso que permitió le dejaran tuerto, con tal de ver á su vecino ciego, se apresuró á declarar, con riesgo de perder la Parroquia de San Miguel, que en el reparto le tocaba, que ella habia visto el peligroso documento en manos de la Salamanca. Esta, al verse encerrada en la cárcel, sola y desamparada, comenzó á desalentarse: su ignorancia en los trámites judiciales le exageraba el peligro, y volvia los ojos á Lopijillo como á su única esperanza. Haciale esto mismo mantenerse firme en sus declaraciones, asegurando haber comprado á Lopijillo aquella cebada, para sembrar un pegujal de su propiedad legítima: añadia tambien con un aplomo digno de Lavoisier en sus análisis químicos, que sin duda la humedad del sótano habia podrido el grano, dándole la apariencia de pólvora. Costábale trabajo al Juez contener la risa ante desatino tan absurdo, y la Salamanca traia con la mayor formalidad en apoyo de su tesis, extraños fenómenos observados por ella misma en su larga carrera científica. Su marido perdió el pelo por dormir al sereno cerca de una charca, y ella misma habia visto curianas que por influencia de la humedad se trocaban de negras en blancas, reventando despues lo mismo que triqui-

traques. ¿Y por qué no habia de suceder á la cebada el fenómeno contrario?...

El Pae Paquito, siguiendo su costumbre de visitar á todos los presos que llegaban á la cárcel, quiso ver á la Salamanca. Pero la incomunicacion de ésta era severísima, y no se lo permitió el Alcaide.

Mientras tanto, pared casi por medio de la vieja, que tan criminal influencia habia tenido en su desgracia, Juan Miseria, encerrado en su calabozo, dirigia leyendo un librito preparatorio para la confesion y la Comunion que el Capuchino le habia regalado, una mirada á su vida pasada. Habíale ya juzgado el fraile capaz de recibir los Santos Sacramentos, é instado á que lo hiciese, siendo el domingo de Ramos el dia señalado para ello. El pobre hombre se aterró: porque el primer precepto que se le ponia delante, —*amarás á Dios sobre todas las cosas*— era el primero que habia quebrantado: sus dudas impías sobre la justicia de Dios, de aquel Dios, cuya misericordia infinita reconocia ahora, acudieron á su memoria, haciéndole murmurar amargamente:

—¡Yo dudé!...

Los ojos de Juan Miseria fueron á fijarse en un modesto Crucifijo, regalo del Capuchino, que se hallaba colgado en la pared; la sagrada cabe-

za de la imágen, ceñida por una corona de espinas, se inclinaba sobre el infeliz preso, y sus ojos tristes y dulces, parecian decirle, no como un reproche, sino como un consuelo:

—Porque dudaste me ves aquí...

Juan Miseria sintió que su corazon se partia de dolor, y dejando caer la cabeza sobre el libro, exclamó sollozando amargamente:

—¡Señor, Señor!... ¡Si yo no te conocia!...

Pero cuando desatentado arrojaba el infeliz en torno suyo una mirada que imploraba piedad, tropezó con estas palabras escritas en el libro.

—¿Tu Dios y tu Padre con los brazos abiertos para abrazarte, y no corres hácia él?... (1).

Y Juan Miseria se arrojó entónces de la silla y cayó postrado ante el Crucifijo: sus labios buscaban una oracion y no la encontraban; pero sus sollozos, sus gritos inarticulados de dolor, de arrepentimiento y de ternura, expresaban los arrebatos del alma mística que llamando, buscando á su Dios, lo encuentra pendiente de una Cruz.

El Capuchino nunca habia hablado á Juan Miseria del crímen de que le creia culpable, por miedo de despertar en aquel corazon tan franco y tan sensible, aquel vergonzoso recuerdo: es-

(1) Fray Luis de Granada.

peraba, por lo tanto, oirlo de boca del mismo reo en la confesion, para cicatrizar entónces aquella llaga de su alma, con un verdadero arrepentimiento y una sana penitencia. Pero con gran sorpresa suya, Juan Miseria, despues de confesar sus dudas sobre la justicia de Dios, y alguna que otra debilidad de las más vulgares, guardó silencio.

—¿Nada más recuerdas hijo?—le preguntó el fraile sorprendido.

—Nada, Padre.

—Haz memoria, hijo mio... Mira que la sociedad cristiana, es al contrario de la sociedad civil. En esta, á la confesion del crímen sigue la pena: en aquella, á la confesion del delito sigue el perdon.

—Pero si nada más recuerdo, Padre...

—¿Pues y tu crímen, hijo mio?—dijo el Capuchino despues de titubear un momento.

—¿Pero acaso V. lo creia?—exclamó Juan Miseria enrojeciendo de vergüenza y cruzando las manos dolorosamente sorprendido.

—Lo creia, hijo mio, lo creia; pero ya no lo creo,—replicó el fraile conmovido ante el candor de aquella alma honrada; y extendiendo sus manos sobre el penitente, le dió la absolucion sin titubear un instante.

Juan Miseria refirió entónces á su confesor

las circunstancias de la muerte de Martin Costilla, y las infames calumnias de que habia sido víctima, por parte de Lopijillo y la Salamanca. Al oir este nombre hizo el Capuchino un movimiento de sorpresa, y despues de conversar un breve rato con el penitente, se despidió más temprano de lo que solia.

Costóle harto trabajo alcanzar el permiso de visitar á la Salamanca: mas aquella misma noche pudo al fin lograrlo, y la vieja le recibió, como recibe todo preso el menor asomo de esperanza: conocia de oidas al fraile, por ser muchos los vecinos de su barrio y aun de su propia casa que frecuentaban la cárcel, y sabia por ellos que era siempre el Pae Paquito, el consuelo y el remedio de todos los presos.

—¡Ola, buena pieza!—le dijo éste con la grosera marcialidad que de ordinario afectaba con su clientela carcelaria. ¿Qué milagros te traen por acá?...

—¡Náa, Pae Paquito, náa!—exclamó compungida la Salamanca; ¡que Dios libre á su mercé de una mala lengua y de un testigo falso!...

—¡Verdad es!—replicó el fraile.

Y sin tomar resuello espetó á la vieja un sermon fulminante, sobre lo horrible del falso testimonio, pintando al calumniador en lo más profundo del infierno, mascando brasas encendidas,

y hundido en una caldera de pez hirviente, sin tener fuera más que la puntita de las narices.

—Y esto,—concluyó el Pae Paquito con voz formidable, para que no se ahogue; para que aquello dure eternamente!... Porque, hija mía, *¡similia, similibus curantur!...*

La Salamanca, más partidaria de Broussais que de Hanneman, no entendió el texto del principio homeopático: comprendió, sin embargo, la malicia que traia consigo, y lejos de hacer coro al Capuchino, como parecia natural en su papel de víctima, aguantó el chaparron como si para ella sola lloviese, escuchando azorada, sobrecogida, y mordiéndose los labios. El fraile apuntó este dato que iba buscando, y tornó á preguntar á la vieja el motivo de su prision.

—¡Malo! ¡malo! ¡malo!—exclamó al oir la pintoresca historia de los sacos de cebada, que le referia la Salamanca.

—¿Pero cree su mercé que me resultará algo malo?—preguntó ella más azorada con el temor de la justicia humana, que lo habia estado con el de la divina.

—¿Algo malo?... ¡Pues ahí es nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano!... ¿Te crees tú que se puede perturbar sin riesgo el órden público?... Créeme, Salamanca: lo menos, lo menos... te ahorcan!

—¡Ay, Jesú; no diga su mercé eso, por María Santísima!...

—Ya lo harán sin que yo lo diga... Te ahorcan, te ahorcan de fijo!... Y lo mereces, cuerno!... Lo mereces: que te retuerzan el pescuezo como á una gallina clueca!... ¿A quién se le ocurre meterse á conspirar contra el gobierno, y andar en trapisondas con ese hato de pillos, escondiéndoles la pólvora?...

—¡Pero Pae Paquito, por María Santísima!... Si no era pórvora, que era cebáa: sino que la humedá la ha podrio...

—Mira, Salamanca; si como mientes corres, el demonio que te alcance... Pero te alcanzará Dios, que cuando extiende la mano, á todas partes llega... ¿Conque la ha podrido la humedad?... ¡Ya te podrirá á ti en el Campo-santo, grandísima embustera!... ¡Con esa cebada han de cargar los fusiles cuando te peguen cuatro tiros!...

La Salamanca comenzó á gemir, y el Pae Paquito á pasearse, con las manos á la espalda: de pronto se detuvo, y dijo bruscamente:

—¿Y quién es el Juez de tu causa?...

—Don Mateo Vazquez,—contestó la vieja gimoteando.

—Vamos... menos malo entónces...

—¿Menos malo?—repitió la vieja acercándose esperanzada.

—Un Juez más derecho que el dedo de San Juan tienes... Pero al fin es amigo; y quizá, quizá si yo le hablo...

—¡Ay Pae Paquito de mi alma; hágalo su mercé por caridad de Dios, que soy una pobre vieja sin amparo!... Y si mi sobrino...

—¿Tu sobrino?... Y tienes valor de hablar de ese pillo de tomo y lomo?... Mira cómo te embarca á ti y se queda él en tierra; mira cómo te deja en los cuernos del toro, y toma él las de Villadiego...

—Quizá el alma mia.

—¿Alma tuya?... Mira, Salamanca, no me impacientes... Si esa es tu alma, tienes alma de mona... ¿Te enteras? ¡de mona!... Y yo levanto mi mano, y el que te puso la soga al cuello, que te la quite...

—¡Lleva razon, Pae Paquito; lleva razon su mercé; que por él me veo en este trance!...

—Y te verás en el de la muerte... Porque créeme, Salamanca; te ahorcan... te ahorcan de fijo!...

—¡Ay, Jesú, Pae Paquito, no me ponga su mercé esas vísperas!... Si la horca se acabó cuando lo de Riego...

—¡Pero fusilan, cuerno!... ¡Pero dan garrote, recuerno!... y lo mismo da morir de moquillo que de garrotillo...

La Salamanca comenzó á llorar llena de congoja, aterrada por la profunda conviccion con que hablaba el fraile, y la fe que sus palabras le inspiraban. El Capuchino, lleno de satisfaccion al ver que causaba su plan el efecto deseado, añadió más humanamente:

—Yo hablaré al Juez y quizá, quizá hagamos algo... Pero mira, Salamanca, que de ti depende: mira que una mano lava á la otra, y las dos lavan la cara... Y si te empeñas en negar la verdad; en seguir encubriendo á Lopijillo, en este negocio ó en *cualquier otro que tenga con la justicia*,—y el fraile pronunció estas palabras con voz atronadora, empinando el dedo, y pasando de parte á parte á la vieja con su mirada.—Entónces... entónces... te veo ya haciendo zapatetas en el aire... Porque créeme, Salamanca; te ahorcan, te ahorcan de fijo!...

La Salamanca bajó la cabeza confundida: porque aunque no podia sospechar que tuviese el fraile noticia de la calumniosa acusacion contra Juan Miseria, en que tambien era cómplice de Lopijillo, aplicó á este crímen las tremendas palabras del Capuchino. Comprendió éste que habia dado en el blanco, y disimulando su alegría, se retiró sin añadir más que un seco y pelado.

—Hasta la vista...

X

ERA ya Viérnes Santo, y el Pae Paquito no habia vuelto, ni entrado alma viviente que no fuera el carcelero, en la pieza en que se hallaba encerrada la Salamanca. Acrecentaba esta soledad los terrores de la vieja, y dando ya por perdidas las esperanzas que tenia en Lopijillo, comenzaba á desconfiar tambien de las que en el Pae Paquito habia puesto. Este por su parte se ocupaba de la Salamanca mucho más de lo que ella misma hubiera deseado: habia tenido varias conferencias con el Juez, grande amigo suyo en efecto, y dejaba de intento á la vieja en el desamparo y la incertidumbre, para preparar su ánimo al golpe que meditaba.

El Viérnes Santo reviste todavía en la mayor parte de las poblaciones de España, ese carácter de aterradora solemnidad, que parece proyectar sobre el mundo entero la augusta sombra del Calvario. El silencio de las campanas, la falta de carruajes, el luto ordinario de los vestidos, y sobre todo, cierto no se qué tétrico y solemne que parece respirarse en la atmósfera, inspiran aun al indiferente y al impío, algo que revela el duelo universal por la muerte de Cristo; algo que recuerda en inverso sentido la expontánea alegría con que en una noche más lejana, la Noche Buena, se goza la humanidad, aún á pesar suyo, con el nacimiento de aquel mismo Cristo; que no parece sino que quiso Dios imprimir el sello de las dos grandes emociones humanas, el dolor y la alegría, en los aniversarios de la muerte y el nacimiento de su Unigénito Hijo.

La Salamanca, asomada á la gran reja de su prision, miraba tristemente á la plaza: á la puerta de la cárcel, á uno y otro lado de la ancha escalinata que le sirve de entrada, habia dos mesas con tapetes rojos y grandes bandejas encima, donde echaban los transeuntes abundantes limosnas para los presos. Algunos de éstos daban las gracias desde las rejas de la cárcel con grandes clamores, ó imploraban la

caridad de los que pasaban de largo: pocos eran estos, porque la solemnidad del dia ayudaba á romper las ásperas costras de la dureza y la avaricia, que impiden al corazon ser compasivo.

Al anochecer, una gran multitud que á cada momento se hacia más compacta, comenzó á llenar la anchurosa plaza, esperando á pie quieto, algo que debia llegar por una de sus boca-calles. De repente vió la Salamanca abrirse paso por entre el gentío á un hombre vestido con larga túnica negra, ceñida por un cordel, ancho capirote en la cabeza, y un escudo en el pecho con tres cruces sobre una barca de plata: traia en la mano una *demanda*, y elevándola de cuando en cuando, decia en voz alta.—Padre y Señor de la Espiracion!—Caian á este grito en el platillo limosnas sin cuento y el hombre proseguia su marcha repitiendo su clamor.

Al verlo la Salamanca, dió un grito de extraño júbilo, y sacando ambos brazos por la reja, se dejó caer de rodillas llorando... Aquel hombre era un hermano de la Cofradía del Cristo de la Espiracion, del Cristo de su barrio, de quien tan devota era desde su infancia, y cuyo recuerdo habia permanecido siempre vivo en su corazon, como el gérmen de una flor en medio de un basurero.

A este primer movimiento de júbilo, siguió

en el ánimo de la Salamanca otro de pavor inmenso, hijo de su mala conciencia: volvió maquinalmente los ojos hácia el fondo del calabozo, inundado ya por las tinieblas, y creyó ver aquellas otras *tinieblas exteriores en que será el llanto eterno y el crujir de dientes:* miró entónces á la plaza, y parecióle que por aquella bocacalle iba á desembocar el Cristo, el testigo de su infancia, de su juventud, de su vida entera, con la cárdena faz airada, pidiéndole cuenta de sus maldades... Pegóse la infeliz á la reja, dando diente con diente, como quien tiene frio de cuartana, y comenzó á rezar cuanto sabia, con las enjutas manos cruzadas, repitiendo una y mil veces aquella hermosa frase popular andaluza:

—¡Mientras hay Dios, hay misericordia!...

La Cofradía se acercaba en efecto, y era la única que habia osado salir aquella Semana Santa: miedos de trastornos y temores de irreverencias, habian retraido á los cofrades de las otras, con esa tímida prudencia que alienta la osadía del enemigo; porque es una triste verdad que la vida cotidiana comprueba á todas horas, que no serian tantos los imprudentes que atacan, si no fueran tan numerosos los prudentes que se retiran. Los cofrades del Cristo, por el contrario, gente en su mayor parte de los barrios

bajos y muy en especial del de la Salamanca, empeñáronse en sacar á la calle sus imágenes, no tanto por espíritu de devocion como de independencia, y en llevarlas segun la tradicional costumbre á visitar á los presos de la cárcel, entre cuyos muros se albergaban no pocas veces algunos de sus cofrades.

Cerró la noche con grande oscuridad, y era ya esta completa, cuando un clarin destemplado y lastimero como un lamento, anunció á lo lejos que la Cofradía se acercaba: á poco desembocaron en la plaza dos largas hileras de cofrades, vestidos de nazarenos, trayendo en las manos hachas encendidas, que parecian al moverse en la oscuridad, filas de estrellas errantes: detrás apareció á la entrada de la plaza y allí se detuvo, sobre su pedestal de centenares de luces, la magnífica imágen del Cristo, de tamaño natural, enclavada en su Cruz de plata maciza. Traianla á hombros doce hermanos de la Cofradía, rodeábanla grupos de niños vestidos de ángeles, con los atributos de la pasion en las manos, y seguian en pos hombres cubiertos de luto, haciendo resonar roncos tambores destemplados... Una voz clara y vibrante rompió entónces el silencio solemne que millares de personas guardaban en la inmensa plaza, entonando desde la cárcel una de esas extrañas y lúgu-

bres melodías, que con tanta propiedad llaman en Andalucía *saetas*... ¡Saetas! Verdaderas saetas que hieren el corazon, despertando en él ese latido propio de las emociones bellas, de la emocion grande y santa que eleva á Dios y á Dios muerto!... ¿Qué genio, qué Mozart desconocido, supo reunir en cuatro notas, esos diversos *algos* que recuerdan á la vez la amargura del último suspiro de Cristo, la celeste conformidad de María, las lágrimas de fuego de Magdalena, el dolor viril de Juan, para desvanecer luego todo esto junto, poco á poco, en un solo ¡ay! lastimero, lúgubre, constante, monótono, débil, inconsolable, contrito, como debiera de ser el dolor de la humanidad deicida, arrodillada diez y nueve siglos delante del Calvario?... La voz, quizá de un ladron, quizá de un asesino, cantaba con esa expresion de lúgubre melancolía, que solo en algunas provincias andaluzas saben dar á la saeta:

Con ese cuerpo llagado
Lleno de sangre y afrenta,
Pareces clavel morado
Lleno de perlas sangrientas.

Esta fué la señal: mil saetas diversas salieron al punto de todos los ámbitos de la plaza, pero acordes, unísonas, haciendo resonar en el majestuoso silencio, las mismas tristes vibraciones,

y los mismos ¡ay! cadenciosos. La procesion avanzaba mientras tanto, y pronto apareció en la plaza la imágen de San Juan, el discípulo predilecto; todos callaron entónces, y la voz que primero habia cantado, volvió á cantar:

Por allí viene San Juan
Vestido de rojo y verde,
Llorando detrás de Cristo
Las culpas que tú cometes.

Aparecieron por último las andas de la Vírgen, resplandecientes como un rayo de la gloria: en medio de aquel brillante foco de luz y de oro, veíase la imágen de la Dolorosa, ataviada con ese lujo riquísimo, propio sólo de las cosas divinas. La pedrería de su peto valia medio millon, y la larga cola de su manto, cubierta del todo por el oro purísimo de sus bordados, colgaba fuera de las andas y era sostenida por cuatro niños vestidos de ángeles, que hacian resonar al mismo tiempo, grandes campanillas de plata. A su vista, cantaron desde la cárcel:

Por allí viene María,
María, mi madre del Valle.
En el corazon te tengo,
¡Madre, no me desampares!...

Las estrellitas del cielo
Van corriendo por su cara,
Lágrimas que á su Hijo lloran,
Y que consuelan mi alma.

La procesion se detuvo en medio de la plaza, vueltas las imágenes hácia la cárcel, el Cristo en medio, á la derecha la Vírgen, San Juan á la izquierda. Los presos todos se agolpaban á las rejas: muchos habian subido de los calabozos, trayendo sus cadenas. La Salamanca fijó entónces en el Cristo una mirada á la vez tímida y medrosa: mas no vió en aquel rostro que se alzaba hácia ella, la expresion de severidad terrible que su imaginacion le pintó poco ántes: vió por el contrario unos ojos dulces aun despues de quebrados, una boca lívida que parecia exhalar sin queja alguna el postrer aliento, bendiciendo y perdonando. En la vecina reja, cantaba un preso:

Alza los ojos y mira
Ese Señor soberano,
Que si estás arrepentido,
El remedio está en tu mano.

Lo que pasó entónces en el corazon de la infeliz vieja, nadie lo pinta: nadie puede pintar un grito del alma... Cayó rodando por el suelo, y mordiendo el polvo de la tierra, se arrepintió de veras: allí prometió confesar sus culpas á los pies de un sacerdote, y acompañar, el primer Viérnes Santo que se viese libre, á la imágen del Cristo en su visita á la cárcel, descalza, con un cordel al cuello, y escondida debajo de las andas.

La procesion comenzó á desfilar lentamente, por la calle opuesta á donde habia entrado: primero desapareció por ella el Cristo, luego San Juan, y cuando las andas de la Vírgen comenzaban á ponerse en movimiento, una voz muy vibrante, pero muy conmovida, muy temblorosa, cantó desde la última reja de la cárcel:

Madre bendita del Valle
Que por mí lloraste tanto,
Condenado estoy á muerte...
¡Ampárame con tu manto!

Un sollozo inmenso respondió en la plaza á la saeta del preso, ahogando la cascada voz de la Salamanca, que al reconocer la de Juan Miseria, gritaba desde la reja:

—¡Inocente!... ¡Inocente!...

Y como respondiendo á un oculto pensamiento, añadió cruzando y besando sus dedos descarnados como raíces de árboles.

—¡Te lo juro, Madre mia del Valle!... ¡Por este puñao de cruces te lo juro!...

Y cuando ya solo quedaba en la plaza la compacta muchedumbre, que se desbandaba en la oscuridad como un inmenso hervidero de gusanos negros, y solo se percibia en la calle el resplandor de las luces, y el lejano resonar de las campanillas de plata, todavía gritaba la Salamanca, asomando los brazos por la reja.

—¡Te lo juro, madre!... ¡Te lo juro!...

Acurrucóse luégo en el último rincon del aposento, y con la cabeza hundida entre las puntiagudas rodillas, permaneció inmóvil más de dos horas. Entónces entró el Pae Paquito, con una luz en la mano.

—¿Qué haces, Salamanca?—preguntó sorprendido al verla.

—Rezar el Rosario,—respondió ésta.

—El Rosario en la mano y el diablo en la faltriquera,—dijo el fraile con una voz que no era la suya ordinaria.

La Salamanca no contestó palabra: el Pae Paquito colocó entónces la luz en el poyo de la ventana, única mesa que allí habia, y observando atentamente á la vieja, acurrucada á sus pies en el suelo, le dijo:

—¿Has visto la procesion, Salamanca?...

—¡Sí, señor!—respondió ella. Y un llanto amargo y desconsolado, pareció brotarle de las entrañas.

El fraile se aproximó á ella sin mostrarse sorprendido, y entre chancero y cariñoso le dijo:

—¿Qué es eso, Salamanca?... ¿Se te revolvió el diablo en el cuerpo, cuando te viste, delante de Cristo?...

La vieja siguió llorando, y el Pae Paquito la

levantó por un brazo, largo y descarnado como la guadaña de la muerte.

—Ven acá, viejecilla... ¡Pero si estás tiritando mujer!... Toma... arrópate un poquito... Siéntate aquí... ¿A qué estiras la pata sin esperar que te ahorquen?...

Y mientras esto decia el fraile, arropaba cuidadosamente á la vieja, con una especie de balandrán que él llevaba, y haciala sentar en el mísero lecho, único mueble que en la estancia habia.

—¿Sabes que hablé al Juez?—prosiguió cariñosamente... ¡Excelente sujeto!... Bien dispuesto lo encuentro...

La Salamanca cesó de llorar, y levantó la cabeza.

—Y me dijo... Pues me dijo... Pae Paquito, si la Salamanca quiere escapar de esta, en su mano lo tiene... Dígale V. que yo la saco libre y sin costas, con tal que ella retracte...

Y clavando su penetrante mirada en la vieja, concluyó lentamente.

—La calumnia que levantó á Juan Miseria...

—Aunque me ahorquen... Aunque me ahorquen lo hago!—gritó la Salamanca levantándose de un brinco.

El fraile retrocedió un paso asustado: creia encontrar resistencia, mentiras, tapujos, las ar-

timañas todas de una raposa vieja, y vió por el contrario que la Salamanca misma le salia al encuentro, como si Dios quisiese premiar sus afanes dándole todo el trabajo hecho. La vieja al verle retroceder, le perseguia con las enjutas manos cruzadas, repitiendo con exaltacion creciente:

—¡Lo hago, Pae Paquito!... ¡Lo hago!... Por este puñao de cruces se lo juré á la Virgen del Valle, y aunque me ahorquen... aunque me ahorquen lo hago... lo hago!...

Y porque el fraile la sostuvo en sus brazos, no cayó al suelo con una especie de ataque epiléptico. El Pae Paquito la abrigó cuidadosamente con la sucia manta que cubria el jergon: colocóle encima su propio balandran, y mientras la arropaba con el esmero cuidadoso de una madre, murmuraba entre dientes:

—¡Y dicen que ningun roble se rinde al primer hachazo!... ¡Cuando Dios es el leñador, un sólo soplo lo tumba!...

Sentóse luégo en el poyo de la ventana, y el hijo de grandes de España, veló á la abyecta vieja, durante toda aquella larga noche.

El domingo de Resurreccion confesó la Salamanca con el Pae Paquito, y recibió la Eucaristía de sus propias manos, en la capilla misma de la cárcel. Hablaron luégo largamente, convi-

niendo ambos en que pasados los dias de Pascua, la Salamanca retractaria delante del Juez, su calumniosa acusacion contra Juan Miseria... ¿Pero cuál no seria el asombro, el dolor del Capuchino, cuando al dirigirse en la mañana misma del dia designado á la prision de la Salamanca, para confortar algun tanto su ánimo, le anunció el Alcalde que por órden superior habia sido la vieja puesta en libertad la noche ántes, y entregada á dos hombres desconocidos que á la cárcel vinieron á buscarla?...

El fraile, temiendo ver frustradas sus esperanzas con este suceso, corrió sin perder tiempo al Corral de los Chícharos: mas la vieja no habia llegado allí, y ni en su antigua casa, ni en ninguna otra parte, se volvió á tener jamás noticia de ella.

Algunos años despues, muertas ya varias de las personas que en esta historia intervienen, desatascando unos trabajadores una alcantarilla que daba salida á las inmundicias fuera de la ciudad, encontraron envuelto en un felpudo y en estado de putrefaccion todavía, gracias á la humedad del sitio, un cadáver hediondo. Imposible fué identificar aquel horrendo despojo de la muerte: el reconocimiento facultativo sólo dió por resultado, la seguridad completa de que aquel cadáver era el de una anciana, muer-

ta violentamente á golpes de pico ó cosa semejante, descargados en el cráneo. Llamó mucho la atencion, que la mano derecha del cadáver, apretase violentamente, aun despues de tantos años, dos pedacitos de tela unidos por cintas, en forma de escapulario. Por la forma y ciertos borradísimos trazos que se observaban todavía en aquellos trapos, creyeron algunos reconocer el escapulario del Cristo de la Espiracion, que suelen llevar sus devotos.

XI

TRO golpe más rudo todavía esperaba al caritativo fraile: cuando desolado por la inesperada desaparicion de la Salamanca, corrió á ponerla en conocimiento del Juez, supo que este digno funcionario habia recibido tambien repentina órden de traslado, viniendo en cambio á sustituirle uno de aquellos Jueces sin filiacion, sin antecedentes y sin conciencia, que por aquel tiempo deshonraron en algunas partes la magistratura española. Este hombre aceleró con actividad inusitada la causa de Juan Miseria, y dos meses despues era el inocente reo condenado á muerte, por los mismos que

en pomposos y sentimentales discursos pedian la abolicion de esta pena.

Entónces vió claramente el Capuchino en toda aquella maniobra, la mano de Lopijillo, que ponia en juego desde su escondrijo sus poderosas influencias. No se desanimó sin embargo, é impelido por el tierno afecto que al inocente reo profesaba, y por esa compasiva indignacion que el castigo de la inocencia despierta en las almas nobles, recurrió entónces á su hermana la Condesa viuda de Bardira, en quien cifraba sus últimas esperanzas. Esta excelente y caritativa señora, cuyo marido desempeñó por largo tiempo altos cargos diplomáticos, contaba por todas partes poderosos amigos, que debia unos á su corazon recto y bueno, otros á su claro talento y profunda ilustracion, y no pocos á su larga serie de ilustres antepasados y á sus pingües rentas, que partia con los pobres.

Era la Condesa mucho más jóven que el fraile, y profesaba á éste una veneracion profunda, á pesar de que sólo una vez lo habia visto en la vida. En cierta ocasion, quisieron reunirse en una comida de familia todos los ilustres personajes que componian aquélla: concertaron el dia y el sitio, que fué la Córte, y sólo el Capuchino se negó á acudir á la cita. Ordenóle sin embar-

go el Superior de su convento que fuese á comer con sus parientes, y el religioso, sin replicar palabra, tomó el camino de la Córte, y se presentó en el palacio de sus deudos con su hábito remendado y los pies descalzos. Recibiéronle todos con respetuoso cariño, y le hicieron ocupar la cabecera de la mesa; mas no bien hubo el Capuchino probado la sopa que le sirvieron, levantóse de la mesa, y salió del comedor sin decir palabra. Extrañáronse todos, sin saber á qué atribuir su retirada, esperando á cada momento verle entrar de nuevo, y ocupar otra vez su puesto; mas el tiempo pasaba, y el fraile no volvia. Buscáronle entónces por toda la casa, y el portero dijo al cabo, que le habia visto salir media hora ántes, regalándole al pasar una medallita de la Vírgen.

Corrió entónces uno de sus sobrinos al antiguo parador de la diligencia, que justamente en aquella hora arrancaba, y en lo más alto de la imperial, entre baules, sombrereras y envoltorios de todo género, divisó al Capuchino sentado todo lo devotamente que sufria su incómoda postura.

—¿Pero, tio Francisco, no viene V. á comer? —le gritó el sobrino desde abajo.

Y el fraile, sin perder su tranquilidad, le contestó desde arriba:

—Si ya comí, hijo mio, si ya comí... Me mandaron que comiese, y ya he comido.

—Pero tio Francisco... ¡si le están á V. esperando!...

—Calla, tonto... En el cielo comeremos más despacio...

¡Cosa rara! Ninguno de aquellos señores se ofendió, ni se rió tampoco de la extraña salida del fraile: todos comprendieron el espíritu que le guiaba, y le hicieron justicia. No salió tan bien librado con el Superior del convento: echóle éste una reprimenda y sin poder dejar de reirse, ni de admirarle tampoco, le decia:

—Pero, Fray Francisco, por amor de Dios... ¡Séame santo, en buen hora, pero no me sea raro!...

Recibió la Condesa al Capuchino con fraternal cariño, y poseida, ora de indignacion, ora de lástima, escuchó atentamente el relato, que de la desventura de Juan Miseria le hizo.

—¡Qué iniquidad, Dios mio!—exclamó con violencia, no bien hubo concluido el fraile. ¡Es imposible dejar morir á ese inocente!... Y yo no tengo ahora amigos en Madrid, porque esas gentes que andan mandando no son de mi círculo... No importa: escribiré... pero no harán caso de una carta; y luégo nadie quiere incomodarse por nada... ¡Ejecutar á un inocente!...

¡Qué horror!... ¿Qué hacer, Dios mio, qué hacer?...

Y la buena Condesa, agitada por la caridad, la indignacion y la incertidumbre, quedóse pensativa, mientras su rostro aparecia bañado en lágrimas. El Capuchino, sin poder disimular su ansiedad, la miraba atentamente, y movia los labios como si orase: tal vez lo hacia.

De repente la Condesa se levantó ligera, como si tuviese quince años, y exclamó con el acento de la caridad que espera, de la indignacion que estalla, de la incertidumbre vencida.

—¡Mañana salgo para Madrid, y alcanzo el indulto de ese hombre!

—¡Señora!—exclamó asombrado un caballero que se hallaba presente: en las actuales circunstancias, es una temeridad ese viaje...

—¿Será acaso el primero que he hecho?

—No, señora: pero se expone V., la viuda del Conde de Bardira, á recibir un desaire de esa gente, y eso seria la coz del asno.

—Señor,—contestó la Condesa, señalando un magnífico Crucifijo de marfil que se destacaba en la pared, sobre un fondo de terciopelo negro. Ese que está ahí era Dios, y por salvar al hombre culpable, ¡permitió que le crucificaran!...

El Capuchino irguió entónces su seca figura,

y—¡cosa en él inaudita!—extendió hácia la Condesa ambos brazos, diciendo solamente:

—¡Hermana!...

La Condesa marchó en efecto á Madrid: pero los dias pasaban sin que llegasen noticias suyas, y amaneció por fin el de la ejecucion, hermoso y despejado, pero silencioso y triste, como un gesto de infinito sufrimiento en un rostro jóven y bello. Las gentes transitaban por las calles silenciosas y graves: pocos carruajes dejaban oir su ruidoso rodar, y como el estado del ánimo es un prisma, que nos hace ver los objetos, ya sombríos, ya de color de rosa, hubiérase dicho que hasta los pájaros negaban su dulce melodía, y los árboles el susurro de sus ramas. Sólo de cuando en cuando, algunos hombres vestidos de luto, que llevaban cestas negras, en que se veia un corazon inflamado, escudo de los Hermanos de la Caridad, exclamaban lúgubremente:

—¡Para hacer bien por el alma del que van á ajusticiar!...

El Capuchino nada habia dicho al sentenciado del indulto pedido, porque la resignacion de éste no necesitaba de esperanzas que la sostuviesen; y aquella alma, que la fe robustecia y la doctrina católica guiaba, suspiraba por el consuelo de la muerte, y no gemia por la espe-

ranza de la vida. Tranquilo su espíritu, aunque rendido su cuerpo, Juan Miseria podia compararse al viajero que, trepando al amanecer á una altísima montaña, siente que el cansancio rinde sus miembros, pero su alma se dilata y extasía, y se postra con la tierra ante los cielos, para recibir la bendicion de Dios, que diariamente le trae su heraldo: el sol que la vivifica. Allí olvida su fatiga ante ese sentimiento, á la vez dulce y melancólico, que inunda el alma sin ahogarla, y la eleva suavemente por la escala de un místico deseo, hasta el cielo, que es su patria... Entónces el cuerpo débil cesa de quejarse, para dejar oir al espíritu fuerte, que toma parte en ese admirable concierto, en esa asombrosa armonía, que dentro de la variedad más infinita, solo sabe producir la unidad más simple: en esa inmensa orquesta, en que la amargura del dolor y la alegría de la risa, la tristeza del gemido y la dulzura de la melancolía, se hermanan para producir esta sola nota de consuelo, este solo arpegio de bienaventuranza. ¡Dios!...

Así Juan Miseria sentia sus miembros agitados por un temblor nervioso: pero su alma, purificada de toda culpa y limpia de toda duda, brillaba tranquilamente en sus ojos, y expresaba por medio de la lengua las dulces esperan-

zas que la sostenian. Porque si el cuerpo humano se postra, el espíritu cristiano no desmaya: el uno es del cielo; el otro ¡ay! es de la tierra...

—Padre,—decia Juan Miseria al Capuchino, que no se separaba de su lado: á la hora de la muerte, todo lo veo al reves. Miro hácia atrás y me espanto; miro hácia adelante y me consuelo... Ahora es la vida la que me horroriza, y es la muerte en la que confío.

—Hijo,—replicó el fraile: el Espíritu Santo dice, que el dia de la muerte vale más que el del nacimiento... En el uno se empieza á sufrir y en el otro se acaba: para el justo, la muerte es un sueño y una cuna la sepultura.

Juan Miseria calló un momento, despues de oir las palabras del religioso: luégo dijo con profunda melancolía:

Para ir de este mundo al otro
Atravesamos un mar,
¡Tal vez por eso á la cuna
Forma de barco le dan!...

Y con las manos cruzadas, y los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en el suelo, añadió, como si leyese allí lo que sus labios pronunciaban.

—Estoy esperando que me caven la sepultura... Ya no me queda aquí nada, porque allá arriba lo espero todo... Ahora recuerdo, así como una música que sonase á lo lejos, cuando

era yo mozuelo y estaba en casa de mi tio señó Parra. ¡Qué de fatigas! ¡qué de porrazos! ¡qué de trabajos! ¡qué de lágrimas! ¡qué pocos gustos!... ¡Aquello era vivir!...

Y luégo me acostaba para descansar: ¡qué alegría entónces!... Aquello ya no era vivir, ni dormir tampoco: ¡era morir!... Siempre soñaba con mi madre: venia la pobrecita mia llorando, y entónces lloraba yo tambien; porque me daba tanta lástima!... ¡Lo que es la inocencia!... un dia le guardé un pedacito de pan... y ella no lo quiso comer, porque estaba amargo: lo habia mojado yo con mis lágrimas... Otras veces me decia:—¿Te han pegado, hijo de mi alma?—Sí, sí.—Pues no llores; chitito, que se va á despertar tio Parra: ven, ven; reza, reza, que se va á despertar tio Parra. Y yo decia con ella... ¿Cómo era?...

¡Madrecita de mi alma!
A acostarme voy,
Si la muerte me llamare,
Y no pudiera responder,
Desde ahora digo, Jesus, María, José...

—Padre... ¿verdad que al salir de este mundo debo decir tambien, Jesus, María y José?...

—Sí, hijo mio,—contestó el fraile profundamente conmovido. Jesus te guiará, y María y José te recibirán á las puertas del cielo.

—Yo no sabré qué decirles... Pero á Jesus le daré mis culpas para que las juzgue, y á María mis lágrimas para que las cuente... ¡Si yo hubiese sabido rezar entónces!... Pero yo no rezaba más que esa oracion, y eso soñando... ¡Ya se ve! nada más que soñando veia yo á mi madre!... Ahora la veré siempre, siempre...

Una noche me dió mi madre un beso: desperté azorado, y como me encontré la frente mojada, creí que era de verdá... Pero era *Peneque*, el perro de señó Parra, que me lamia la cara... ¡Animalito! ¡qué será de él, ahora que no me tiene á mí!...

—Padre,—añadió levantando los ojos del suelo con una expresion de cortedad y de ternura indescriptibles. Su mercé, que de todo el mundo se acuerda, acuérdese tambien del pobre Peneque...

En este momento llamaron al fraile fuera de la Capilla, y un hombre le entregó un telegrama fechado en Madrid. Era de la Condesa de Bardira, y decia solamente. *El indulto prometido: procura retardar la ejecucion.* El Capuchino, á quien desgarraba el alma la ingénua sencillez de Juan Miseria, volvió á la Capilla lleno de esperanzas: despues de algunos preámbulos dijo al reo:

—La misericordia de Dios es muy grande, y

al náufrago que se sumerge en el mar, suele tenderle una tabla... Así puede á ti, que sientes ya el soplo de la muerte, volverte muy pronto á la vida.

—¡Vivir! ¡vivir!—exclamó Juan Miseria con espanto.

—¿Acaso te pesaria?...

—No, si Dios lo quiere, porque será por mi bien. ¿No le seré más agradable, miéntras más larga sea la prueba?...

—Sí, hijo mio, y mayor será el premio.

—Estoy cansado, Padre, y se me hace tarde la hora... Dígame V. cuándo llegará... dígamelo su mercé, Padre!...

—Hijo,—replicó el Capuchino, así que la emocion se lo permitió. *¡Hoy rezarás la oracion en el cielo!*

Mientras tanto, la Condesa de Bardira, impulsada por la caridad, hacia antesala á los que poco ántes sólo le hablaban de pie y con el sombrero en la mano. Si hubiese tenido únicamente que luchar con el orgullo democrático de los revolucionarios, hubiérale sido muy fácil lograr su objeto; porque el aparente desden de estos, hijo las más veces de la envidia ó el despecho, cede prontamente ante un gran capital ó un título ilustre. Pero se hallaba por medio la funesta influencia de Lopijillo, y aquellos hom-

bres, luchando entre las sugestiones del bien y las del mal, no sabian por cual decidirse. La malicia, el cálculo y la mala fe, encuentran sin embargo salida para todo, y por eso determinaron al cabo, para satisfacer á Lopijillo, ratificar la sentencia de Juan Miseria, y para complacer á la Condesa, enviar el perdon dos horas despues de ejecutado el reo. Mas como la anciana señora era, segun ordena el Evangelio, á más de cándida como la paloma, astuta como la serpiente, avisó á su hermano la necesidad de suspender el terrible acto, por todo el tiempo posible. Este, que no tenia otro antecedente sino el telegrama recibido, esperaba con ansiedad la llegada del perdon... Pero el perdon no venia, y despues de las dos horas concedidas de gracia, llegaba la tercera, inexorable, terrible, lenta...

—Padre,—decia Juan Miseria, ya en pie para marchar al patíbulo: me da lástima ese pobre Lopijillo... Digale su mercé que se acuerde de que hay un Dios en el cielo, y que voy á la tierra con el consuelo, de que allá arriba pediré por él.

—Bien hecho, hijo mio: toma ejemplo del Señor, que enclavado en la Cruz, pedia por los que le crucificaron.

—¡Ah, si señor!... Las malas partidas salen más caras al que las hace, que al que las sufre...

Si Lopijillo me encontrase ahora cara á cara, ¿cuál de los dos bajaria los ojos?...

—Tambien,—añadió Juan Miseria, bajando ya la escalera, pediré por su mercé, por los Hermanos de la Caridad, y luégo por Mariana...

—¿Y por qué no primero por Mariana y luégo por nosotros?...

—Porque primero es agradecer que amar... El que agradece, es como el que paga lo que debe sobre su palabra; y el que pide por lo que solamente ama, pide para sí, y eso es egoismo.

La lúgubre comitiva se puso en movimiento, en medio de dos filas de soldados, que, con las bayonetas caladas, contenian á la multitud, ávida por contemplar al reo. Detrás venia Juan Miseria, con las manos atadas á la espalda, cubierto con una hopa negra, y llevando en la cabeza un gorro del mismo color: rodeábanle los Hermanos de la Caridad, y mientras el Capuchino á su derecha le presentaba un Crucifijo, otro sacerdote á su izquierda le daba á besar un escapulario de la Vírgen del Cármen. El reo paseaba de la una á la otra imágen sus miradas llenas de esperanza, que iban luego á perderse en el cielo, murmurando él palabras de contricion y arrepentimiento. Al verle fuerte y resuelto, ade-

lantarse sin más apoyo que la fe de su corazon, hubiérase dicho que, léjos de esperar á la muerte, marchaba ansioso en su busca.

Al desembocar Juan Miseria en la plaza, rodeáronle los Hermanos de la Caridad, para evitar que el terrible palo, el vergonzoso cadalso, se presentara de repente á sus ojos: mas aunque un extremecimiento nervioso recorrió todos sus miembros, dijo, fijando allí la vista sin sorpresa ni terror.

—Padre... por allí subiré al cielo.

La fúnebre comitiva atravesaba lentamente la plaza, asemejándose las bayonetas de los soldados á una larga serpiente de acero, que por entre la apiñada multitud se arrastrase. Esta se agitaba sordamente, y se oian por todas partes gemidos y exclamaciones de dolor, de cólera y lástima. De repente fué creciendo aquel sordo rumor hasta convertirse en espantoso griterío: las gentes se arremolinan, detiénese la escolta, párase el reo...

—¡El perdon! ¡el perdon!—gritan algunas voces lejanas.

—¡El perdon!—dice el Capuchino, sosteniendo al reo que vacila.

—¡El perdon!—repite éste con acento de involuntario júbilo... ¡El perdon!—añade tristemente, porque el alma que espera en el cielo,

vuelve á dominar al cuerpo que sólo desea en la tierra.

Y cayendo medio desvanecido en los brazos del fraile, dijo con desaliento infinito:

—¡Ay, Padre!... *¡Ya no rezaré hoy la oracion en el cielo!...*

XII

ESTALLÓ por fin entre torrentes de sangre el alzamiento republicano federal que preparaban Lopijillo y sus secuaces, y fué el 18 de marzo su terrible fecha, que pesará siempre, como un hierro ardiendo, sobre las conciencias de los que promovieron sus horrores, ó no evitaron su sangre y sus lágrimas: triste fecha encargada de probar una vez más, que los ambiciosos, que para elevarse á sí propios exageran los derechos del pueblo, como se exageran las cualidades de un niño para cautivar su ánimo inocente, le hacen su víctima, y como ha dicho un escritor anónimo, consiguen que las banderas de los partidos sean los lienzos que sirven de mortaja á la patria...

Una mancha roja marcaba en el oriente, como un signo sangriento, el punto por donde debia salir el sol, que, como temeroso de alumbrar aquella escena de muerte y horrores, tardaba en asomar sus rayos. La poblacion entera se hallaba sumergida en un profundo silencio, que no era el tranquilo del sueño, padre de ilusiones que consuelan; ni el melancólico de la soledad, que da al sabio la sociedad de sus ideas, y al justo el encanto de sí mismo. Aquel silencio era el frio y desagradable de la muerte, que abate el orgullo, consuela la virtud y aterra al vicio.

Hubiérase dicho que Azrael, agitando sus alas sobre aquel pueblo, le habia comunicado la espantosa inmovilidad de un cadáver. Las puertas y ventanas, cerradas como el corazon del impío al arrepentimiento, daban á las calles el triste aspecto de aquellas largas y solitarias galerías de las Catacumbas, guarnecidas á derecha é izquierda de sepulcros.

Poco á poco, y á medida que el sol adelantaba, fuése abriendo alguno que otro postigo, que daba paso á un rostro en que la curiosidad vencia al terror, y que con la rapidez del rayo volvia á esconderse, al oir las nuevas y cada vez más fuertes detonaciones de fusilería, que comenzaban á romper aquel silencio frio y pavoroso. Oíanse tambien, á largos intervalos,

esos pasos tardos y acompasados de los sepultureros que llevan un ataud, á que la muerte tiene señalado un eco peculiar, que resuena en los oidos como un lúgubre *¡Memento!*

Eran muertos en el tiroteo de la tarde anterior, que llevaban al cementerio, ó heridos que conducian á los hospitales.

Una de estas tristes comitivas, saliendo del Cerro Fuerte donde la tropa acababa de tomar una barricada, se dirigia á la cárcel. Abrian la marcha dos soldados, que, con las carabinas echadas á la cara, parecian dispuestos á dispararlas á la menor señal de alarma: detrás venian otros cuatro, llevando á hombros una escalera, sobre la que se distinguia un bulto cubierto por una manta, de donde salian, ora gemidos, ora maldiciones: escurríanse á lo largo de la escalera y venian á caer gota á gota, varios hilos de sangre, que dejaban en el suelo una huella roja. A retaguardia caminaban otros dos soldados, que con las carabinas montadas cerraban la marcha.

La comitiva llegó á la cárcel, en cuya puerta se habia reforzado la guardia, por temor de que, si los sublevados vencian aunque fuese solo un momento, intentasen poner en libertad á los presos, que, ya por delitos vulgares, ya cogidos aquel mismo dia en las barricadas, allí se

encerraban. Los soldados que escoltaban al herido permanecieron á la puerta, y los que le conducian llegaron guiados por el Alcaide, á la enfermería de la cárcel.

Un confuso clamoreo, en que se mezclaban los quejidos de dolor con los gritos de desesperacion y rabioso entusiasmo, anunciaba la proximidad de esta. Icaro, que se elevó al cielo con alas de cera, gemía allí despues de su caida, sin esperanza, pero no sin cierta grandeza: porque en medio de la vulgaridad de una impremeditacion belicosa, que despues de vencida se hace cobarde, veíase allí el magnífico espectáculo del hombre que reconoce su error y lo llora: sabio que se humilla, comprendiendo que en eso está la verdadera sabiduría; heróico vencedor que se redime, poniendo el pie sobre el pecho al anticristiano orgullo de Luzbel. Y veíase tambien como contraste, el ejemplo de Scévola, que dejaba quemar á sangre fría la mano que no supo ó no pudo vencer; alma estóica, corazon grande, que seria un mártir en vez de un héroe, si á los mártires los hiciese la firmeza en el sufrir, y no la causa de los sufrimientos. Contrastaban grandemente aquellas dos sublimidades, divinamente cristiana la una y humanamente heróica la otra; humillándose la una en la tierra para ensalzarse luégo

en el cielo, y haciendo la otra su altar de un cuerpo sangriento, para dejar un recuerdo, que se desvanece como el humo, por más que vaya perfumado: la una borrando su pasado con lágrimas, y la otra escribiendo su presente con sangre: naciendo la una á la sombra de una Cruz, y muriendo la otra á la de un laurel rojo...

La enfermería, pequeña, sucia y poco ventilada, presentaba un cuadro horrible: una veintena de heridos hallábanse diseminados por el suelo, cuál sobre una estera, cuál sobre un jergon, cuál sobre los ladrillos desnudos. Un sólo médico, careciendo hasta de los útiles más necesarios, se hallaba al cuidado de todos ellos: veíanse sobre una silla, como únicos preparativos de vendajes, una sábana sucia, y un peloton de hilas negas. El Pae Paquito iba y venía de un lado á otro, auxiliando á los moribundos que el médico le indicaba, como si ante la muerte, la ciencia inclinase impotente la cabeza, cediendo su puesto á la religion, que la endulza y la consuela.

Los soldados depositaron en el suelo la escalera que conducian, y levantando uno de ellos la manta, dejó ver á un hombre cubierto de sangre y lodo, en cuya fisonomía desencajada, se pintaba la agonía del sufrimiento y el extra-

vío de la rabia: una de sus manos oprimia con la fuerza del dolor un peldaño de la escalera, y la otra, mutilada horriblemente por un balazo, caia á lo largo del cuerpo, sin fuerzas para sostenerse. Desgarrada su camisa y pegada á la carne por la sangre que ya no corria, dejaba ver en el costado una ancha y tremenda herida, por la que, humeantes y sanguinolentos, asomaban los intestinos.

Compadecido el Capuchino de su lastimoso estado, acercóse á él, pronunciando palabras de consuelo: pero el herido se incorporó sobre un codo, crujiendo sus huesos rotos, y volvió á caer sobre la escalera, gritando entre sus dientes que rechinaban: ¡Viva la República federal!...

Aquel energúmeno, era Lopijillo.

Uno de los instigadores del pueblo que con tanto valor peleaba, sin saber en su mayor parte por qué causa se batia, habíase ocultado cobardemente no bien llegó la hora del combate: pero sus compañeros, que, al verle titubear desconfiaron de él, arrastráronle á una barricada, donde, amenazado por los suyos, se vió el miserable ante la muerte si retrocedia, y ante la muerte si adelantaba.

El combate fué doblemente terrible, como lo son todos aquellos en que el triunfo de los partidos se antepone á los intereses de la patria,

y en que no pelean enemigos contra enemigos, sino hermanos contra hermanos. Al verse frente á frente el paisano y el soldado, recrudécese esa infundada antipatía que entre ambos existe, y creyendo el uno defender un derecho á que presta la conveniencia su fuerza egoista, unde con delicia su acero fratricida en el pecho del otro, que considera como un tirano, siendo sólo una víctima á quien se dá de comer, ó como ha dicho un autor, la moneda con que los héroes de la guerra pagan su gloria.

Lopijillo, que nunca habia sido hombre de valor, estaba aterrado, y se escondió entre la barricada y un gran monton de tierra, esperando pasar por muerto: pero la barricada, falta de direccion y mal construida, se derrumbó sobre él, magullándolo espantosamente, y cuando aturdido trataba de incorporarse, un soldado le clavó una bayoneta en el costado, y otro le disparó un tiro á quema ropa, que fué á destrozar su mano derecha.

En un rincon habia un catre de tijera, empapado en la sangre de otro herido que acababa de expirar, y cuyo cuerpo sacaron fuera para poner en él á Lopijillo. La cura fué espantosa: la terrible herida de arma blanca, por donde asomaban los intestinos, causando un horror repugnante, se habia contraido, y se hizo pre-

ciso dilatarla para volver dentro aquellas vísceras sanguinolentas.

—Venga V. á este, Padre, que se va por la pósta,—dijo el médico, no bien hubo concluido la espantosa operacion, señalando al Capuchino la cabecera de Lopijillo, que, extenuado por el dolor y la pérdida de sangre, no daba señales de vida.

Estas palabras llegaron confusamente á oidos del herido: dos veces quiso levantar la lívida cabeza, que volvió á caer pesadamente, mientras murmuraba como sorprendido:

—¿Que me voy?

Mas al abrir los ojos, y encontrarse frente á frente del fraile, que en aquella hora se le aparecia como un heraldo de la muerte, añadió, con el acento de la duda que teme saber y del terror que inspira lo desconocido.

—¿Y á dónde voy?...

—A la presencia de Dios, hijo mio, que te llama á sí,—replicó el Capuchino.

El terror imprimió sobre el rostro de Lopijillo su característico sello: hundió la cabeza en el pecho, guardando un sombrío silencio, y semejante al pecador de que habla la Escritura, rechinó los dientes y tembló de rabia. Exhortábale el Capuchino á pensar en la salvacion de su alma, y le invitaba á confesarse, ponderándo-

le la misericordia divina: pero el herido no contestaba palabra, hasta que un sollozo se escapó al cabo de su pecho, y un llanto raquítico y entrecortado de sus ojos.

Imposible era leer en aquellas facciones, que la muerte iba tornando de pálidas en lívidas, de lívidas en cenicientas, si aquellas lágrimas brotaban al recuerdo del pasado ó al pensamiento de lo venidero; si eran desesperacion ó arrepentimiento, temor ó esperanza, amor ú odio. No se revolvia en el lecho, porque sus huesos rotos no tenian movimiento; y su lengua no funcionaba, porque una espuma sanguinolenta brotaba de su boca, atajándole la palabra. Sólo sus ojos, abiertos con el espanto del que ve derrumbarse sobre sí la eternidad, giraban atropelladamente en las órbitas, como huyendo de visiones que les atormentasen.

Lo terrible de la realidad y lo espantoso de lo sobrenatural unianse en aquella hora para anonadarle: sentia un olor nauseabundo de sangre que le cortaba la respiracion; oia como ayes de moribundos que espiraban á su alrededor acusándole de su muerte, y por encima de su cabeza veia una luz divina en que se reflejaban, como en un espejo, él con todas sus deformidades. ¡Era la conciencia!

De repente una sombra negra se interpone

entre sus ojos y estas visiones: aparece una mano dispuesta á bendecir, que sostiene un Crucifijo, y una voz suave y consoladora murmura á su lado palabras de perdon... Pero estas palabras, léjos de anunciarle el fin de un destierro, resuenan en sus oidos como el lúgubre anuncio de una espantosa eternidad: el alma cristiana, que renegó de este nombre, queda anonadada casi tanto bajo el peso de la misericordia como bajo el de la justicia, y al huir de la muerte que quiere asirle, se agarra al cuerpo que ya se desmorona, y ambos se revuelcan unidos, presintiendo el uno su próxima disolucion, y la otra su próximo juicio.

Poco á poco los dolores se aumentan, las fuerzas se acaban, crecen las congojas, auméntase el terror, huye la esperanza: sólo queda la muerte, que enarbola su guadaña... Un ronquido se abrió entónces paso entre los apretados dientes de Lopijillo: alzóse al cielo su mano mutilada, ignorándose si para amenazar ó para pedir, y salpicó de sangre el rostro del Cristo, que lleno de misericordia hacia él se inclinaba. El Capuchino retrocedió aterrado, y al inclinarse de nuevo sobre aquel espantoso rostro, ya la estampilla de la muerte habia grabado en él con letras de espanto, una misteriosa sentencia indescifrable para el hombre...

XIII

ALGUNOS años despues, habíase restablecido en parte el órden en España, y vuelto las cosas á un estado de tranquilidad á lo menos aparente. Cierto domingo de mayo, oia el Regimiento del Rey la Misa de doce, en la Iglesia de las Religiosas de D.ª Ana. La tropa ocupaba la nave principal, dejando al frente y á los costados un espacio vacío, que ocupaban los fieles: en el presbiterio, veinte gastadores, diez á la derecha y diez á la izquierda, hacian la guardia de honor, y dos cadetes, niños aun, ayudaban la Misa.

A los pies de la Iglesia, hallábanse en el

coro bajo las religiosas: una espesa cortina las ocultaba á las miradas profanas, siendo aquel débil muro como un abismo que entre la virtud allí encerrada, y el vicio que ruge por de fuera, se abriese: cuerda de lana, que ata á un leon; imágen de la razon católica, que basta para sostener las más desenfrenadas pasiones.

En el coro alto se hallaban las legas: allí estaba Mariana, sombra de sí misma, cuya alma purificada por la desgracia, flotaba, como el corcho sobre el agua, sobre el negro piélago de sus penas, que no lograban hundirla. Allí, en aquel apacible retiro, solo fijaba sus ojos en el cielo, con el ansioso deseo del desterrado al mirar á la patria, y si alguna vez los volvia á la tierra, era para perdonar y pedir por aquellos que tanto daño le habian hecho.

Arrodillada en el coro alto, oraba fervorosamente, mientras la música del regimiento tocaba una suave melodía, que al perderse en la bóveda, parecia acompañar al cielo la oracion de la pobre lega. De repente, la música cesa como por encanto, y sucede un silencio que parece anunciar algo grande y majestuoso: los fieles se postran, la tropa dobla la rodilla, humíllanse las armas, la bandera que cobijó dos mundos besa humilde la tierra...

Sólo permanece de pie un anciano, que viste un alba, símbolo de locura; una casulla, señal de irrisoria majestad; una estola, imágen de una cuerda infamante.

Aquel silencio, solemne, como el que precede al trueno, es roto al fin por los ecos de la marcha real española, y de millares de bocas sale una misma exclamacion, que expresa un mismo pensamiento, que dicta un mismo corazon católico, y que la misma impiedad confirma, postrándose en silencio, arrastrada por aquella sublime corriente de grandeza divina que se alza, y de pequeñez humana que se postra.

—¡Adorámoste, Señor, que en el ara de la Cruz, lavaste nuestros pecados!...

Era Dios, que se alzaba en el altar, como hace diez y nueve siglos se alzó en el Calvario.

Los fieles, que como anonadados de tanta grandeza, yacian postrados en el suelo, fuéronse enderezando poco á poco, como las plantas despues de pasado el huracan que las dobló. Solo Mariana permanecia con la frente en tierra, despues de concluida la Misa: sus compañeras la tocaron en el hombro, y no contestó; la levantaron entónces, y vieron una laguna de sangre, que habia arrojado por la boca.

Dios habia tenido piedad de ella, y al alzarse en la Cruz, abrió á la cristiana que supo su-

frir, las puertas del cielo. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Rodeadas de jardines que nacen sobre peñascos y coronadas por su iglesia, como ellas humilde, y como ellas santa, se elevan sobre una alta sierra las ermitas de Córdoba. A sus pies se postra esta vieja sultana, que encierra como una tumba los recuerdos de sus hijos Séneca y Lucano, Averroes y Aviara, Juan de Mena y Góngora, Dionisio Solís y Angel Saavedra, duque de Rivas. Como si imitase á los solitarios, que huyendo de la vida alegre y bulliciosa, buscan allí la soledad melancólica y tranquila, Córdoba, la ciudad de los califas orientales, parece desprenderse de los jardines que la rodean, para ir á besar el pardo risco sobre que la Religion ha colocado su enseña, alta para que todos la vean, humilde para que todos la alcancen.

Alto, tan alto como si quisiese llegar al cielo alejándose de la tierra, se encuentra ese pueblo de anacoretas á quien

> ..... la Majestad suprema
> Que abarca los horizontes,
> Le dió por trono los montes
> Y los cielos por diadema.

Allí el corazon se conmueve sintiendo una dulce envidia, y el pensamiento se sublima al encontrar realizados aquellos tres consejos de Cristo, que forman el *elixir* del cristianismo: *Pobreza.—Obediencia.—Castidad.*

¡Pobreza voluntaria, que sabe remediar desgracias: obediencia santa, que se somete amando: castidad pura, que se sublima coronándose de espinas!... Cristo pudo decir más, pero nada más dijo.

No se conoce allí más nombre que el de hermano, ni más lengua que la oracion, ni más descanso que el trabajo.

El progreso humano, al dar uno de sus gigantescos pasos, arrojó en 1836 de las ermitas á los anacoretas: ya no hubo hermanos que socorrian, ni labios que orasen, y al trabajo, que de un risco hace un jardin, sucedió el abandono, que de un oasis hace un desierto. Las ermitas vacías, vinieron al suelo como cuerpos á quienes falta el alma, y la planta humana, como asustada, no volvió á posarse sobre aquellos cerros. ¡Sólo las flores se atrevieron á tejerle una mortaja, los árboles á darle sombra, y los pájaros á entonar su triste canto de muerte!

Decian que la *civilizacion* se habia entronizado en aquel retiro.

Mas de allí á poco las ermitas rompieron sus

mortajas, y se irguieron de nuevo, no orgullosas, sino modestas en su triunfo: los anacoretas volvieron á sus nidos, y la campana de la Iglesia volvió á sonar llamando al hambriento para darle pan, al desgraciado para darle paz, al descreido para darle fe. El progreso humano habia dado un paso atrás: hubo quien dijo que la caridad lo dió adelante (1).

Aquella campana consoladora suena tambien diariamente, para convocar á los ermitaños bajo las bóvedas del templo: la esquila de cada ermita contesta á su llamada, como contesta la voz de un hijo á la santa y dulce voz de su madre, y entónces los ermitaños salen unos en pos de otros y juntos en la ermita mayor, se postran ante la Divina Pastora que sobre los mismos riscos de la sierra allí se venera, y piden paz para la tierra, perdon para el pecador, descanso para los muertos.

Una mañana quedó vacío un puesto en el templo, y la esquila de una ermita no contestó á la voz de la campana de la Iglesia. Un hermano fué á visitar, por órden del Superior, al ermitaño ausente.

(1) Cuando los ermitaños fueron expulsados de sus ermitas, estas con las huertas que las circundaban, salieron á pública subasta, siendo adquiridas por el Sr. D. Rafael Barbero, que, no bien pasó aquella tormenta, las devolvió gratuitamente á sus antiguos poseedores. ¡Cuan cierto fué que la caridad dió un paso adelante!

Sobre la tarima que le servia de lecho, hallábase tendido éste: cubríale un hábito de paño pardo, señal de penitencia; en sus labios se posaba una cruz de palo, símbolo de la fe; su mano descansaba sobre una calavera, imágen de la muerte.

Parecia dormido y estaba muerto. A la cabecera, una mano torpe habia escrito con carbon en la pared:

JUAN MISERIA.

Esta misma inscripcion se grabó en su tumba.

FIN